

Documentos

Unamuno y Riva-Agüero: un diálogo desconocido

César Pacheco

Introducción

- I—Unamuno, americanista y peruano
- II—El epistolario Unamuno-Riva-Agüero
- III—La tesis de 1905 y el espaldarazo de Unamuno
- IV—"La cuestión religiosa" en el Perú
- V—La crisis religiosa de Riva-Agüero: historia y fe
- VI—Afinidades y contrastes políticos: liberalismo democrático, anarquía, socialismo marxista y fascismo

- VII—Palma, González Prada y la generación del novecientos
- VIII—Historia y tradición; ambientes y paisajes; libros y hombres
- IX—Dos visitas a Salamanca
- X—Las motivaciones de la disidencia
- XI—Unamuno en el Perú
- XII—Recapitulación
- Notas
- El epistolario

La correspondencia de José de la Riva-Agüero (1885-1944) con, don Miguel de Unamuno (1864-1936) abarca un período decisivo en la vida del escritor peruano (1905-1914) y ofrece un apreciable caudal de testimonios valiosos para comprender la realidad peruana en las primeras décadas del siglo y el papel que en ella juega la generación del novecientos. No es posible una verdadera historia social sin el estudio de las mentalidades colectivas junto al de las bases materiales y las estructuras de poder. En tal sentido es útil para la historia social peruana la indagación en un testimonio que, más allá de las palabras, las constelaciones

de vocablos y la organización del discurso, je-suíta muy revelador. Más aún el de un hombre como Riva-Agüero, de tan acusadas significaciones en la evolución de las ideas en el Perú contemporáneo.

Aparece aquí Riva-Agüero en el preciso momento en que deja de ser el más lúcido y brillante epígono de González Prada, el joven radical que insurge arrogante y rotundo, con más coherencia acaso que su maestro, y comienza a convertirse en lo que Luis Loayza lo ha llamado con acierto: su *hermano enemigo* la solitaria figura de la derecha ideológica y del catolicismo tradicionalista en el Perú durante la primera mitad del siglo XX.

Las cartas que dan pie a este estudio y que ahora se publican por primera vez como conjunto, iluminan los años anteriores al tránsito definitivo de Riva-Agüero del libre pensamiento finisecular a la ortodoxia católica vivida desde sus posiciones más tradicionalistas y reaccionarias. Nos permiten conocer, en el diálogo con una personalidad tan vigorosa y estimulante como la de Unamuno, el contraste de Riva-Agüero con González Prada, no empece el evidente paralelismo de sus personalidades, acaso aguzado en la confrontación con un hombre como don Miguel, que acaba de superar un breve período de socialismo marxista y que, tras una crisis religiosa, inicia¹ la etapa más creadora de su vida de agonista cristiano.

Publicamos 15 cartas de Riva-Agüero a Unamuno, que se guardan en el archivo de la Casa-Museo de Unamuno, en Salamanca; y las 9 respuestas de don Miguel, que se conservan en el archivo del Instituto Riva-Agüero, en Lima. El conjunto, hasta ahora inédito², contiene valiosas revelaciones, confidencias, juicios y testimonios.

Unamuno cultivó a lo largo de su vida el género epistolar. Traspuso a sus misivas autógrafas, confesiones y explicaciones de su obra literaria que hacen de esos documentos materiales de que no pueden prescindir sus críticos³. Se han publicado numerosos capítulos de ese epistolario --con *Clarín*, Maragall, Texeira de Pascoaes, Cassou, Alfonso Reyes—, no siempre completos; sólo el epistolario americano de Unamuno abarcaría varios gruesos volúmenes⁴. De su abundante correspondencia con escritores peruanos, aunque por períodos no muy prolongados —Ricardo y Clemente Palma, Chocano, López Albújar, Francisco y Ventura García Calderón, Riva-Agüero, J. C. Mariátegui, seguramente Edwin Elmore, César Falcón y varios más— es ésta la segunda que se exhuma, después que Porras publicó la que sostuvo con don Ricardo Palma⁵.

Riva-Agüero no parece haber mantenido siempre el mismo interés por su correspondencia. De los primeros años de activi-

dad literaria se guardan en el Archivo del Instituto de su nombre los borradores de sus cartas a Menéndez Pelayo, Rodó, Unamuno, Francisco García Calderón, en el período que va de su primera tesis hasta su primer viaje a Europa (1905-1913). Su epistolario constituye, en el conjunto de su producción literaria, un capítulo muy interesante. Aparte de las cartas públicas en razón de su actividad académica y política, sólo se ha editado hasta ahora el breve epistolario con Marcelino Menéndez Pelayo y algunas de sus cartas a Luis Alberto Sánchez⁶.

Es casi un pleonasma repetir que Unamuno se constituyó en el núcleo más lúcido y fervoroso de la conciencia americana de la generación del 98. Sus cartas a Riva-Agüero corroboran ese juicio. Pero, además, en ellas aflora, con mayor virulencia acaso que en la tesis de 1905, un Riva-Agüero librepensador, racionalista y agnóstico, anticatólico más aún que anticlerical, en rápido trance, mediante un breve momento de crisis espiritual, hacia sus más perdurables creencias.

Este epistolario va desgranando, con una rotunda sinceridad por ambas partes, asuntos del más variado interés; ellos trasuntan inquietudes religiosas y filosóficas, gustos literarios, preocupaciones políticas, amistades comunes, angustia por el destino de sus patrias.

1/ Unamuno, americanista y peruanista

El interés y la vocación de Unamuno por América⁷, tenía raíces familiares. Su padre, don Félix de Unamuno, había sido lo que en España se llamaba un "indiano". Muy joven partió a México, donde hizo fortuna y volvió ya maduro, llevando en su equipaje muchos de los libros que leyó su hijo Miguel de niño⁸.

Lector incansable de libros procedentes de América, fue don Miguel amigo y corresponsal de los más grandes escritores americanos, cuya obra había comentado como crítico. Esa vinculación se prolongó a tra-

vés de varias generaciones literarias. Durante cuarenta años fue colaborador asiduo de diarios y revistas del continente, en especial de *La Nación* y *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, e hizo en las páginas de la revista madrileña *La Lectura* la exégesis, insobornablemente libre pero siempre cordial, de los libros americanos que llegaban a sus manos.

A pesar de varios frustrados proyectos, no llegó a pisar tierra americana⁹. Pero tuvo de nuestra historia y de nuestra cultura una visión más certera que la de muchos de sus congéneres peninsulares viajeros por América; su conocimiento de nuestro paisaje y de nuestras gentes fue más profundo, su simpatía más espontánea.

En su vocación americana seguía Unamuno el ejemplo de Tuan Valera, Menéndez Pelayo y *Clarín*, pero con una visión muy amplia de la cultura hispanoamericana; con una captación muy certera de sus matices diferenciales respecto de la peninsular; con actitud más respetuosa ante nuestra vocación de autonomía y singularidad; todo ello alimentado por un pronóstico optimista sobre el destino americano y universal de la lengua española.

Para Unamuno la lengua, "sangre del espíritu", "tuétano intraducible", como le gustaba repetir, era el irrenunciable vínculo fundamental entre españoles y americanos. Sobre el núcleo del viejo castellano, tenemos que forjar unos y otros, conjuntamente, el idioma español, "que aún no está hecho, ni mucho menos", como le decía a Rubén Darío. Esa lengua es patrimonio de veinte naciones; a su vida deben contribuir todas ellas sin monopolios, porque su destino es compartir, con la inglesa, el predominio mundial¹⁰.

A Unamuno atribuyen algunos la acuñación del término *hispanidad*, que luego divulgó Ramiro de Maeztu. Suyo es, sin duda, *americanidad*, y en varias ocasiones escribe "América de mis cuidados". Frente a la manifiesta antipatía de Baroja o el interés predominantemente literario y estético de Valle Inclán, Unamuno tuvo una constan-

te vivencia y conciencia de América, de raíz existencia! como lo fueron todas sus grandes preocupaciones.

Las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892 habían propiciado un reencuentro entre España y los países hispanoamericanos, después de varias décadas de aparente divorcio tras las luchas por la Independencia. En ese contexto se inscribe el interés de Unamuno por las letras y por la historia del Perú.

Su primer interlocutor peruano es den Ricardo Palma, cuyas *Papeletas lexicográficas* comenta en 1903 en *La Lectura*, adhiriendo a sus teorías lingüísticas, clamando por la fecundidad de la lengua y enderezando sus ataques contra el *Diccionario* de la Academia por su falta de flexibilidad y testarudez para rechazar los *americanismos*. La correspondencia entre ambos, estudiada por Raúl Porras, es también muy jugosa. Unamuno elogia siempre a don Ricardo, a quien considera "el escritor hispanoamericano más conocido y más gustado entre nosotros". Escribe luego Unamuno el prólogo para los *Cuentos malévolos* de Clemente Palma (1904) y señala allí que, aunque libres de moraleja, como Clemente quería, no estaban exentos sus relatos de preocupación ética y de heterodoxia religiosa. Elogió el primer libro de Francisco García Calderón, *De litteris* (1904), que tenía prólogo de José Enrique Rodó. Había comentado ya *El fin de Satán y otros poemas* de José Santos Chocano "el poeta representativo de América". A solicitud de éste redacta un prólogo para *Alma América* que no será del pleno agrado del poeta¹². Y aunque los críticos y comentaristas de la obra de Enrique López Albújar reconocen que por esos años iniciales del siglo era decisiva la influencia de Unamuno en la primera generación modernista peruana, el autor de *Matalaché* sólo se escribirá años más tarde con el rector de Salamanca¹³.

Tenía, pues, Unamuno un conocimiento preciso de la literatura peruana; un trato directo con sus principales figuras vivas, cuando llegó a sus manos el *Carácter de la*

literatura del Perú Independiente (1905), La lectura de ese libro le permitió ampliar su visión de nuestras letras y le dio pie para sus reflexiones sobre Jas de toda la América hispanoparlante.

II/ El epistolario de Unamuno y Riva-Agüero

Las cartas que vamos a comentar tienen un múltiple interés. No es el simple y escueto intercambio de informaciones literarias y bibliográficas. Se trata de una amistad epistolar que dura 10 años decisivos en la formación intelectual de Riva-Agüero, de 1905 a 1914, con un primer encuentro en 1914, cuando visita a su maestro en Salamanca; uno segundo, en la primavera de 1920; un hiato de cuatro años; apenas unas líneas en 1924; y después un largo silencio.

Conforme avanza la relación epistolar se va ahondando la simpatía y la admiración entre uno y otro. Riva-Agüero llama a Unamuno primero "Señor", luego "Señor y amigo", más adelante "Maestro y amigo"; en las cartas siguientes "Querido maestro" y "Muy querido maestro". Se despide de él llamándolo unas veces "venerado maestro" y la testimonia "la más viva simpatía y ardiente admiración que le profesa"; en otras se llama a sí mismo "agradecido amigo y admirador"; en varias cartas pide a don Miguel que no olvide "al que se enorgullece de llamarse su discípulo y amigo", "su amigo y admirador ferviente", "su amigo cariñoso y admirador entusiasta". Unamuno por su parte pasa de llamarlo "Mi estimado señor y amigo" a "Mi querido amigo" o "mi buen amigo".

El punto culminante de la admiración por Unamuno y de la influencia que sobre Riva-Agüero ejerce su lejano maestro se refleja en las cartas de 1907 a 1911, cuando le expone sus más íntimas inquietudes espirituales, reclama y recibe su consejo.

Unamuno escribe sus cartas en cuartillas de papel timbrado, como rector de Salamanca, en una caligrafía menuda, de trazos muy finos y puntiagudos, con constantes

rasgos diagonales que Salvador de Madariaga encuentra característicos de su espíritu penetrante, tejido de contradicciones. Riva-Agüero lo hace en una caligrafía muy clara, de rasgos amplios y redondos en los que se descubre su afán de precisión y claridad.

III/ La tesis de 1905 y el espaldarazo de Unamuno

A instancias de don Ricardo Palma, Riva-Agüero escribe por primera vez a Unamuno en setiembre de 1905 para enviarle su tesis sobre el *Carácter de la literatura del Perú Independiente*. Lo hace, además, por una circunstancia; especial. Dos autores españoles han inspirado esas páginas: Menéndez Pelayo³⁴ por lo que se refiere a la parte propiamente histórica, y el Unamuno de *En torno al casticismo* en el bosquejo que hace del carácter español en el primer capítulo, y en todas las conclusiones. Se disculpa de su audacia y confía en que sus palabras, "aun en su rustiquez y franqueza nativas, no han de herir los oídos del valeroso pensador que se ha convertido en el *¡¡¡discutido campeón español de la libertad intelectual y de la regeneración moral de la raza*; en jefe de aquella generosa juventud que tan denodadamente combate la cobardía y la mentira"¹⁵.

La respuesta de Unamuno es inmediata. Ha leído la tesis, felicita a su autor y le adelanta que escribirá un extenso comentario sobre ella en *La Lectura*, de Madrid. Surge en él un interés y una simpatía por la obra del peruano, que se expresa sin reservas:

"Estoy de acuerdo con casi todo de lo que usted dice; en el fondo con todo,.. Levanta el ánimo encontrarse entre tanta ñoñez decadentista con la obra de un espíritu sereno, culto, valiente y jugoso... es usted de los espíritus honrados, sinceros y valientes que yo anhelo y busco. He sentido leyéndole nuestra hermandad. Cosas dice usted que no sólo las hubiese yo dicho, sino hasta con las mismas palabras y en el mismo tono..,"»⁶

La acogida sobrepasa las expectativas de Riva-Agüero y así lo manifiesta en su inmediata respuesta: "Espero ansioso el artículo que sobre mi tesis me promete usted"¹⁷.

El 7 de mayo de 1906 la informa

Unamuno: "cinco o seis meses ya hace que está en poder del Director de "La Lectura"¹⁸ el artículo. En junio Riva-Aguero aun sigue en la ansiosa espera del ensayo "que tanto tarda en publicar 'La Lectura'¹⁹. El 9 de noviembre de 1906 conjetura Unamuno que ya habrá leído su corresponsal el ensayo dedicado a su libro, que por fin publica la revista madrileña en sus números de octubre y noviembre²⁰. El 17 de diciembre Riva-Agüero acusa recibo del esperado ensayo: "Mucho me han enorgullecido y muchísimo me han estimulado sus elogios, sobre todo por venir de usted, que no acostumbra prodigarlos"²¹. Está de acuerdo con todas las rectificaciones que Unamuno le hace; son las mismas que él haría si tuviera que escribir de nuevo sobre los mismos asuntos. Hay sólo un punto de discrepancia: la posición de González Prada sobre la cuestión religiosa en el Perú, que analizaremos más adelante.

Ese extenso ensayo constituyó, como ha dicho Raúl Porras, el espaldarazo crítico que consagró a Riva-Agüero en las letras hispanoamericanas; el inicio brillante de una carrera literaria de resonancia continental, que luego siguió otros derroteros.

Unamuno declara que se siente obligado a llamar la atención sobre un libro primigenio de tan sana y sólida doctrina. Sostiene que sus postreras "consideraciones generales" pueden aplicarse a la literatura y aun a la cultura general de toda la América española y de España misma. Destaca las raíces del antiespañolismo de Sarmiento, cuyo estilo, sin embargo, admira. Encarece la serenidad de juicio de Riva-Agüero cuando trata de sus paisanos. Coincide en el quintanismo de Olmedo, pero tampoco él se detiene en Melgar. Respecto del movimiento romántico cree, en consonancia con el joven crítico limeño, que nuestros poetas "se afrancesan a la española". Respalda entusiasta los juicios sobre Palma, "el escritor americano que ha logrado encontrar mejor su propia manera, el que ha llegado a mayor originalidad", y transcribe sobre el autor de las *tradiciones* una extensa página de la tesis de

Í905.

A Manuel González Prada dedica don Miguel todo el capítulo V de su ensayo, y es aquí precisamente donde hallará Riva-Agüero materia para expresar, con su precoz y nunca depuesta independencia de juicio, sus discrepancias con el maestro.

Pajinas libres (Í894) es uno de los poquísimos libros americanos que Unamuno confiesa haber leído por segunda vez y de los que le queda vivo recuerdo. González Prada es "escritor vibrante, de lucha, incansable forjador de metáforas, que escribe a estocadas retóricas", que tiene, como dice Riva-Agüero, dos cualidades inestimables: "valor moral, y estilo". Pero por su afrancesamiento y anticristianismo no puede serle muy atractivo. Es vulgarizador que sigue a Guyau. Sus ataques a Castelar y a Vajera tienen verdades parciales y sentimientos secatrios. Su libro es excitante "y con su mija de escándalo"; y en fin, incurre en la "atrocidad" de llamar a Víctor Hugo "poeta único"²².

Lo que interesa es destacar que Prada llevó a Riva-Agüero en su tesis a "digresionar sobre lo que podríamos llamar la cuestión religiosa en el Perú". Y en ese punto Unamuno dice encontrarse más cerca del primero que del segundo. El joven crítico limeño considera que las luchas religiosas son anacrónicas. Imbuido de racionalismo y positivismo de la época, cree que el catolicismo debe ser ahogado en libertad. Unamuno, en cambio, considera que las verdaderas contiendas religiosas e ideológicas impiden el enervamiento espiritual. Los pueblos latinos tienen una fe racionalizadora, una actitud intelectualista en que yace inerte el fondo de la más alta espiritualidad, que es el fondo religioso; por eso caen en el libre pensamiento, que es otra forma de dogmatismo. Por su temple luterano Unamuno aprobaba el programa de Benito Juárez para México y querría hacerlo extensivo a toda la América española: una suerte de mexicanización del protestantismo que orientara a los Indios hacia una religiosidad menos ritual.

Pero tampoco adhiere Unamuno al movimiento anticlerical que González Prada promovía. La fuente íntima de la vida social hispanoamericana ha de salvarse, dice, por un movimiento cristiano, pero que no sea la propaganda de los asalariados de sociedades más o menos bíblicas, sino un movimiento autóctono, brotado de dentro. No cree acertada la agitación anticatólica de González Prada, por afrancesada, ni la posición liberal y neutralista de Riva-Agüero que fustiga por "esteticista". El esteticismo, dice, ha corrompido la fuente religiosa de los países que se llaman latinos. Y acaba el capítulo remitiendo al lector a su último libro: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Sobre este parágrafo del comentario de Unamuno volverá Riva-Agüero en una de las más interesantes de sus cartas al rector de Salamanca²³.

Las coincidencias suscitan el entusiasmo de Unamuno al analizar las conclusiones de la tesis de 1905:

"Cuanto dice el autor respecto de la lengua es de singular acierto. La lengua, he de repetirlo una vez más, es la sangre del espíritu; se piensa con palabras; todo aquel que piense desde niño en español, pensará a la española, créalo o no, súpalo o no lo sepa, y aunque no corra ni una sola gota de sangre española en sus venas. La Lengua es la sangre del espíritu social..."²⁴

Hasta González Prada, dice Unamuno, es "profunda e íntimamente español de espíritu, a pesar de su afrancesamiento de corteza"

La reacción frente a la exclusiva influencia literaria francesa en América también los acerca. Hay que evitar que sea esa la única comente que nos llegue de fuera. El destino de nuestra literatura no es "imitar"; los más originales de nuestros escritores, como Sarmiento, son, a contrapelo, los más castizos. El español es tan nativo —decía Unamuno rebatiendo los sofismos de moda por el libro de Emilio Reich²⁶— de Lima o de Santiago de Chile como de Toledo o Avila, más que de San Sebastián a Valencia. Así como los escoceses Burns y Carlyle y los norteamericanos Poe, Longfellow, Tho-

reau y Whitman hacían aportes sustanciales a la literatura inglesa, así los harían a la española los hispanoamericanos, como ya se vislumbraba en Darío y J. A. Silva. El errado metropolitanismo había echado a perder un imperio; que no impida ahora una sólida hermandad espiritual. Un giro nacido en Castilla no tiene más derecho para prevalecer que uno de Cundinamarca o de Chihuahua. Cada día, afirma Unamuno con visión profética, los escritores americanos influirán más en España y en el conjunto del mundo hispánico.

Las páginas finales del ensayo de Unamuno señalan ya, por encima de afinidades y coincidencias, matices diferenciales por lo que se refiere a los grandes ideales que deben orientar la vida cultural y política hispanoamericana, Frente al creciente peligro del norte, frente a la incontenible *avalancha yanquee*, Riva-Agüero propicia la formación de una sólida burguesía industrial y disciplinada que defienda nuestra soberanía. La educación literaria, las letras clásicas, han de ser camino minoritario. Mientras no nos integremos geográfica, étnica y hasta políticamente, no tendremos un eficaz ideal colectivo; nos falta "vida intelectual intensa y concentrada y hasta desarrollo social y económico". Por eso, no empece su generosidad y su belleza, la prédica del *Ariel* de José Enrique Rodó se le antoja inoportuna. Unamuno comenta que para tener un ideal que nos dé originalidad, nos falta otra cosa a españoles y americanos: un verdadero sentimiento religioso de la vida. Por lo demás, añade, la prédica *regeneradora* (la de Cosío, Ganivet, Macías Picavea y los mismos hombres del 98), que entusiasma a Riva-Agüero, puede y debe conciliarse con las predicciones y orientaciones de Rodó. Más imaginación auténtica y más disciplina y menos rapacidad y hedonismo; más idealidad y menos barbarie. La apelación final es, naturalmente, a su señor Don Quijote²⁷.

El comentario de Unamuno tuvo especiales resonancias. No surgió al estímulo de los "no pocos errores" del libro primige-

nio de un adolescente, como quiere L. A. Sánchez²⁸, sino sobre todo de las fundamentales concordancias a las que se refiere en el largo ensayo y en su primera carta al escritor limeño. Como sostiene Porras, "el espaldarazo inicial de Unamuno" fue definitivo²⁹.

Sin embargo Riva-Agüero puso especial empeño en que este ensayo 110 se reprodujera en el Perú y resistió a las instancias de don Ricardo y Clemente Palma para que apareciera, aun a costa de suprimir tan sólo una palabra del texto original, en algún periódico limeño o en las revistas *Prisma* y *El Ateneo*,

La razón era muy clara: el general Mariano Ignacio Prado es juzgado allí, muy de pasada, con un solo adjetivo calificativo que aplica también Unamuno a otros gobernantes americanos como Daza y Guzmán Blanco. Riva-Agüero no quiere que recaiga el juicio en el hijo del general, su maestro y amigo Javier Prado. En dos extensas cartas explica con todo detalle las sinceras motivaciones de su determinación: una a su íntimo amigo y confidente, Francisco García Calderón, que estaba por entonces en París, del 26 de febrero de 1907; la otra, del 24 de diciembre del mismo año, al propio don Miguel

En su respuesta sobre este asunto, dice Unamuno:

"Tratándose como se trata en ella de cosas internas yo debo respetar lo que ustedes hagan y no meterme en ello. A mí me parece que si un periódico o revista cualquiera reprodujese ahí íntegro mi estudio y sin supresión alguna, usted, en rigor, ni tenía que ver con ello ni tenía porqué impedirlo, ni nadie tenía porqué suponer que usted se había empeñado en ello. Usted me dio ocasión para él pero su interesante memoria ha sido el hilo que me ha permitido enhebrar reflexiones de carácter general. En mi vida pensé que aquella rigera alusión a Prado pudiera alcanzar allí ese eco, como nunca supuse que mi recorrido a Vicuña Subercaseaux provocara lo que provocó —en cierto círculo de personas— en Chile. Lo que prueba que el supremo interés intelectual, el interés por las doctrinas y las tendencias espirituales, está rebajado por las pasiones que despiertan las personalidades. Siempre he creído que uno de los males de America Latina es el personalismo, el relieve hipertrófico que alcanzan las personalidades,

abstracción hecha de su contenido ideal. De eso he de escribir tomando pie precisamente de lo de Vicuña y lo de Prado"³¹.

Creemos que el episodio dejó honda huella en Riva-Agüero y que, por lo que se refiere a su actuación pública, fue fiel a la determinación que le confesó a su maestro: "si alguna vez entro en política, he de militar. .. en grupo opuesto a aquel en que figuran los Prado"³²,

IV/ La "cuestión religiosa" en el Perú

La distinta posición de Unamuno y Riva-Agüero frente a la prédica anticatólica de González Prada no acalló en sus inicios un diálogo tan prometedor. Por el contrario, los acercó la honestidad intelectual y la sinceridad con que los dos defendieron sus puntos de vista.

En ese momento son muy distintas sus tesituras espirituales. Unamuno ha superado el drama del humanismo ateo finisecular, positivista, racionalista y agnóstico, y luego de la crisis de 1897 asume una conciencia cristiana existencial, de búsqueda de un cristianismo depurado de lo que él considera sus sobrecargas históricas. Su razón vital, su hambre de inmortalidad personal, lo llevan a una religiosidad tensa y profunda; a lo que él mismo llama "un misticismo activo", a un combate constante que lo debe alejar siempre de "toda cómoda instalación en la existencia terrestre"³⁴,

Riva-Agüero, en cambio, vive aún en el clima intelectual del positivismo universitario. Está instalado frente al horizonte intelectual que ya Unamuno había dejado atrás —Spencer, Renán, Taine— y sus dioses son la Humanidad, la Ciencia, el Progreso. Una influencia decisiva tuvieron sobre su posición ideológica esos autores, y Nietzsche, Schopenhauer, el neokantismo: "esa fue por varios años mi deletérea atmósfera mental", dirá él mismo más tarde³⁵.

Nietzsche y Renán habían influido también en González Prada, pero éste había bebido, además, el anarquismo de Proud-

hon, Bakunin y Kropotkin, y militaba en un radicalismo religioso anticatólico y anticristiano, pero sobre todo anticlerical. Por anarquista y principalmente por anticlerical acababa de separarse del partido que él había fundado, la Unión Nacional³⁶. El libre pensamiento acercaba al gran panfletario y al joven crítico, aunque el primero había unido ya a su genérico credo radical un compromiso político: la utopía libertaria.

Unamuno no apoya la agitación anticatólica promovida por Prada en el Perú por que coincida con los objetivos que ella se propone alcanzar. Por el contrario, quiere una contienda ideológica y principista porque a través de ella debe recuperarse un auténtico sentimiento religioso de la vida, que es para él lo fundamental y definitivo. El ateísmo de los librepensadores, dice, es tan dogmático como la más cerrada ortodoxia católica tradicional. Lo que postula es una profunda renovación de los espíritus, un reencuentro con las fuerzas más hondas y creadoras de la vitalidad humana, que son las religiones. No cree conveniente para la América española esa paz que anhela Riva-Agüero en su tesis. Lo que allí hace falta, dice don Miguel, no es un movimiento anticlerical como el que promueve Prada, sino una verdadera reforma, "pero indígena, brotada de dentro, no traducida. Y en el Perú tienen acaso en Vigil, aquel tan ilustre Vigil, un precursor".

Diríamos: que al escribir su ensayo, Unamuno pasa por una etapa de "simpatía" por el movimiento modernista, en cuanto éste significa una influencia mutua de las teologías católica y protestante, acaso un cierto predominio de ésta sobre aquella. Por eso elogia los proyectos protestantizadores de Juárez y al antecedente peruano de Vigil y destaca la dificultad de la tradicional religiosidad católica de "llegar a la fe viva, a la fe independiente de dogmas". En febrero de 1908 está fechado el breve ensayo *Verdad y Vida*. Vuelve allí Unamuno al tema de la sinceridad como "suprema virtud del hombre" y a la cita de Kierkegaard. En defen-

sa de los modernistas se refiere a los exégetas que han demostrado "en su religioso culto a la verdad una religiosidad mucho mayor que sus sistemáticos refutadores y detractores". Muy reciente el nuevo *Syllabus*, añade: "Y la condena del actual Papa contra la doctrina del llamado modernismo, no es sino porque los modernistas —Loisy, Le Roy, el padre Tyrrell, Murri, etc.— tratan de devolver vida, de verdades a dogmas muertos. ..." En carta de mayo de 1908 dirá Riva-Agüero a don Miguel que su artículo *Verdad y Vida*, reproducido en la prensa limeña, le ha gustado "extraordinariamente". Son los años en que escribe Unamuno que Dios es en el espíritu de los hombres, espíritu y no idea; amor y no dogma; vida y no lógica. Es el momento de entusiasmo por Auguste Sabatier, como veremos en dos cartas a Riva-Agüero en 1908 y 1910. Es la misma simpatía por el movimiento modernista católico que expresará García Calderón en *Le Pérou Contemporain*. Pero el modernismo de Unamuno no demoró mucho tiempo. Se trataba de un intento de buena fe de conciliar el dogma con la ciencia evolucionista mediante la adaptación de aquel a ésta, Unamuno no quería una conciliación de tal tipo; se acababa en la contradicción [existencia]. Poco después de los ensayos de 1905 y 1908 y de las cartas a Riva-Agüero, en su libro principal, *Del sentimiento trágico de la vida*, dirá que la fe pura, libre de dogmas, de que tanto escribió en otros tiempos, es un fantasma, y repetirá que la fe necesita "materia en que ejercitarse". El modernismo pudo tal vez significar un momento de transición en Riva-Agüero, pero andando el tiempo, lo definitivo en él serían el decreto *Lamentabili*, la Encíclica *Pacendi* y el conjunto de documentos condenatorios del movimiento modernista católico por Pío X en 1907, llamado *nuevo Syllabus*³⁷.

Riva-Agüero ya ha insinuado su posición frente al tema en su carta a Unamuno del 29 de junio de 1906 al comentar el libro del maestro *Vida de Don Quijote y Sancho*:

... Aunque en esta ini patria la cuestión religiosa no presenta 3a gravedad que en España y el catolicismo no tiene tantas raíces, muchas de las cosas que usted dice sobre el formalismo religioso y el utilitarismo que mata todo sentimiento, son aplicables por entero al Perú..."a

Pero después de leer el extenso y elogioso comentario de Unamuno sobre su libro, Riva-Agüero le dice con su franqueza característica que sólo en una parte no le convence el alegato: en la que se refiere a la política más adecuada en materia religiosa para el Perú y en general para nuestros países; precisamente el tema en que, en procura de metas por cierto muy diferentes, Unamuno se declara más cercano a Prada.

Riva-Agüero escribe casi exclusivamente sobre este asunto la carta más extensa y una de las más interesantes de todo el epistolario, la del 15 de diciembre de 1906.

Acepta la propaganda anticatólica en la prensa, en los libros y en la cátedra; la propaganda individual. Pero rechaza el anticlericalismo como programa de gobierno. El catolicismo le es antipático por formalista y ritualista, por su poco respeto por la libertad intelectual y por su secular unión con el despotismo político. Pero la intervención del Estado en la lucha, el anticlericalismo desde el gobierno, significará un ataque positivo a la libertad. Si el catolicismo ""no ha de concluir su larga agonía sino de manos de la persecución oficial, prefiero que no sucumba". La libertad, dice, "es esencialmente el respeto a los débiles. Ante todo y a toda costa hay que salvar en los hombres los sentimientos de libertad y dignidad". Expresaba con estas frases su íntima e insalvable resistencia a las formas de tiranía antihumana a que en oíros lugares había conducido el sectarismo religioso; su respeto por la libertad y dignidad de la persona. La amenaza para esa libertad, afirma, no es ahora el "caduco catolicismo", sino "el socialismo colectivista".

En el actual equilibrio de fuerzas políticas, arguye, el gobernante anticlerical representa el papel de fautor del socialismo,

de allanador de los caminos para su advenimiento. En la mera separación de la Iglesia y el Estado, o se empleaban los medios de que por entonces se echaba mano en Francia, y se caía en la persecución con todas sus desmoralizadoras consecuencias, o se ejecutaba con perfecta honradez y las consideraciones debidas a una institución secular y augusta como la Iglesia Romana, y entonces se le concedía un beneficio inmenso porque renunciaba el poder civil a los medios de control y vigilancia que tiene adquiridos y se quedaba desarmado frente a una Iglesia armada.

Si fuera español, dice, sería anticlerical, porque allí es todavía el catolicismo un enemigo formidable al que hay que combatir. Pero aún en España hay que evitar que el debate religioso, en el sesgo que lleva, produzca "el descrédito de la monarquía y el prestigio del partido republicano y supongo que estarán ustedes suficientemente curados de republicanismo después del desdichado ensayo del 72". Aquí no hay probabilidades de guerra civil, pero allí, si la contienda ideológica se encona ¿qué haría España con el "maldito fermento del regionalismo, que pronto se trocaría en separatismo y enexionismo... ¿por qué desesperar tan pronto de la empresa de descatalogar a España únicamente con la palabra y con la pluma?" »

El Perú no es España, sostiene Riva-Agüero; aquí una enérgica campaña antirreligiosa sería muy dañina. Por eso se felicita "con regocijo patriótico de que las tentativas de González Prada hayan fracasado y de que sus exhortaciones se hayan perdido en el vacío". El país tiene por delante tareas más urgentes; no se deben malgastar las energías contra enemigos imaginarios; el catolicismo como fuerza política y social, afirma, puede decirse que no existe:

"El poder de los antiguos conventos concitó con la Independencia; y hoy están vendiendo iodos sus bienes. Los jesuitas carecen de personalidad legal en la república; se les tolera; pero a la primera señal de manejos sospechosos, se les aplicaría una ley vigente y saldrían

expulsados. Casi no hay joven universitario que sea católico. ¿Por qué nos hemos de ensañar cruelmente con un cadáver?"⁴⁰

Los curas de la sierra abusan como todos los funcionarios; donde no hay resistencia de los subditos y por el contrario impunidad, continúa, la tendencia natural de las clases superiores es el abuso. Por eso importa no separar las dos potestades, no perder la facultad de elegir obispos y curas. La libertad de conciencia está garantizada en el Perú por la norma constitucional; lo único que resta por conquistar, a juicio del Riva-Agüero de entonces, es el matrimonio civil y alguna precaución acerca de la enseñanza de las congregaciones. Es cierto que para llegar a la paz de Westfalia hay que pasar por la dieta de Worms, dice, pero lleguemos a ella sin los desastres de una guerra de los treinta años:

"¡Libre Dios a mi raza y a mi pueblo de parecidas calamidades! Sucede a menudo que el anticlericalismo en vez de levantar y dignificar las almas y de evitar la enervación espiritual, degrada y corrompe. Profana con ruines pasiones los principios más santos. Engendra inevitablemente la más asquerosa hipocresía..." «

Aun en el momento cenital de su racionalismo librepensador apela Riva-Agüero a Dios, porque, como dirá en su formal retractación, jamás cayó en el ateísmo.

En cuanto a la protestantización de la América española se muestra escéptico, a pesar de las opiniones que Justo Sierra atribuye a Benito Juárez y que Unamuno comenta con entusiasmo. Enseñar a nuestro indio, dice, "la religión espiritual e individualista por excelencia, el cristianismo purificado de todo vestigio de paganismo, es tentar una obra imposible"⁴². Tampoco abriga confianza en la seriedad de la propaganda de algunas sociedades bíblicas en la costa. Hace tiempo que Guizot profetizó, proclama Riva-Agüero, que el terreno perdido por el catolicismo no lo ganaría ya el protestantismo sino el libre pensamiento:

"El impulso es irresistible y fuerza a ir hasta el completo racionalismo. Usted mismo reco-

noce la intolerable estrechez y la insostenible posición de la gran porción de las iglesias reformadas que continúa defendiendo la divina inspiración literal de las Escrituras. Y el protestantismo liberal que llega a rechazar todo dogma ¿qué viene a ser en substancia sino el libre pensamiento? ... Anhele fervientemente una renovación moral; pero en manera alguna deseo una reforma religiosa, porque religión implica dogma, y en la actualidad una escuela que imponga preceptos dogmáticos, por vagos y equívocos que se imaginen, está destinada a fugaz y oscura vida"⁴⁶.

Toda la doctrina radical de esta extensa carta tiene ya un inconfundible sabor de época pasada. Aun en su momento, no representaba las más actuales y vigentes posiciones europeas frente al tema. Había en los universitarios de San Marcos de principios de siglo una desinformación, un cierto desfase, que nos los presenta, hasta un momento de renovación que empieza a operarse por esos mismos días, anacrónicos y trasnochados. Se explica por otro lado la prolongación del irreligioso ambiente finisecular por la poca vitalidad y vigor del pensamiento católico en esos lustros. La renovación intelectual que significó el pontificado de León XIII, tuvo en el Perú efectos tardíos.

El propio Francisco García Calderón, el más íntimo e influyente de los amigos de Riva-Agüero por entonces, decía cosas en buena parte diferentes sobre el catolicismo en su libro eximio *Le Pérou Contemporain*, publicado en París en 1907, casi al mismo tiempo que escribía Riva-Agüero su carta. García Calderón reconocía la "gran influencia espiritual del catolicismo". Puesto que una religión científica y racional no es patrimonio de todos, sino de minorías, hay que preservar la religión popular, depurarla, conservar su poder moral y su idealismo, hay que superar el anticlericalismo negativo y estar atentos a las energías renovadoras que en el seno del catolicismo despiertan. Charles Maurras "en páginas desde ahora célebres", Brunetiere, Bourget, Barres, y los apologistas modernos, aun dentro del librepensamiento, admiran y defienden algunos importantes aspectos del catolicismo, la religión de lo universal, del orden, de la cohe-

rencia plena, una doctrina de cohesión y de unidad que merece todos los respetos. Citando a Maurras, dice García Calderón que la conciencia humana, cuya más grande desgracia es quizá la incertidumbre, saluda en la Iglesia católica al templo de las definiciones del deber, que aporta soluciones precisas y completas a los problemas del destino humano y da, contra la embriaguez de la razón pura el orgullo de creer más allá de la razón. Desde el punto de vista moral ofrece al esfuerzo humano tipos de perfección absoluta, promueve la santidad y el heroísmo, ahoga la naturaleza inferior y sublima el dolor y la muerte. Y no escatima su entusiasmo frente a una Iglesia que se adapta, *patientis quia aeterna*: "Acogió las ideas de Platino y las sutilezas de la teología alejandrina; en el Medioevo estudió hasta el exceso la lógica y la metafísica de Aristóteles; en el Renacimiento, bajo León X y Julio II, el humanismo, el sentido de la belleza y de la vida intensa; y con León XIII, la política de un siglo prendado de la democracia y las aspiraciones sociales"⁴⁴.

García Calderón contemplaba el problema desde su amplio mirador europeo; estaba al día. Seguramente no anclará en la certidumbre religiosa, no traspasará un discreto escepticismo, pero su sentido de la tolerancia y del equilibrio lo alejaba de las extremosidades de su entrañable compañero de generación.

Unamuno redacta su respuesta el 5 de febrero de 1907, apenas 7 semanas después que fechó Riva-Agüero la suya; el tiempo exacto para el viaje y la lectura, en días de intensa actividad intelectual. La arremetida debió impresionarlo. Su contestación es discreta y hasta evasiva, como si no deseara prolongar un diálogo epistolar y directo sobre la cuestión religiosa en la América Latina y aun en España, en los términos en que su cotesponsal lo plantea:

"Guardo con interés su primera carta y habré de comentarla en algún trabajo. En ciertos puntos, como el religioso, no es fácil que nos pongamos de acuerdo, siendo usted un racionalista y queriendo yo ser un cristiano y has-

ta un místico. Mis dos ensayos 'Sobre la europeización' —publicado ya en el número de diciembre de la España Moderna— y 'Más sobre la europeización', que se publicará en ella le dirán bastante mi pensamiento íntimo"⁴⁵

Ha insistido Riva-Agüero en los mismos argumentos de su tesis, explicitando y aun radicalizando sus posiciones. Pero en verdad lo que a Unamuno le interesa de González Prada es su actitud de combate, la contienda misma. A partir de la posición de Prada, lo que él parece propugnar para el Perú y para todos los pueblos hispánicos es una extremación de las contradicciones que conduzca, no a la negación de la religiosidad, sino precisamente a su exaltación como fuerza vital creadora por excelencia. Sólo así se explica que, cristiano agónico como sería siempre, se sienta en este punto concreto más cerca del combatiente antirreligioso que del librepensador puro e impecable.

El cambio de juicios acerca de la cuestión religiosa en nuestro país se formulaba sobre un texto de González Prada que no representaba su posición más actual. La clerofobia intransigente de González Prada, su actitud religiosa en general, no eran elementos aislados en su ideología, sino que estaban vinculados a su pensamiento político y social y a su visión del papel histórico que el catolicismo había ejercido en América Latina. Más adelante, cuando profesa abiertamente el anarquismo, en los días mismos en que Unamuno y Riva-Agüero se escriben, la posición de González Prada se torna aún más radical en esta materia. En 1906 dirá "La anarquía no se declara religiosa ni irreligiosa. Quiere extirpar de los cerebros la religiosidad atávica, ese poderoso factor regresivo"⁴⁶.

Riva-Agüero, en cambio, profesaba un teísmo racionalista y sin dogmas, desde el cual el anticlericalismo como programa y ejercido por el poder político se percibe como una forma inaceptable de sectarismo, como una flagrante contradicción del librepensamiento.

Como veremos más adelante Unamuno promueve una revisión de las ideas y ac-

titudes religiosas de Riva-Aguero; suscita en su discípulo una honda inquietud espiritual. Por el contrario, el anarquismo, el excluyente afrancesamiento, el antiespañolismo y hasta la actitud frente a Palma destacarán ante el gran vasco los aspectos que le son menos simpáticos en la personalidad de González Prada.

V/ La crisis religiosa de Riva-Aguero: historia y fe

Riva-Aguero demora su respuesta más de tres meses. Todavía habla en mayo de 1907, refiriéndose al historiador español radicado en el Perú don Sebastián Lorente, del "vulgar catolicismo liberal, el de los antiguos *progresistas*, que no rompían la ortodoxia". Pero la parte principal de la carta revela un cambio de actitud respecto de la anterior: menos dogmatismo y seguridad; parece perfilarse una crisis en su conciencia religiosa.

Acaba de leer un artículo de Unamuno sobre íbsen. Su comentario constituye la primera confidencia verdaderamente personal del epistolario:

"¡Cuánta verdad en lo que dice acerca de la castidad y la soledad! Una vida casta, concentrada en el estudio o en la acción serena y a largo plazo, lejos de la garrulería y de las vanidades cotidianas, es mi constante aspiración. Pero *la carne es flaca*; y también el espíritu desfallece, se rinde a la fatiga y se deja tentar por el bullicio del mundo. No sin terror pienso que ha habido muchos, como Benjamín Constant, que vivieron en perdurable divorcio de su propio ideal y en contradicción consigo mismos. Es el peor estado de ánimo que cabe imaginar... Alrededor de mí no encuentro hombre que me inspire la confianza que me inspira usted; confianza singular en que entran dos factores: el *prestigio* y la *distancia*. Usted no me conoce sino por mis ideas. Usted por vocación es un director de almas. ¿Qué me aconseja para ser siempre digno de mí, y para realizar constantemente mi ideal de severidad espiritual y de estoicismo? ¿*Me faltará, quizá un principio religioso?*"⁴⁷... Le hablo de cosas íntimas porque sus libros me producen la impresión de que es Ud. uno de aquellos pocos a quienes no parecerá ridículo lo que ahora hago: pedir consejo en una época quizá decisiva de mi vida a un maestro lejano, tanto más imparcial cuanto más distante. ¿Qué se debe entender por disciplina intelectual? ¿Qué método prescribiría usted a

un joven intelectualmente disipado, que desea concentrar sus fuerzas en el estudio y que se siente solicitado por estímulos de placer físico, de goces mundanos, de ambición política; por toda clase de concupiscencias? ¿He colocado tal vez mi aspiración moral en lugar tan alto, que mis escasas fuerzas tienen que salir derrotadas y deprimidas? A lo que más le temo es a Ja depresión, a que esta rutina de la vida, a que este clima enervante, me dobleguen y me conviertan en uno de tantos: vencidos y resignados, infieles a su ideal, que arrastran una vida triste y trunca"⁴⁸.

Hay en este texto una frase que interesa destacar: "el peor estado de ánimo que cabe imaginar" es "el divorcio" con el propio ideal, "la contradicción" consigo mismo. ... Por su talante, Riva-Aguero necesitaba alcanzar una fe, una convicción profunda que orientara definitivamente su vida. La incertidumbre no era para él un ritmo espiritual en que pudiera permanecer.

Unamuno, por el contrario, era hombre de hondas vacilaciones e incertidumbres, en lucha constante consigo mismo, como lo repite innumerables veces. Así, por ejemplo, al mexicano Alfonso Reyes, en 1917: "sigo a la busca de un alma, de la *¿nía*, que se me escapa, y no vislumbro los caminos de mi emancipación. Y menos mal mientras siga siendo mi conciencia un campo de guerra civil"⁴⁹.

No esperó Riva-Aguero respuesta porque al poco tiempo de escribir la suya, recibió, enviado por Unamuno, el primer volumen que el maestro publicaba de su obra poética con el título escueto de *Poesías*. Para acusar recibo de ese libro vuelve a escribirle en junio, a menos de un mes de la carta anterior.

Como si estuviera arrepentido de sus confidencias le agradece efusivamente por el libro de versos: "son muy originales y algunas composiciones las encuentro muy hermosas. Después de leerlos, ya no le pediré a usted orientaciones, rumbos concretos"⁵⁰. Como bellamente dice usted, hay que remontarse como las palomas, que primero se elevan y después se orientan... Pero ahí está precisamente la dificultad. ¿Cómo elevarse?, ¿*hacia qué?*, ¿cómo permanecer, sobre todo,

en las alturas venciendo los desfallecimientos?"⁵¹

La disipación intelectual de que Riva-Agüero se acusa es producto, le responde Unamuno, de una cierta educación católica. Los jóvenes de los países católicos, dice, cuando pierden la fe heredada, suelen caer en un "desolado agnosticismo" y de allí pasan al diletantismo y el literatismo. La "peste" de la literatura hispanoamericana y española es:

"su falta de ideal íntimo, su hórrido esteticismo. La deletérea influencia francesa lo ha corrobado y luego monstruos espirituales como ese desdichado D'Annunzio. Es una literatura con poca nobleza y menos castidad. Le faltan las hondas inquietudes, le falta el soplo religioso".

Y clama luego por la *unidad* de la propia vida y por la obra de gran aliento a la cual consagrar esa vida.

Nuestros países son peligrosos para un joven que se siente con fuerzas para acometer una ambiciosa tarea espiritual, dice Unamuno. La ambición política y la sirena femenina, casi siempre combinadas, suelen apartar del camino. Le aconseja un viaje por Europa: "hasta me atrevo a asegurar que es usted uno de los jóvenes americanos a quien más aprovecharía una, estancia en esta pobre, mal conocida y calumniada España, en la que aun pueden retemplarse ciertos caracteres".

En los tres párrafos siguientes de la carta revela otra vez su propia religiosidad, su temple espiritual:

"Y llegando más al fondo de su problema *creo que sí, que le falta a usted un ideal religioso. ¿Conoce la Esquisse d'une philosophie de la religion d'après la psychologie et l'histoire de Auguste Sabatier? Como guía —y en gran parte guía bibliográfica— es excelente. A mi juicio el gran mal de la América Española es su pobreza en religiosidad, pobreza que no es menor en las regiones más fanatizadas como parte del Ecuador y de Colombia. Yo de mí sé decirle que mi preocupación religiosa y mi lucha a brazo partido con el misterio, aun a falta de fe alguna positiva, me sirve de resorte de vida. Hay quien me llama escéptico fanático y acaso tenga razón. Todo menos declarar insoluble el enigma. Busco el consuelo en la lucha. La famosa frase de Lessing*

es mi lema. No vale la pena obtener la victoria; lo que da vida es luchar. Todo esto lo expondré en una de mis próximas obras"⁵².

Riva-Agüero agradece al maestro "su hermosa carta" y continúa en tono confidencial:

"Yo escribí la mía en un momento de tristeza y cansancio. Necesitaba confiar mis íntimas vacilaciones a alguien. Y a quien mejor que a usted, amigo intelectual, cuya imparcialidad y cuya serenidad tienen que ser completas puesto que no nos conocemos personalmente y miles de leguas nos separan? ... Y sin embargo, después de escribir mi carta, temí haber caído en la importunidad o en la ridiculez. Dispénsese. Es usted muy bondadoso al aconsejarme como me aconseja. Sin duda en su juventud ha tenido usted también esas horas de desaliento"⁵³.

Se percibe en el texto un cierto pudor al descubrir ante el lejano maestro su intimidad religiosa. Sin embargo meses después, como hemos visto, le dirá su adhesión al ensayo *Verdad y Vida*, de tendencia modernista, y dos años más tarde, en diciembre de 1909, toma la iniciativa de volver sobre el tema:

"Me preocupa hoy seriamente el problema religioso, después de mis años de positivismo y paganismo universitarios. Hay temporadas en que me persuado de que la hipótesis teísta es la más racional de todas. Pero dos consideraciones perturban y deshacen mis inclinaciones semicristianas. El criterio histórico, antiteológico, sobre la personalidad de Jesús, que hace tan difícil aceptar aun la más laxa y comprensiva fórmula de su divinidad; y el temor de que cierta tendencia conservadora, que mis estudios históricos me van formando insensible e involuntariamente, se insinue velada y callada en la conciencia, y sea parte en esta transformación de mis sentimientos. Y sería para mí muy triste y desalentador que en negocio tan principal como el religioso, y de tan solemne y trágica trascendencia, intervinieran hábitos mentales de investigación erudita y preferencias de régimen social... Usted que ha atravesado por crisis mucho más graves y altas, qué me aconseja para salir de esta desagradabilísima situación de ánimo? *No pretendo la paz, que no es de esta vida; pero siquiera deseo tener una dirección y un partido en el combate moral del mundo, y no partido impuesto por circunstancias exteriores o razones accidentales y secundarias, sino escogidas por convicción profunda. ¡Qué dicha tan grande debe ser el creer, y estar en po-*

*sesión, no de la verdad, que es imposible, pero al menos de su camino!"**

Es un diálogo difícil entre un racionalista en busca de nuevos dogmas y un místico de la incertidumbre y de la agonía religiosa. Así lo da a entender Unamuno, nuevamente, en su respuesta:

"Lo que me dice de sus preocupaciones religiosas me recuerda mis 25 años. También yo pasé por un período positivista, mejor aún de fenomenismo. Salí de ello por impulsos de sentimiento. El matrimonio fue decisivo. Y hoy de nada leo más que de religión, y me refugio en la doctrina de la incertidumbre. Todo el problema es si el mundo tiene o no finalidad; todo se reduce a la primacía de la conciencia. Los estudios históricos le darán a usted una fe, confío en ello. La historia es ideológica. En ella se pone uno en contacto con lo individual y lo concreto. Las ciencias pueden llevar a perdernos en lo genérico, lo conceptual. La finalidad culmina en el individuo. ¿Conoce usted las obras de Augusto Sabatier? ¿Y las de Bergson? Su último libro, *L'evolution createe*, es maravilloso"⁵⁵.

Las lecturas de Riva-Agüero desde 1907 delatan ya el proceso. En un borrador de caria a Francisco García Calderón, del 14 de agosto de ese año, le pide que le mande *La evolución creadora* de Bergson, que Unamuno le aconseja leer, y la *Historia del pueblo de Israel*, de Renán.

La elaboración de la segunda tesis, *La historia en el Perú* (1910), explica la demora en su respuesta, del 12 de enero de 1911, a la cual acompaña su libro. Esta carta tiene referencias no muy extensas pero suficientemente explícitas sobre la nueva actitud religiosa de Riva-Agüero:

"En sus últimas cartas me aconsejaba usted, para mis inquietudes y desorientaciones de ánimo, empeñarme en una tarea histórica de interés nacional y paíróico; y me decía usted que esperaba que al cabo la Historia me daría una fe y una convicción en la finalidad del hombre. Algo de eso, aunque todavía no todo lo que yo querría, puede usted ver en el Epílogo de mi tesis".

Le informa luego que los periódicos de Lima han dado cuenta de unas conferencias de don Miguel "sobre el concepto español de la divinidad". Su comentario sobre tema tan "seductor y sugerente", debió agradecer a Unamuno, a pesar de su cariño por to-

do lo lusitano:

"Supongo que será sobre el concepto español neto y no sobre el ibérico en general, porque me parece que el portugués debe de ser muy distinto, suave, blando y misericordioso, *sin culto ai dolor ni a la muerte*. Esto último bien podría probarlo la revolución reciente de Lisboa, con sus cuarenta tantos muertos efectivos, después de los diez mil que dijeron en los primeros momentos"⁵⁶.

El tema de la historia parece abrir nuevas perspectivas al diálogo religioso. Unamuno hace el entusiasta elogio de la tarea histórica, de su virtualidad poética. Para temperar el severo juicio de Riva-Agüero sobre el espíritu portugués, le dice que "en la península no se ha escrito obra de arte superior" a la "Historia de Portugal" de Qiiveira Martins. Y añade:

"La historia, además, es sedante y es consoladora. La fe que se pierde estudiando filosofía abstracta se recobra estudiando historia. Dios se revela en la historia, no en la naturaleza. Una revolución tiene una finalidad que desconocen los que la promueven; la marcha de un cometa no nos revela finalidad alguna. Dios, que es la conciencia del Universo, sólo en conciencia y en obras de ellas se revela. Y la historia al justificar en parte hasta los prejuicios, nos hace amar a nuestros hermanos todos; es la gran escuela de fraternidad y de amor"⁵⁷.

Le anuncia que pronto comenzará a publicar en *La España Moderna*, por capítulos, su *Tratado de Amor de Dios*, pero con el título que al cabo tendría su principal ensayo: *Del sentimiento trágico de la vida*.

Las tres cartas siguientes y la postal de Riva-Agüero con que finaliza este epistolario no traen ya testimonios sobre la crisis religiosa, que tardaría sin embargo más de quince años en producir la pública retractación de 1932. En agosto de 1911, casi medio año después de la última carta de Unamuno, hace Riva-Agüero apelaciones a "la Providencia" y "el Cielo" en medio de duros juicios sobre 3a política peruana de esos días⁵⁸. El estudio de la historia, que parece haberle devuelto la fe, lo ha llevado al de los fenómenos jurídicos, sobre los cuales prepara entonces dos tesis. Seguirá el consejo del maestro de Salamanca y al promediar 1913 viajará a Europa.

En 1914, ya en Madrid, le escribirá anunciándole su inmediata visita a Salamanca para "presentar a usted personalmente la expresión de mi admiración afectuosa, que es ya antigua y que ha ido siempre en aumento por la lectura de sus escritos y muy en especial por la del *Sentimiento trágico de la vida*, que llegó a mis manos, en números de la *España Moderna*, muy poco antes de salir del Perú"⁵⁹,

Se trata, sin duda, de una sincera admiración intelectual. Unamuno ya ha dado a Riva-Agüero el consejo que reclamaba: el camino seguro para el reencuentro con la fe extraviada en los años del positivismo universitario es el camino de la historia, que Riva-Agüero había comenzado a transitar.

Eran las del maestro y del discípulo dos religiosidades difícilmente convergentes. En el momento inicial del diálogo epistolar, Riva-Agüero, librepensador puro, quiere una fe sin dogmas. Por esos mismos años Unamuno afirma: "La fe pura, libre de dogmas, de que tanto escribí en un tiempo, es un fantasma. Ni con inventar aquello de la fe en la fe misma se salía del paso. La fe necesita una materia en qué ejercitarse"⁶⁰. El modernismo que suprimía o debilitaba los dogmas y por lo mismo el drama religioso —desde cuya perspectiva había escrito García Calderón sus páginas sobre el catolicismo en *Le Pérou Contemporain*— tampoco era grato a Riva-Agüero. Pero se alejaba de esa posibilidad, no como Unamuno en busca de la angustia y la desesperación para levantar su fe desde el fondo mismo del abismo, sino en busca de una certidumbre desde la cual ordenar definitivamente su mundo.

En los años de estas cartas, Unamuno se afirmaba en un itinerario —Job, San Pablo, Séneca, San Agustín, Tertuliano, Lutero, Pascal, Kierkegaard— desde el cual escribiría sus principales ensayos filosóficos, que son al mismo tiempo, indiscerniblemente, ensayos religiosos. Era la suya una experiencia agónica y trágica, como lo denuncian los títulos de sus libros: el hombre es hambre de inmortalidad, conciencia del pecado

y predestinación. Ni siquiera el talante luterano de Unamuno permite un acercamiento íntimo y una comunicación religiosa profunda con el librepensador puro que es entonces Riva-Agüero, quien reclama a los protestantes liberales que suelten sus últimas amarras.

Consciente de esa distancia, de esa barrera al parecer insalvable que lo separa del joven racionalista anheloso de nuevos dogmas que alimenten, su hambre de certidumbre, Unamuno aconseja a Riva-Agüero que busque en la historia la fe que se ha extraviado en el estudio de la abstracta filosofía. El seguirá luchando al interior de su conciencia en un combate sin término. Riva-Agüero, que no puede tolerar la contradicción consigo mismo, encontrará en la historia la admiración por la Iglesia, y en la liturgia, la superación de su conciencia angustiosa del pecado.

Eran, pues, dos caminos que a partir del punto de encuentro comenzaban a distanciarse. Se explica así que este noble diálogo no continuara en la madurez de Riva-Agüero, a pesar de vivir más de diez años seguidos en Europa con largas y repetidas estancias en Madrid, tan cerca de Salamanca. Convicciones religiosas, tendencias políticas, gustos literarios, psicología y visión del mundo, todo iba a distanciar, andando el tiempo, a dos hombres que dialogan en un momento de sus vidas con la insobornable honestidad intelectual que es signo acusado de sus recias personalidades.

VI/ Afinidades y contrastes políticos: liberalismo democrático, anarquía, socialismo marxista y fascismo

Aunque el tema de más perdurable interés es en este epistolario el de las cuestiones religiosas que hemos reseñado, hay en las cartas otros de innegable riqueza humana. Entre ellos, desde luego, el de las ideologías y militancias políticas.

Para ambos la política no es el ejercicio de la voluntad de poder sino de una

irrevocable responsabilidad moral. Su visión y su acción políticas tienen que ver con su modo de asumir el pasado, de instalarse en su presente y de encarar el futuro como un concreto proyecto histórico.

Unamuno vive su tiempo imbuido del espíritu regeneracionista del 98. Desde los recuerdos infantiles de la guerra carlista en su tierra vasca hasta el año terrible de 1898 en que concluye simbólicamente, tras larga decadencia, el secular imperio español, son años de revisión profunda de valores histórico-culturales, de negaciones y ensoñaciones, de catarsis. Su espíritu paradójico se manifiesta sobre todo en su crítica del presente y en su proyecto histórico; su "España soñada". Pendularmente va don Miguel afirmando las dos formas de quijotismo en las que él ve la regeneración y la salud de su pueblo: el quijotismo de la "europeización de España", primero; el de la "españolización de Europa", luego. La Restauración pretende resolver esa discordancia medular con un sistema precario construido sobre tres débiles pilares: los partidos políticos que se "turnan" en el poder pero que no trabajan por la verdadera unidad; un falso sufragio universal; y una laxa libertad para la expresión política y literaria. Unamuno no acierta a vivir conforme en ese tiempo y en esa realidad política. Hay dentro de ese sistema una aparente paz apenas alterada por leves algaradas. Son los primeros síntomas de la "cuestión social" frente a la cual se pronunciará don Miguel desde un contradictorio talante político en que se mezclan tendencias liberales y democráticas, monárquicas y republicanas, libertarias y socialistas, progresistas y tradicionalistas.

Cuando Unamuno inicia su correspondencia con Riva-Agüero ha dejado atrás, luego de la crisis religiosa de 1897, tan bien estudiada por Zubizarreta una breve etapa de socialismo más marxista que proudhoniano. Podemos conocer ese período luego de los estudios de Blanco Aguinaga, Pérez de la Dehesa y Elías Díaz⁶². Entre 1894 y 1897, aunque con claros anuncios desde 1890 y 1892,

su correspondencia con Pedro Múgica y otros vascos, sus artículos en *La lucha de clases*, de Bilbao, y en la publicación alemana *Der Sozialistische Akademiker*, alguna carta a *Clarín* y otra al socialista Pablo Iglesias, esclarecen esta interesante etapa de Unamuno. Su evolución filosófica —Kant, Hegel, Spenser—, su interés por los tratadistas clásicos de la economía política, la realidad política de su tiempo, todo lo lleva al estudio de los socialismos y concretamente de la obra de Marx. El suyo, aunque por breves años, fue siempre un socialismo marxista abierto a otras tendencias, nunca ortodoxo y acaso siempre contradictorio. Se proclama "socialista convencido", tiene una clara militancia proselitista, pero considera a la mayoría de los socialistas españoles "intratables, fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y a los servicios de la clase media . . ." En carta a *Clarín* de 1895, anuncia sus tendencias místicas . . . que se van encarnando en el ideal socialista, tal cual lo abrigo. Sueño con que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa cuando se marchite el dogmatismo marxiano y se vea algo más que lo puramente económico"⁶⁴.

Pero su convicción de que el marxismo es "la corriente principal del socialismo" parece no durar mucho. Hay una quiebra en esa ilusión política en 1895, cuando escribe *En torno al casticismo*, precisamente el primer libro de Unamuno que influye decisivamente en Riva-Agüero. A fines de ese año su socialismo parece claramente reformista. Y en 1897, año de la crisis religiosa, ya es difícil hablar de un socialismo en Unamuno, sobre todo desde el punto de vista de la ideología, aunque la realidad política española lo lleve una y otra vez a posiciones de diálogo y compromiso con esa militancia. Por el contrario, a partir de entonces se percibe una incompreensión constante del marxismo y una actitud de rechazo a sus expresiones más cerradamente ortodoxas; una tendencia a un radical individualismo político, mezclado de mesianismo, que lo aproxima a ciertas posi-

ciones anárquicas. Por lo demás esta etapa socialista es común en la juventud de otras figuras de la generación del 98 como *Azorin*, Maeztu, Baroja y Blasco Ibáñez, según lo analiza Blasco Aguinaga en su citado libro.

A partir de 1900 se entremezclan constantemente en Unamuno la utopía política y la esperanza religiosa; por eso su proyecto histórico tiene casi siempre un sentido escatológico y ucrónico. Veía la historia de la humanidad como el proceso de tres edades —hegelianismo, comtismo y spencerismo todavía no superados—: una de la naturaleza, ya pasada; la segunda de la razón, en la que aun estamos; y una futura, del espíritu, de una humanidad transparente. Para el paso a la edad del espíritu es necesaria la ruina de la civilización —en eso se adelantaba a Spengler— por obra de "unos nuevos salvadores bárbaros que es de esperar salgan de los anarquistas, a restablecer cierto equilibrio relativo". Entonces, dice, él que se ha llamado a sí mismo insaciable "devoralibros", "se quemaran los libros que para nada sirven, corrigiendo esta funesta manía de almacenarlos en bibliotecas y se destruirá buen número de ferrocarriles..." y volverá a salvarse la cultura. En otro pasaje aprobará todo cambio "socialmente provechoso, no más que por ser cambio". En un momento progresista describirá así su utopía: "Borrada la funesta propiedad capitalista actual, convertida la agricultura en una vasta explotación industrial, en libre aprovechamiento, aliviado el labrador por la máquina que le permite mirar más al cielo que a la tierra que separa... el hombre amaré a la tierra que ha hecho y el amor al terruño "servirá de núcleo a la fraternidad universal" y "se vivificará el sentimiento patriótico por la fusión de sus dos factores: el que arranca del primitivo comunismo de tribu y el que tiende al final comunismo universal"; "la misión de cada pueblo, dice, es realizar en sí mismo la justicia, *ad intra*; y cristianizarse". Se iniciará el reino de Don Quijote cuando la juventud se levante sobre el general marasmo, se una y luche por esa cau-

sa. Y sin embargo de ese encendido progresismo, en otro momento afirmará: "se me antoja que es medieval al alma de mi patria", para elogiar la conquista y la colonización de América, Trento y Lepanto, Felipe II, San Ignacio de Loyola y la Contrarreforma... *s

Unamuno vive paradójicamente en política, reaccionando con altivez cuando la realidad interna de su patria era mal comprendida en el extranjero; apareciendo unas veces liberal y otras conservador, unas monárquico y otras republicano. Su actividad política conoce la prisión y el exilio, Y casi al fin de sus días se pronunciará contra la segunda república española, que él ha contribuido a establecer.

Se explica así que aparezca en sus cartas a Riva-Agüero defendiendo a Maura de los ataques liberales, cuando su joven corresponsal insinúa la defensa del liberal Canalejas, y que fustigue implacablemente a los anarquistas con motivo del episodio de Ferrer.

Es difícil poner orden en la trayectoria política de Unamuno. En 1924, fecha final de su correspondencia con Riva-Agüero, comienza otra etapa de crisis con su largo autoexilio en París y en Hendaya. Escribe en esos años, dos obras de especial interés: *Cómo se hace una novela*, a cuyo análisis dedica Zubizarreía un libro medular, y *La agonía del Cristianismo*. En ellas, y en los artículos que publica en la prensa europea e hispanoamericana, aparece el gran panfletario, el hombre angustiado por el destino de su patria, que es su propio destino. En *La agonía del Cristianismo* se agudiza su mesianismo obsesionante. En ese libro tardío, de encargo y éxito editorial, con su mancha de escándalo como él mismo diría, la paradoja, casi siempre sincera pero en veces retórica, lo lleva a enfrentarse violentamente a los socialismos marxistas o anárquicos, al catolicismo social y a la democracia cristiana, que considera obra del "jesuitismo", uno de sus temas recurrentes en esos años. Sólo queda en pie su recalcitrante individualismo puritano, su agresivo inconformismo.

Arduo empeño es encontrar las coordenadas que permitan comprender su trayectoria política. Fe religiosa y concepción política se interfieren constantemente sin alcanzar una visión plenamente coherente; al fin queda sólo un dramático diálogo personal, un tremendo soliloquio que no logra proyectarse políticamente con eficacia.

Aunque producto de un lúcido y paciente análisis, tampoco termina por convenir la hipótesis que propone Armanzo Zubizarreta: "Desde su elevada concepción política, don Miguel de Unamuno nunca combatió ni propició forma alguna de gobierno. Las enjuició siempre desde un nobilísimo criterio que conjuga la libertad y la justicia social. Tal criterio era fruto de su tradición familiar liberal, de su condición típica de burgués de agitación y de sus estudios económicos. Y como fundamento de toda aquella valiosa conjunción existencial, una honda actitud cristiana. Quizá algún día pueda ser percibida, en las peculiaridades de su pensamiento social, una auténtica visión democrata cristiana"⁶⁶. Lo cierto es que su moral de batalla de burgués de agitación lleva a Unamuno, agonista cristiano hasta el final de su vida, a constantes contradicciones políticas.

La generación de Riva-Agüero tuvo su año terrible mucho antes de surgir a la vida histórica: en 1879. La guerra desastrosa, la ocupación, la imposición de una paz que implicaba casi el exterminio económico y el cercenamiento territorial, esa fue la gran experiencia que vivió, no por la vía de la evocación sino del drama cotidiano, en la tristeza de su infancia. Se explica así la primera influencia de González Prada. Su prédica radical e inconoclasta tuvo en dos generaciones un efecto indiscutible; su iracundia y su capacidad de denuncia y demolición fueron comprendidas y compartidas. Pero sobre los escombros era preciso construir algo.

La generación del novecientos asumió los ideales regeneracionistas de sus maestros y de los maestros de la generación española del 98. Su reclamo de optimismo, de

meliorismo, como decía Francisco García Calderón⁶⁷, se traducía en un afán constructivo, un proyecto de integración nacional, de regeneración, luego del desastre internacional. Ese proyecto exigía una etapa de ordenamiento político, aunque fuera de nivel medio y no llegará a las raíces del problema. La receta de la restauración española, con su turno de partidos, su sufragio efectivo y su libertad de expresión, debía aplicarse, con el natural desfase, en la política peruana. Eso significa la "república aristocrática" de 1895 a 1919, con sus inevitables alternativas y renuncios.

Desde una perspectiva liberal y aún con cierta simpatía por el programa radical (salvo en las cuestiones religiosas, como hemos visto), Riva-Agüero asiste, primero como espectador, al turno entre civilistas y demócratas, al intento de construir un sistema de respeto constitucional, de juego limpio y democracia formal. Sólo frente a un aspecto de la política peruana muestra su impaciencia: el internacional y diplomático. La vivencia política fundamental de los peruanos de entonces se compendia en una palabra: revancha. Más tarde, cuando la relación epistolar con Unamuno llega a su término, Riva-Agüero y su grupo denuncian las limitaciones del sistema y proponen un programa reformista. El Partido Nacional Democrático, fundado en 1915, de corta vida, reúne a los jóvenes de los partidos tradicionales en un nuevo empeño de renovación, pronto frustrado⁶⁸.

Hay un punto de contraste entre la clara evolución política de Riva-Agüero desde el demoliberalismo hacia su concepción autoritaria y las pendulares opciones de Unamuno, producto de su inconformismo y su escepticismo frente a la eficacia de la acción política.

Riva-Agüero confiesa a su corresponsal en la más extensa de sus cartas que no es "de los que repiten la vulgar especie de que las instituciones de un pueblo han de ser el resultado de su índole y sus costumbres"; él cree en el "progreso legal, acelerado por el Estado", pero no cree en "el so-

cialismo colectivista, que trata de convertir la sociedad en la más fiel imagen del infierno: en un enorme convento de frailes sin vocación"^m.

Sobre la realidad política de España se pronuncia con verdadero conocimiento e interés. Considera que la monarquía liberal es el régimen mejor para la península; le preocupa la debilidad del sistema, el descrédito de la monarquía que significará el prestigio del partido republicano. España debe evitar los "pronunciamientos como los que por fortuna van desterrándose hasta de estas repúblicas americanas"; "¿cuál será su suerte si vuelve la guerra civil y la halla con ese maldito fermento de regionalismo, que pronto se trocaría en separatismo y anexionismo"⁷⁰. Exhumados estos juicios de 1906, adquieren especial interés con la perspectiva de la guerra civil española, treinta años más tarde, y de las nuevas manifestaciones regionalistas y separatistas que han rebrotado al término del régimen de cuarenta años que siguió a esa guerra.

Dos años más tarde, insiste Riva-Agüero: "¿Es cierto, como aquí dicen los periódicos, que ustedes allá, por el proyecto de ley sobre el terrorismo, pueden ser abocados a una revolución, semejante a los antiguos pronunciamientos? Me resisto a creerlo. ¿Qué opinión tiene usted de Maura? ¿Ha sido un desengaño?"⁷¹

En diciembre de 1909, luego de un año cargado de turbulencias en el Perú y en España, le dice que no comparte la "vocinglera compasión socialista por la suerte de Ferrer. La encuentro muy merecida, a juzgar por lo que sé. *La cobardía contemporánea da excesivo valor a la vida humana, que nada vale por sí sino por aquello a que se aplica*" Es la misma carta en que declara no pretender la paz, que no es de esta vida, sino una dirección para el combate moral del mundo. Se refiere a la crisis de la política peruana —que compara con la situación de Prusia en 1850 y anhela una rehabilitación semejante— y condena las vacilaciones de nuestra política internacional.

La respuesta de Unamuno a la preocupación de su discípulo y amigo es muy explícita y expresiva:

"De lo que aquí ha pasado? En uno de los próximos números de *La Nación* de Buenos Aires —acaso se haya publicado ya— doy mi parecer sobre la vocinglería y la campaña de ineptias y calumnias contra España por la ejecución de Ferrer, que era una nulidad perniciosa y cuyas escuelas, pedagógicamente desastrosas, eran un peligro contra la seguridad del Estado. Todo esto de la inquisición española es mentira. Apenas habrá hoy país alguno en que se goce de más libertad —a las veces excesiva— que en España. Durante el gobierno clerical (¡¡¡) y reaccionario de Maura, hemos podido seguir los catedráticos diciendo lo que queríamos y a nadie se le ha perseguido por no ser católico. Lo que hay es que el anarquismo internacional tomó a España por campo de operaciones. Yo no puedo cotí los anarquistas y lo que más me repugna en ellos es su simplicidad mental, su fanatismo y su superstición científicista. Cuanto más ignorantes son —y lo suelen ser mucho— mas hablan de ciencia. No comprendo que engañen a nadie los sofismos de un Kropotkine v.gr. Y luego todos dicen siempre lo mismo y del mismo modo. No hay literatura más pobre y más monótona que la anarquista"⁷³.

En enero de 1911, Riva-Agüero se refiere al anterior como "un año pésimo, de desorganización y bochornos diplomáticos: me consuelo recordando que hasta Prusia tuvo su Olmütz"⁷⁴.

Unamuno vuelve al mismo tema, otra vez con ese tono paradójico y extremo con que casi siempre se pronuncia sobre cuestiones políticas:

"También España anda desorganizada. La impudencia liberalesca es vergonzosa. Cuando se sepa todo lo que se hizo por extraviar la opinión cuando lo de Ferrer —aquel loco tonto y malvado, fusilado no por anti-católico sino por anarquista; aquel monomaniaco de delirio de grandezas— y el cúmulo de embustes y mentiras que se propalaron, las gentes se asombrarán. Toda la campaña pro Ferrer ha sido una vergüenza de calumnias y de disparates. En ella se han creído obligados a tomar parte no pocos sabios (¡¡¡) europeos (¡¡¡) cuya distintiva es no enterarse... Y les ayudan no pocos españoles que ponen sus viles pasiones políticas por encima del patriotismo, como ese desdichado Lerroux que fue antaño ante un tribunal francés —cuando el atentado contra nuestro rey en París— a mentir descaradamente diciendo haber visto lo que nunca vio".

Y, más rotundamente todavía, añade: "Para los que somos liberales todo esto nos apena. El partido liberal es una bacanal vergonzosísima y desgraciadamente apenas hay político más honrado y serio que Maura, cuyo supuesto clericalismo es una leyenda. Empéñanse en hacer de España campo de experimentación del anarquismo internacionalista. Y yo, amigo, cuanto más español me siento, siéntome menos europeo. Nada hay más insoportable que la petulencia europea, sobre todo la francesa. Con todo ello comprenderá que esté amargado"⁷⁵.

A Riva-Agüero debieron resultarle excesivas algunas *boutades* de Unamuno, convencido como entonces estaba de la bondad de un sistema de partidos en que predominara el programa liberal. Su comentario es también claro y sincero, pero revela una mayor coherencia política:

"Simpatizo profundamente con las opiniones que sobre política española me exponía usted en su carta de Marzo. No obstante, de entonces acá, me parece, (aunque veo las cosas de tan lejos y sin medios seguros de información) que Canalejas se va portando en lo interno y externo mucho mejor de lo que se esperaba. ¡Ojalá consiga reconstituir un verdadero y decente partido liberal, indispensable para el equilibrio político! Supongo que los mismos conservadores lo desearán. En especial me parece que la política en Marruecos ha sido a la vez prudente y firme..."⁷⁶

El juicio de Riva-Agüero sobre la política peruana ilustra elocuentemente su posición frente a un sistema que hacía crisis durante el primer gobierno de Leguía. Tres semanas después de su carta a Unamuno, escribiría en *El Comercio* su sonado artículo sobre *La amnistía y el gobierno* que lo lanzó a un indiscutido liderazgo. Entonces surge, sin duda, la idea de formar un nuevo partido que acaso aspira a realizar la efebocracia implícita en la exhortación de González Prada: "los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra". Decía Riva-Agüero:

"Mi pobre patria sigue en una situación crítica, muy agitada pero evitando las decisivas catástrofes. No sé si la casualidad, la Providencia o la misma mediocridad de los que nos gobiernan y de los que dirigen los países vecinos, hacen que orillemos los abismos mortales sin caer en ellos, aunque no sin angustias y vértigos. Pero desde 1908 no se pasan seis meses sin algún conflicto diplomático o político de extrema gravedad. En cuatro años

hemos tenido cuatro revoluciones, aunque fracasadas, y lo que es más, cuatro o cinco amenazas externas; nosotros, los más pacíficos y tranquilos de todo el Continente. Quiera el Cielo que siquiera de tantos amagos saquemos preocupaciones más altas que las que hasta ahora han informado nuestra vida nacional"⁷⁷.

El último testimonio político de Unamuno en este epistolario, es muy significativo; delata un íntimo y sincero pero no muy estable sentimiento del rector de Salamanca: "De nuestras cosas públicas nada quiero decirle. Cada vez me refugio más en lo eterno y mis preocupaciones religiosas me apartan más de las políticas"⁷⁸.

A pesar de esta confesión, Unamuno reincidirá desde luego en la actividad política. La inestabilidad de sus posiciones, la abierta y declarada discrepancia de Riva-Agüero con ellas, serán más adelante, como veremos, una de las motivaciones del visible alejamiento.

VII/ Palma, González Prada y la generación del novecientos

La cordial amistad que unía a Unamuno con don Ricardo Palma se transparenta también constantemente en este epistolario y explica la reacción de don Miguel cuando González Prada lo sustituye en la dirección de la Biblioteca Nacional.

El sincero aprecio de Unamuno por la obra de Palma tenía varias explicaciones. En *Papeletas lexicográficas* Palma había dicho de don Miguel que era el más fecundo de los neólogos. Otro estímulo para esta franca simpatía hay que buscarlo en el especial sentido de la gracia y la ironía del autor de las *Tradiciones*. En una carta dice Unamuno a don Ricardo que con la lectura de sus *Recuerdos de España* había gozado mucho y que festejó hasta la carcajada "el chistosísimo cuento del inglés que visitó el colegio de jesuitas y le contestó el rector aquello de: a este prójimo lo destinamos a mártir del Japón, que cuenta usted en tan bien pegada paliza que le propinó usted al padre Cappa. Aquello no sólo tiene una gracia extraordinaria, sino que me cogió en las mejores disposicion&s para que lo entendie-

ra"⁷⁹. Más tarde en su artículo *Malhumorismo*, trata de la ironía helénica y francesa y lo distante que de ellas suele estar la literatura española, acompañada de un ocre amargor cuando quiere ser humorística, como en el caso de Jacinto Benavente. En cambio, dice, "ahí, en América, don Ricardo Palma es el más exquisito cultivador de la ironía que yo conozco, y acaso se deba, como más de un crítico (y entre ellos José de la Riva-Agüero) ha indicado, a que en el Perú, con el clima moderado e igual y la vida blanda, dulce y fácil, se ha formado un alma que no deja de tener sus analogías con el alma francesa y tal vez con el alma helénica"⁸⁰.

La relación entre Unamuno y Riva-Agüero se inicia apadrinada por don Ricardo, porque es éste quien insta al joven escritor limeño a que envíe su primera tesis a Salamanca⁸¹. Don Miguel declara que quiere hablar del autor de las *Tradiciones* en su comentario, y así lo hace con encomio sin reservas. Los encargos de saludos afectuosos para don Ricardo y su hijo Clemente, son constantes en sus cartas. A su vez don Ricardo y Clemente se afanan por comentar los libros de don Miguel que van llegando a Lima. Clemente Palma escribe sobre nuestro autor en *Prisma* y en *Varietades*. En enero de 1910 pregunta don Miguel: "¿Qué hace el veterano don Ricardo? Salúdele, así como a su hijo don Clemente"⁸². En agosto de 1911 Riva-Agüero acusa recibo del *Rosario de sonetos* de don Miguel; hace anunciar el libro en sendos sueltos en *El Comercio* y *La Prensa*, y le informa: "entregué el otro ejemplar a don Ricardo Palma (quien lo agradece mucho y ya debe haberle escrito a usted)"⁸³. Como vimos, acaso quien más se disgustó porque no se reprodujera en Lima el ensayo de Unamuno sobre la tesis de 1905 fue precisamente Palma.

Unamuno comenta extensamente en su carta del 25 de abril de 1912 el episodio que había de ahondar viejas diferencias ante Palma y Prada:

"... he recibido carta de Don Ricardo en que éste me cuenta lo que se ha hecho con él y me envía diarios en que se narra el homena-

je que le rindieron ustedes. ¡Bien, muy bien!... Lo sucedido con Don Ricardo y su hijo Clemente denota un modo de ser de gobierno realmente lamentable. Al veterano escritor —el más conocido y leído aquí de todos los hispanoamericanos de hoy— he de escribirle pronto pues quiero también con este motivo rendirle mi homenaje"⁸⁴.

A continuación formula don Miguel un juicio global sobre González Prada, que deja muy en claro el partido que toma en la contienda:

"Al Sr. González Prada lo conozco por sus obras y por referencias de un amigo mío que convivió con él algún tiempo en Madrid pero no personalmente como supone Don Ricardo. Aunque no dejo de apreciar cierto nervio de expresión en sus primeros escritos, sus sistemático anti-españolismo por airancesamiento y su sistemático anti-catolicismo (anti-cristianismo más bien) por científicismo positivista me son poco simpáticos. A España no la conoce bien y la juzga pero por antojos y prejuicios sectarios. Lo que encuentro horrible son sus poesías, que parecen juegos solitarios de cartas con todo género de combinaciones apriorísticas pero con una sequedad de sentimiento que corre parejas con la avidez de su imaginación"⁸⁵.

Riva-Agüero pronuncia un discurso en la gran velada en honor de don Ricardo, que Unamuno aprueba con entusiasmo. "En vuestra senectud a la vez augusta y benévola —le dice a don Ricardo—, iluminada por la amable sonrisa de siempre, aparecéis como uno de aquellos venerados patriarcas homéricos que en deliciosos discursos daban cuenta a las generaciones de los hechos y costumbres de sus predecesores... decoro y ornamento de la nación, símbolo de lo pasado, intérprete y medianero de la antigüedad situado en el umbral de lo eterno..."⁸⁶

No puede afirmarse, sin embargo, que la solidaridad con Palma ante una injusta medida política significara al mismo tiempo el enfrentamiento a Prada. A pesar de las claras reservas que, como hemos visto, opone a su ideología, poco antes del incidente de la Biblioteca se refiere al "glorioso maestro don Manuel González Prada". Elogia los versos de *Minúsculas* y sus libros célebres *Páginas libres* y *Horas de lucha*, pero en cambio rechaza con igual rotundidad "el triste cuaderno chacarrero denominado *Presbite-*

rumas, del todo indigno de su pluma egregia"⁸⁷. Y el mismo año 1912 dedica un extenso artículo a *Exóticas*. No ha abjurado aún de sus ideales clásicos paganos, e incluso con valerosa independencia de juicio reprocha a González Prada que, inexplicablemente en él, reduzca esos ideales helénicos a la exaltación del cuerpo y del placer; que olvide su moralidad cívica y heroica, que desconozca la *sofrosine*, que es moderación, continencia, serenidad y sosiego, "concepto capital sin el que son indescifrables la vida y el arte griego" Pero en ese mismo artículo habla del "respetabilísimo" don Manuel, de su vida morigerada y de gran compostura, de su ambiente familiar apacible y ejemplar, de su vida pública de "varonil independencia, franqueza meritísima e intransigencia inexorable y catoniana". Señala Riva-Agüero que Prada ha preferido el aislamiento, la solitaria protesta, la polémica amarga, el batallar sin tregua, a cualquier transacción »

La adhesión cordial a Palma no significa, pues, que aún en 1912 rechacen Riva-Agüero y su generación el ejemplo cívico de Prada. Después de los juicios de 1905, y en las cartas a Unamuno, Riva-Agüero dirá en 1912, no sólo sobre *Exóticas* sino toda la producción de González Prada: "Su obra escrita en lo político y religioso, a pesar de funestas extremosidades radicales y de frenético anticlericalismo, puede en un eminente sentido considerarse como benéfica moralmente, porque ha sido obra de sincera energía y desinteresado ardor. Dechado de libertad selvática, de pureza indiscutible, de altivez desdenosa y fulminadora, se nos ha aparecido González Prada aquí como un santo ateo, equivalente en nuestros días y nuestro medio a aquellos hombres de Dios, rígidos y sombríos, que sólo bajaban de sus desiertas montañas para tronar contra las prevaricaciones de los príncipes y las supersticiones y vicios del pueblo"⁹⁰.

En 1918, a la muerte de González Prada, el primer homenaje es el del *Mercurio Peruano*. Escriben allí Germán Leguía y Mar-

tínez, en nombre de la generación radical, la de los inmediatos discípulos de Prada; Víctor Andrés Belaunde, por la generación del novecientos; Mariano Ibérico, por la siguiente. En su juicio respetuoso —con acertados paralelos con Montalvo y Joaquín Costa—, Belaunde elogia al gran escritor de combate pero señala ya la distancia respecto de su generación: "El movimiento radical no formuló un programa científico, ni indicó soluciones concretas; pero representó un sincero anhelo de progreso y, sobre todo, un vivo y acre celo por la libertad de pensamiento y por la libertad de palabra, suscitando una fuerza de contrapeso al dogmatismo conservador y al autoritarismo gubernamental"⁹¹.

Por sinceramente regeneracionista, la generación del novecientos debería intentar superar la iconoclastia radical de Prada y elaborar un programa constructivo. Esos significan la fundación del Partido Nacional Democrático, las páginas de los *Paisajes Peruanos* los artículos y ensayos de Belaunde de 1914 a 1918, posteriormente reunidos en *Meditaciones Peruanas* y *La crisis presente*, y, antes, *Le Pérou Contemporain* (1907) de Francisco García Calderón. Hay una clara dialéctica generacional en el entronque de Mariátegui y Haya de la Torre con González Prada.

Aunque discrepante de Prada precisamente por defender la más pura ortodoxia del librepensamiento —posición singular, pues los librepensadores de entonces solían caer en el sectarismo contrario del que combatían—, Riva-Agüero parece destinado a ser entre 1905 y 1915, su continuador, el discípulo brillante, que por su talento y por su formación intelectual más orgánica debe superar al maestro. Es, además, quien por temperamento, antecedentes familiares y actitud ante la vida, más se parece a don Manuel. Reacciona con indignación, como Prada, ante la indolencia del medio peruano, ante el *marasmo* contra el que combatía Unamuno en España. Como Prada y Unamuno, es un individualista, seguro de su saber y de su talento. Desecha cualquier posibilidad de-

magógica de éxito fácil, de popularidad inconsistente. Tiene como Prada vocación de estilo. Su énfasis retórico sirve a una concepción ideológica que se va forjando sobre sólidos conocimientos históricos, nada vaga ni contradictoria como la de Prada. De estirpe aristocrática y holgada hacienda, ambos pueden hacer gala de una independencia arrogante, libre de domésticos condicionamientos. El fracaso político, de Prada en la madurez, de Riva-Agüero en la juventud, ios va alejando de la realidad y convirtiendo en hombres solitarios. González Prada (1844-1918) muere a los 74 años y deja publicados sólo dos libros de prosa política y tres de poesía, y páginas dispersas e inéditas. Riva-Agüero (1885-1944) muere a los 59 y deja varios libros publicados, pero inédito en su conjunto el que habrá de tener más perdurable influencia en la prosa literaria —*Paisajes Peruanos*— y no cumplida la gran historia de 3a nación⁹¹. Porque, a diferencia de Prada, la segunda mitad de su vida es de intensa actividad política en un intento, no conseguido, de articular una derecha ideológica peruana. Valientes, pugnaces, intolerantes en veces, contradicen las más socorridas estereotipias de nuestra idiosincrasia. Austeros en su vida privada, fueron poco confidentiales, celosos de la intimidad de su vida familiar, en la que desplegaron todos sus afectos. Sistemáticamente rebelde, aunque aparezca en ocasiones sin norte preciso, González Prada combate por la sociedad perfecta del futuro. Riva-Agüero, en cambio, vivirá dos etapas distintas: la que ilustran estas cartas con Unamuno, ansioso ya de unos dogmas inmutables que lo orienten en un camino seguro; y la etapa final, de combate valeroso y solitario por un orden nuevo hecho de restauraciones, no de revoluciones. "La sensación del desastre —dice Luis Loayza— marca a ambos escritores, aunque de distinta manera, y cuando se dice que uno fue un rebelde y el otro un reaccionario, apenas se ha empezado a declarar sus diferencias"⁹².

En rigor quien asume la impugna-

ción de González Prada, la denuncia de lo que él llama "la desviación radical", es Víctor Andrés Belaunde, en sus artículos de 1917 y 1918 en los diarios *El Comercio* y *El Perú*, de Lima, que sólo en 1932 reunirá en *Meditaciones Peruanas*. Allí están las primeras puntualizaciones de los *arieístas* sobre las limitaciones del proyecto radical: incapacidad para comprender el fenómeno religioso, utopía federalista, inconsecuente intransigencia librepensadora condenada con las mismas palabras de González Prada, que constituyen una acerba autocrítica no reconocida: "Hay una cosa soberanamente ridícula y vana: dogmatizar; hay un personaje verdaderamente risible y odioso: el inquisidor a la inversa, el sacristán del librepensamiento"⁵⁴. Cuando todos los novecentistas estaban aún abortos en el *pathos* de González Prada, deslumbrados por el brillo aleealista de su retórica, Belaunde señalaba sus límites. Si se compara *Pajinas libres* y *Horas de lucha* con el *Facundo* de Sarmiento o *Las Catilinarías* de Montalvo, dice, el resultado no es favorable para González Prada, porque no hay en sus libros pasión ni entusiasmo constructivos sino impasibilidad parnasiana⁹⁵.

Belaunde se adelanta a la evolución filosófica y religiosa del grupo *arielista* por varias razones: su formación arequipeña en ia infancia y adolescencia en un ambiente de profunda religiosidad; su viaje a Europa en 1905 y su contacto con las corrientes neoespiritualistas, cuando sus compañeros siguen inmersos en el clima racionalista y positivista, agnóstico y antireligioso que caracteriza los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX. La prolongación de ese clima en el Perú se explica por el poco atractivo intelectual que ejercen sobre los jóvenes universitarios los sectores católicos, con un clero por lo general de poca ilustración teológica y filosófica y con una apologética que apenas responde a las exigencias de la catequesis escolar.

El epistolario que estudiamos revela por parte de Riva-Agüero una clara conciencia generacional. Desde su segunda carta,

aborda el tema. A fines de 1905 dice, ante una sugestión de Unamuno; "nunca cultivaré el arte puro; para la novela y la poesía no tengo aptitudes. Mis aficiones me llevan a la crítica y a la historia". Y añade: "*estas aficiones mías son comunes a todo un grupo de jóvenes universitarios entre los cuales se cuenta García Calderón...*" Y luego, más explícitamente aun:

"Creemos muchos de los de la nueva generación que en el Perú es urgente necesidad la cultura histórica. A formármela querría yo dedicar los momentos que la Universidad me deja libres..."⁹⁶

Precisamente esa vocación profunda y esa dedicación diríamos profesional a la historia debería marcar un matiz diferencial entre la generación del novecientos y la anterior radical. La nueva asume una clara conciencia de su concreta misión política:

"Los peruanos tenemos el estricto deber de organizar —si no para nosotros, para nuestros hijos o nietos— la revancha, la reivindicación armada contra Chile; o, cuando menos, el desquite moral, la completa restauración del poderío de nuestra patria"⁹⁷.

En ese clima de exaltación patriótica se explica que, un año más tarde, le anuncie a Unamuno:

"Mañana siento plaza de recluta. Voy a recibir por dos meses la instrucción militar que corresponde a los universitarios (que aquí pertenecemos a la primera reserva). Voy a este corto servicio militar con verdadero entusiasmo. Aunque no deja de tener algunas penalidades, sobre todo en la semana de maniobras, me atrae precisamente porque sus fatigas físicas contrastan con la vida ordinaria que aquí llevamos"⁹⁸.

Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde y Oscar Miró-Quesada aparecen en las cartas de Riva-Agüero como sus principales compañeros de generación.

Las referencias a Francisco las inicia Unamuno: "supongo que conocerá al Sr. García Calderón. Salúdelo en mi nombre. Es también un espíritu de los que por ahí hacen falta"⁹⁹. Riva-Agüero le contesta: "es mi más íntimo amigo"; y le informa sobre la crisis nerviosa que le ha producido un excesivo trabajo intelectual. Francisco ha escrito en 1904, con un simbólico prólogo de Jo-

sé Enrique Rodó, el primer libro de la generación, *De Litteris*. Las preguntas e informaciones sobre García Calderón son constantes. Riva-Agüero le dice que su amigo ha viajado a Francia y que se está restableciendo; el rector de Salamanca le comunica que acaba de recibir carta de él desde París, que le escribe con relativa frecuencia y le ha prometido ir a Salamanca¹⁰⁰.

Apenas llega a sus manos *Le Pérou Contemporain*, Riva-Agüero pregunta a Unamuno, en noviembre de 1907: "¿Ka leído usted ya el nuevo libro de García Calderón? Está en francés. Es muy superior a todo lo que de él conocíamos hasta ahora"¹⁰¹. El juicio de Unamuno no demora:

"Aún no he acabado Le Pérou contemporain de García Calderón, por haber tenido que interrumpir su lectura. Pienso dedicarle un ensayo, pues lo merece. Lo peor que a mi juicio tiene es no el estar escrito en francés precisamente, sino el estar escrito para franceses y su marcado carácter de obra de propaganda. Su aparato doctrinal sociológico es demasiado exclusivamente francés. Pero está bien, y le creo, en efecto, superior a todo lo demás que ha hecho. Pienso rebatir algunas de sus doctrinas como la referente a la imaginación peruana... Le vendrá bien a García Calderón su estancia en Londres"¹⁰².

Unamuno solicita a su corresponsal que le consiga un ejemplar de *La Quena*, la novela histórica de ambiente peruano de Juana Manuela Gorrii. Riva-Agüero busca la obra, y como no la encuentra en Lima, la encarga a Buenos Aires "por medio de un amigo (que es ardiente admirador de usted y a quien usted pudo conocer porque estuvo en España como secretario de la misión para la cuestión de límites con Bolivia; se llama Víctor Andrés Belaunde, y va a publicar un estudio sobre las poesías de usted)..."¹⁰³ Unamuno le contesta: "No conozco a Víctor Andrés Belaunde, de quien me habla. Tomo nota de él. Me interesa conocer jóvenes"^m.

Belaunde, en cambio sí había conocido a don Miguel. Llegó a Madrid por vez primera en el otoño de 1905, como secretario de la misión que debía preparar la prueba documental y el alegato en la cuestión limítrofe con Bolivia. Por entonces la crisis

del partido conservador español, a la que se ha hecho ya referencias en este epistolario, la creciente ingerencia del ejército y su influencia en el joven monarca, y el debate de la ley de jurisdicciones, suscitó un formidable movimiento de opinión en el que tuvo don Miguel participación beligerante. Belaunde evoca así el episodio:

... Unamuno fue invitado a dictar una conferencia en el Teatro de la Princesa. Conseguí asistir a ella llevado por mi admiración al paradójico don Miguel. Con su perfil aguileño, la barba corta y su vestimenta de pastor protestante, se extendió en disquisiciones lexicográficas sobre la palabra militarismo, con apuntes aquí y allá, intencionados, pero concluyó desgraciadamente, para asombro del público, con una frase enigmática: 'puede ser que el militarismo salve a España'. Yo no podría decir si aquello era ironía o perfilaba ya la esperanza de que fracasadas las fuerzas .ivas viniera la solución radical de la fuerza. Don Migue! era un inquietador, un removedor de ideas, y no podía exigírsele la lógica secuencia de una tesis verdadera. En algunos se produjo ¡a impresión de que el Rector de Salamanca había querido esquivar el tema. Sábelo Dios" ius.

Pero esta estampa, si bien confirma el paradójismo de la militancia política de D. Miguel, 110 expresa en cambio la dimensión de la influencia que el pensador español ejerció en Belaunde. No hemos encontrado en su bibliografía la ficha del artículo sobre la poesía de Unamuno a que se refiere Riva-Agüero, pero el propio Belaunde, que nos presenta a un Francisco García Calderón bajo el predominante magisterio de Don Miguel cuando ambos ingresan a San Marcos, nos ofrecerá en otras páginas de sus memorias elementos para valorar la influencia unamuniana en su obra y en su trayectoria intelectual. La historia como forjadora de la conciencia nacional y liberadora de las fuerzas subyacentes que detienen o extravían a los pueblos, es un tema unamuniano que Belaunde desarrollará en 1908 en su ingreso al Instituto Histórico. Luego, al relatar su retorno a la fe por la filosofía, esa "filosofía del temple", del ritmo del existir que va de la inquietud a la serenidad, dice: "se comprende por lo anterior mi admiración por Unamuno y mi preferencia sobre los otros escrito-

res hispánicos"¹⁰⁵.

Unamuno hace en una carta mención de Felipe Sassone, otro miembro del grupo novecentista a quien conoce por referencias. Por su parte Riva-Agüero le informa que pronto aparecerá en *El Comercio* un comentario de *Recuerdos de niñez y mocedad*: "lo ha escrito un joven universitario, amigo mío, Oscar Miró-Quesada, hijo del director de ese diario. Es un apasionado de los libros de Usted. Como él hay aquí bastantes; y a menudo se reproducen en la prensa los artículos de usted..."¹⁰⁷

Ante la posibilidad de un viaje de Unamuno por América en 1910, lo insta a que no deje de venir "a este Perú donde cuenta usted con tan sinceros y ardientes admiradores, y en donde hay quienes le profesan la más entrañable simpatía intelectual"¹⁰⁸. Se refería sin duda a su generación: cuatro de sus figuras más significativas —él mismo, Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde y Oscar Miró-Quesada— acusaban en ese momento decisivo la influencia del maestro español.

El magisterio de Unamuno sobre la generación del novecientos no fue sólo literario y filosófico; tenía un sentido más amplio. Estaba el grupo imbuido de los ideales de Rodó, a tal punto que a ellos se les llama también *arielistas*, por apelación al libro eximio de Rodó que postulaba la integración iberoamericana y el estado de alerta frente a la ya muy visible amenaza del norte. Ese *idealismo de los ideales*, como se ha caracterizado a la actitud espiritual de la juventud de entonces, entrañaba una concreta definición política, de actualización de los designios unitarios de Bolívar. Unamuno sintonizaba plenamente con tal actitud. El mismo, vasco como era, defendió siempre la unidad hispánica y nunca dio su apoyo a los conatos separatistas vascos o catalanes. Los novecentistas peruanos que asumen una concreta misión histórica en su patria, postulan también una integración, un proyecto nacional en el cual confluyeran y se expresaran todas las raíces histórico-culturales del Peiú.

Y frente a la América española, ya lo hemos visto, Unamuno propugnaba una hermandad con España, sobre la base de la lengua, "sangre del espíritu", que era patrimonio común.

VIII/ Historia y tradición; ambientes y paisajes; libros y hombres

El epistolario invita a glosar otros temas recurrentes en Unamuno. Riva-Agüero es un corresponsal estimulante que comparte muchos de sus intereses intelectuales. Unas veces el tema es la historia y el paisaje español; otras, la historiografía peruana; otras, juicios sinceros y severos sobre personas y acontecimientos en que ambos se manifiestan siempre auténticos y honestos en la coincidencia o en la discrepancia; otras, en fin, son comentarios y consejos sobre lecturas y viajes o sobre la vida familiar. Puede decirse que se trata de un epistolario de enorme valor humano.

Desde su Lima natal, de la que aún casi no ha salido, Riva-Agüero inquiere a su maestro por Salamanca, ese *soto de torres* como la llamará don Miguel:

"¿Qué hermoso debe ser vivir en Salamanca y enseñar en esa secular Universidad! Yo no he salido nunca de Lima; y aquí los recuerdos apenas remontan a tres siglos y medio, y además la vida moderna está transformando con toda rapidez mi querida ciudad, hace poco de fisonomía aún tan colonial y característica, en uno de los más incoloros y prosaicos lugares del mundo. Amo entrañablemente los 3-ecuerdos históricos. Soy muy moderno en eso de no sentir el arte sino a través de la arqueología. .. ¿Se conservan intactos en Salamanca el local de la antigua Universidad, el patio de las Escuelas, los colegios mayores, la Casa de las Conchas? Forma Usted un artístico contraste al anhelar y trabajar por el porvenir en una tierra donde me imagino que todo debe hablar del pasado"¹¹.

"Esto es un encanto", le responde Unamuno. Más tarde es él quien pregunta: "¿hay alguna historia del Perú regular siquiera. Mi amigo Luis Ulloa, peruano a quien conocí y traté aquí me dijo que todas eran poco recomendables. ¿Es así? ¿Cuál es la mejor o siquiera la menos mala?"¹¹⁰. La consulta es absuelta por extenso con juicios sobre las

obras de Mendiburu, Paz Soldán, Lorente y Nemesio Vargas: son los temas de la tesis que Riva-Agüero ya ha comenzado a redactar^m.

Pero cuando envía su segundo libro, *La Historia en el Perú*, al rector de Salamanca éste le responde dos meses más tarde que ha tenido que interrumpir su lectura por dos veces. Insiste a su joven amigo que debe cumplir una tarea espiritual de gran aliento: escribir la historia de su patria, "una historia que sea a la vez una sociología y una psicología —mejor que aquello— y no ya de su pueblo, sino a través de él de todos... No hay filosofía ni poema como ese". Y no vuelve sobre el asunto; el nuevo libro 110 ha despertado en Unamuno el mismo entusiasmo que el primero. No parece descubrir el carácter fundacional que tiene *La Historia en el Perú* en nuestra historiografía.

En 1908 Riva-Agüero comenta en una carta los *Recuerdos de niñez y mocedad*, que confiesa haber leído con "vivísimo interés":

"¡Es tan interesante conocer el pasado y las confidencias de los autores predilectos! Lo que he saboreado más ha sido la descripción del colegio en las primeras páginas, y las del país vasco y sus aspectos en las últimas. Yo tengo entre mis lejanos antepasados algunos vascos. Mi familia paterna, establecida aquí casi a fines del siglo XVIII, es originaria de Santander, de la región de Trasmiera en la Montaña, y mi familia materna es de Logroño y de Rioja; pero entre mis bisabuelos hay apellidos vascos. El día en que vaya a España, no dejaré de visitar prolijamente las provincias vascongadas"¹¹².

Aunque vasco por sus dieciséis ramas, Unamuno había roto su "costra de vasco", y sentía y vivía lo español universal desde esa Castilla que su generación había convertido en poderoso mito. Para los hispanoamericanos las distintas regiones de la península eran en el viejo solar hispánico la remota patria chica, el otro entrañable ten-uño. Riva-Agüero, en efecto, peregrinó demorándose y deleitándose por las provincias vascongadas y sobre ellas ha dejado hermosas páginas en sus inéditas notas de viaje.

El escritor limeño se revela también un buen conocedor de los clásicos castella-

nos y del espíritu de la lengua al comentar *a Vida de Don Quijote y Sancho*:

Bajando a los detalles de ejecución, y potará que usted con mucha razón atienda más a la autoridad de la lengua viva en boca del pueblo que a las reliquias consignadas en los libros clásicos, no sé si recordará usted que el verbo *cogolmar* puede aducir en su apoyo a tan puro y correcto hablista como Fr. Luis de León, el cual en una de sus poesías (creo que en las originales, y no en las traducciones) emplea *cogolmar* en vez de colmar. Con la aspiración de la *h*, usada en el siglo XVI, da exactamente el *cogolmar* de usted. Es probable que Fray Luis de León recogiera el vocablo de los mismos campos de Salamanca".

Otras veces las cartas trasuntan sin-ceras diferencias sobre la significación de algunas personalidades, Unamuno, aludiendo a Marcelino Menéndez Pelayo había denunciado en el párrafo V de su extenso comen-rano a la tesis de 1905 "la labor infausta de alguno de nuestros escritores que más ha in-fluido en el señor Riva-Agüero, escritor que? por amor a la tradición y al casticismo, en parte, por un equivocado españolismo y por cobardía moral, ante todo y sobre todo, ha contribuido más que nadie en España a esa .afecta especie de que es cosa ordinaria y ie poco gusto atacar las creencias de nues-tros mayores y combatir la mentira", y sigue .n una diatriba contra su odiado "esteticismo".

Riva-Agüero disiente cordial pero ine-quívocamente:

El escritor a quien usted alude en el capítulo V de su estudio, es sin duda Menéndez Pelayo. No tengo de él referencias personales: sólo lo conozco por sus libros, que admi-ro. ¿Cree usted que sea cobarde el polemista de la Ciencia española, el hombre que ha escrito la *Historia de los Heterodoxos*? Yo has-ta lo encuentro valiente y católico de muy buena fe"¹¹³.

Unamuno insiste con un juicio de x-:rema severidad, casi una *boutade*:

De Menéndez Pelayo nada quiero decirle ¿a rué? Pero créame que es un hombre que no :ree ni en Dios ni en el diablo, un perfecto oltereano y que su españolismo y a *outrance* zos hace mucho daño. Yo creo su labor en conjunto funesta. Le falta calor y entusiasmo, :odo lo ve literariamente y las ideas no son pa- :r él sino curiosidades más o menos estéticas. La juventud, en general, no lo quiere ni él se hace querer. Ciertamente es que tratado resulta

irresistible por no tolerar la más mínima con-tradicción. Y basta de esto"^m.

En cambio sobre Rafael Altamira las apreciaciones son cordiales y entusiastas por ambos lados. En diciembre de 1909 dice Ri-va-Agüero a su corresponsal:

"Acaba de pasar por Lima don Rafael Alta-mira, dejando un reguero de simpatías y admi-ración. He hablado largo con él; y a menudo ei nombre de usted entraba y salía de nues-tras conversaciones"¹¹⁵.

La consonancia no se deja esperar: **"El viaje de Altamira por América nos ha des-quitado de la mala impresión que han podido dejar otros aventureros que sólo han ido a bus-car dinero con pretexto de hacer cultura. Altamira es un hombre serio, reflexivo y de ve-ras culto. Su viaje, como el de Menéndez Fi-dal, es algo de que debemos enorgullecemos en España"¹¹⁶.**

En otra ocasión habla Unamuno del escritor peruano Luis Ulloa, precisamente uno de los discípulos radicales de González Prada, a quien conoció y trató en Salamanca. Dice de él que es "hombre de muy buen tra-to, culto y laborioso"^v.

Con frecuencia coinciden sobre libros de historia y literatura hispanoamericana. Ambos abominan de la novela seudo histórica *La ciudad de las ciudades* de Vicuña Seber-casaux y parece que la severísima nota de Unamuno en *La Lectura* causó revuelo en Chile¹¹⁸.

Unamuno, como hemos visto, pide a su amigo limeño que le consiga un ejemplar de *La Quena* de Juana Manuela Gorrii; Ri-va-Agüero tras largas búsquedas se lo envía, pero no sin confesarle que encuentra la obra "tonta, dulzona, afectadísima, anticuada y mal escrita. Será tal vez porque vivo en el calumniado medio en que se desarrollan esas novelas pseudo-históricas; pero las encuentro falsísimas, folletinescas y disparatadas"^w. Unamuno corrobora el juicio: "Recibí las obras de la Gorriti y, en efecto, concuerdo con usted y no sé como han podido recomen-dármelas. Son deplorables"¹²⁰.

También los temas familiares cruzan constantemente por el epistolario. Primero cree Unamuno que el padre de Riva-Agüero ha muerto. Se trata de un pariente que vi-

ve en Bélgica. Pero en la carta siguiente se confirma la noticia de esa muerte prematura y el error de Unamuno queda como un presagio¹²¹. Riva-Agüero insiste en que don Miguel venga a este continente y desde luego al Perú, donde tiene tantos amigos y admiradores. Unamuno le confiesa que pronto nacerá su octavo hijo y que con familia tan numerosa no es fácil a un profesor que vive de la cátedra y de sus libros cumplir su anhelo del viaje a tierras hispanoamericanas¹²². Unamuno gustaba repetir que era *proletario* porque tenía numerosa prole. En otro momento le comunica a su amigo: "Mi estado de salud comienza a resentirse. Me ronda una afección cardiaca, que aún no es grave pero que me produce a temporadas una gran excitación. Usted sabe que todo cardiópata acaba en neurópata. Y luego me exacerban las cosas que veo"¹²³. Riva-Agüero de inmediato le comenta:

"Me ha preocupado muy de veras lo que me dijo usted del mal estado de su salud. No es lisonja; pero si se viera usted obligado a interrumpir o reducir su tarea, sería una positiva desgracia para toda la raza española, tan necesitada de vigoroso alimento espiritual"¹²⁴.

En esa misma carta informa a su maestro y confidente que el estudio de la historia lo ha llevado al de los fenómenos jurídicos, sobre los que prepara un folleto y que por entonces está dedicado al Derecho, "pero solamente a la teoría, porque el *ejercicio de la abogacía me infunde invencible repulsión*"¹²⁵. Y' le adelanta en seguida que por ocupaciones familiares y personales —acaba de asumir una cátedra en San Marcos— deberá postergar hasta fines de 1912 el proyectado viaje a Europa. La posibilidad entusiasma a don Miguel: "No sabe usted bien cuanto me alegra la noticia de que viene a España el año próximo. Yo no sé cuándo saldré de ella por algún tiempo para visitar esas tierras"¹²⁶. La amistad, forjada a la distancia con afinidades espirituales pero también con honestidad intelectual e independencia, llega a un punto de verdadero y recíproco afecto, como la revelan las últimas cartas. En ese momento se produce

el viaje de Riva-Agüero a Europa.

Pero en una correspondencia que se desenvuelve en un sincero clima de afecto amistoso y de admiración intelectual, sorprende que Riva-Agüero no informar-a a su maestro —a quien ha reclamado consejo en varias oportunidades— de los sucesos de fines de 1911 que lo convierten en el caudillo político de su generación, llamado a articular un movimiento de dimensión nacional. Acaso por modestia silencia esos episodios que han sido tan importantes en su vida¹²⁷.

IX/ Dos visitas a Salamanca

En su última carta desde Lima, del 21 de agosto de 1911, Riva-Agüero informa a Unamuno que el anhelado viaje a Europa sólo podrá hacerlo en octubre o noviembre de 1912 "en que espero la dicha de conocer España y poderle estrechar a usted con toda efusión la mano". Líneas antes le ha repetido: "Deseo con ansia conocer su ensayo sobre *El sentimiento trágico de la vida* y he dado orden de que me suscriban a *La España Moderna* sólo por leerlo"¹²⁸.

El viaje a Europa se retrasa más de lo pensado y sólo se produce a comienzos de agosto de 1913. Hasta abril de 1914 viaja con su madre y una tía sobre todo por Francia. En abril acude en Sevilla, como representante del Perú, al Congreso Histórico celebratorio del IV Centenario del descubrimiento del Pacífico, en el cual leerá dos trabajos sobre historia literaria peruana del siglo XVII¹²⁹. Luego de recorrer Andalucía se instala en Madrid en la calle del Tutor N° 24, y lo primero que hace es escribir a su maestro Unamuno. Produce cierta extrañeza que a menos de tres años de su última carta, acaso por exceso de modestia, reinicie su correspondencia, desde Madrid, el 20 de mayo de 1914, con las siguientes palabras:

"Maestro y amigo: No sé si recordará usted a un joven que en 1905 le envió su primer escrito. .. Tuvo usted la bondad de escribir un largo y elogioso artículo crítico sobre aquel ensayo. Con esa ocasión, entre ese principiante que era yo, y el afamado escritor que era ya entonces usted, se entabló correspondencia

epistolar. Espaciada y al cabo extinguida ésta, por mi temor de robarle tiempo y parecer importuno, no se ha debilitado en mí el gratísimo recuerdo a sus finezas"¹³⁰.

Le explica que luego de la tesis de 1910 no le ha enviado otros escritos suyos porque algunos eran de carácter jurídico y los otros, por su "pequeñez e insignificancia", no eran "dignos de venir hasta usted". Pero desde que se encuentra en Europa, le confiesa, "ha sido mi más vivo deseo ir a conocer a usted y presentarle mi homenaje de muy honda simpatía". Y en prueba de su vehemente deseo de conocerlo, le precisa:

"En el curso de la próxima semana, libre de otras atenciones que hasta aquí me han retenido, me daré el gusto de presentar a usted personalmente la expresión de mi admiración afectuosa, que es ya antigua y *que ha ido siempre en aumento por la lectura de sus escritos* y muy en especial por la del *Sentimiento trágico de la vida*, que llegó a mis manos, en números de la *España Moderna*, muy poco antes de salir del Perú"¹³¹.

La visita debió realizarse los últimos días de mayo o los primeros de junio de 1914. Allí conoció por fin a su maestro y lo trató ampliamente pues en carta posterior se referirá a "los agradabilísimos días que allí pasé". Unamuno debió superar la prueba de ese primer contacto personal que él sabía le era generalmente adverso:

"Tengo la cara dura y el conversar sobrado lógico y cortante. ¡Cuántas veces he observado la enorme desproporción entre mi estado íntimo y su manifestación externa! No crea usted que se me pasó inadvertida la impresión primera que le produce cuanto nos vimos en esa. Y como conozco esto y a todos nos gusta ser queridos, más que admirados, una de mis razones para no querer salir de aquí es poderme recoger y dar mi alma sin que la falsee esta grosera envoltura en que vive. Lo sé por experiencia; los que de escritos y cartas me conocen sufren una decepción al tratarme mano a mano, pero luego rectifican y creo ser querido por aquellos que *frecuentan* mi trato. ¡Qué obsesión esta de ser querido!"¹³²

En el verano de ese año volvió Riva-Agüero a Francia; allí lo sorprendió el estallido de la guerra. Los primeros días de setiembre ya está nuevamente en Madrid. Se acaba de enterar de que por razones políticas Unamuno ha sido despojado del rectorado de Salamanca. Don Miguel ha reali-

zado una beligerante campaña por la causa aliada y sus violentos ataques han alcanzado a la persona del rey. De inmediato escribe a su admirado amigo la última de las cartas de este epistolario:

"Llegué anoche de Francia con mi familia huyendo de la guerra y por los periódicos me enteré en el tren de la extraña e irritante destitución de usted y de su altiva carta. Yo, que hace tan poco he visto y palpado lo que usted es y significa en la Universidad de Salamanca... y que pude apreciar el impulso de organización, disciplina y despertar mental que de usted irradia en aquella institución, me pregunto atónito, qué ceguedad o qué fatal ingratitud puede llevar a un ministro de Instrucción español a dar tal pago a quien hoy personifica con más títulos y genialidad que nadie el pensar y el sentir genuinos de nuestra raza en la cultura moderna? Por honra de España confío en que no ha de tardar la reparación de tamaña injusticia. ¿No se dan cuenta aquí de que las campañas de usted en *La Nación* de Buenos Aires cuando el célebre proceso de Ferrer y la alharaca internacional consiguiente, fueron la más eficaz defensa de la madre patria y de su *partido conservador muy en especial* ante toda la América del Sur?"¹³³

Regresa Riva-Agüero al Perú en el primer barco que salga de Cádiz pero le protesta a Unamuno que de cerca o de lejos seguirá siendo "su amigo cariñoso y su admirador entusiasta".

En su patria le esperaban días de intensa actividad política: los de la fundación y primeras batallas del Partido Nacional Democrático, bautizado por Luis Fernán Cisneros como partido *futurista*, en un juego profético que habría de cumplirse porque el nuevo partido, "conservador-reformista" como lo llama L. A. Sánchez^m, no llegó al *oncenio* ni resurgió en 1930.

Entre 1915 y 1919 la correspondencia de Riva-Agüero se dirige sobre todo a sus correligionarios de provincias. No hemos encontrado entre sus borradores, ni queda en el archivo de Unamuno en Salamanca, testimonio de la prolongación de un diálogo tan intenso y significativo.

A partir del golpe de Leguía en 1919 comienza el largo exilio de las principales figuras de la generación *arielista*. Riva-Agüero vive más de una década en Europa. Ma-

drid, Roma y París son sus sedes predilectas. Tampoco por esos años se reanuda la correspondencia. Por el contrario, podemos suponer que a lo largo de ellos fue evolucionando firmemente y en una clara dirección hacia su catolicismo tradicional, hacia un *integrismo* que lo distanciaba sin duda del agonismo y el mesianismo de Unamuno. Por lo que se refiere a la política, dirá en 1929 en una carta a L. A. Sánchez que no quiere ser llamado conservador sino reaccionario¹³⁵. Unamuno, que era por entonces adversario pugnaz de la dictadura de Primo de Rivera y antimonárquico, luego sería propiciador de la segunda república española.

Pero antes de eso, en la primavera de 1920, hace Riva-Agüero un segundo viaje de Madrid a Salamanca, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, para visitar a Unamuno. Allí se encuentran con los mexicanos Alfonso Reyes y Artemio del Valle Arizpe. Todos ellos, Reyes sobre todo, han publicado testimonios literarios y gráficos de esta visita. El de Riva-Agüero, en cambio, es hasta ahora inédito. Se trata de las páginas que escribe en su *Diario*, como notas de viaje que se inician el 29 de abril de 1920. Preferimos transcribirlas casi íntegramente, a pesar de su extensión, por el valor testimonial, y aun literario, que ellas encierran:

"A las 9 de la mañana salida de Madrid con Henríquez Ureña, que en todo el camino del Guadarrama me expone sus teorías bolchevistas... Me explica algo de la situación de Santo Domingo.

Mis teorías antidemagógicas lo irritan, sin ver que son réplica a las suyas, tan fuera de lugar conmigo y en tan clásicos paisajes.

Llegamos a almorzar a Segovia. Acueducto. De paso, el patio románico de S. Martín. En el almuerzo me hace extraordinarias alabanzas de Menéndez Pidal... Me confiesa su ignorancia absoluta del catolicismo litúrgico y sentimental. ¿Cómo puede interesarle así el arte español?

De paso, el Alcázar que domina la quebrada frondosa; la Iglesia de los Templarios, tan arcaica.

En la llanura inmensa y luminosa, Peñaranda de Bracamonte. Luego árboles y el Tormes, el puente y las torres de Salamanca.

En Salamanca me encuentro con los mejicanos Alfonso Reyes y Valle Arizpe y los invito a la excursión. Aunque radicales de

ideas, a lo menos en apariencia, quizá por necesidad política, su fondo entusiasta, su apego a la tradición castellana, armonizan conmigo mucho más. Es innegable nuestra íntima hermandad con los criollos de Méjico, mucho más (¿q?) con los sudamericanos.

A Unamuno me lo encuentro frente a la Catedral, saliendo de sus clases de la Universidad. Ya no lo rodean los catedráticos como cuando era Rector. También algo agriado y de concejal socialista. Pretende estar quejoso del Rey y que éste le ha contestado indirectamente sus reproches... Sabe bastante de América para la que es usual en España. Habla mucho con estribillos peninsulares, como *cosas tremendas, vamos*, y otros con que todos rellenan aquí los huecos de la facundia.

Vamos a la Flecha-Aceña y casa de labor que hoy son del Duque de Aveiro. Subimos al huerto y *la fontana* y vemos dorarse Salamanca. Nos recita sus versos y un argumento de novela que está escribiendo, algo trivial. De regreso con Unamuno, al Colegio del Arzobispo en cuyas áreas arcadas [ilegible] pájaros. Hierba entre las lozas del patio. Iglesia oscura. No puedo apreciar el retablo de Berruguete. La espaciosidad y altura de esta capilla me recuerda San Juan de los Reyes de Toledo. En esta época de los Reyes Católicos y de Carlos V todo se agrandó y creció para el espíritu español. La tierra se dilató y el aire [ilegible] pareció subir y ensancharse. Es una necesidad recriminar la decadencia siguiente. Lo bueno mucho cuesta; y bien valió cansarse por haber disfrutado esta plenitud deliciosa de sentimiento y acción. Por eso no sigo la tendencia de mis amigos, de los que algunos..., antiguos germanófilos, hoy insultan y befan la grandeza caída de la nación que en el siglo XIX emuló a la muestra en el XVI.

Amo y admiro a Francia (la suerte del Perú, que anhelo copia suya en América, me impide toda hostilidad hacia nuestra maestra preferida); pero no puedo ver en cualquiera insignificancia, como ellos, el toque *divino, incomparable*, de la nación elegida, única. Son estos los frutos de la victoria. La derrota todo lo quita, y antes que nada el crédito intelectual, que es lo más efímero y antojadizo. Hay que conseguir el triunfo material cueste lo que cueste, sin él los esfuerzos artísticos y científicos de un pueblo se desconocen desvergonzadamente. *Unamuno con todo no es un cortesano de los vencedores: ya vuelve a atacar a los franceses, aunque sin fundamento en los casos particulares de asuntos literarios que alega. Ama a los italianos; pero mucho más a los portugueses y latinoamericanos, pueblos en delicuescencia; contradicción íntima de este fuerte vasco; arbitrariedad mental.*

Visita a las dos catedrales salmantinas; me impresionan menos que el 14. Decididamente el churriguerismo me trae recuerdos patrios, (falta de disciplina mental en el

medio contemporáneo y en mi vida de los últimos meses de turista semiarqueólogo; además, la indulgencia general y las corrientes literarias de hoy me arrastran sin querer a mirarlo con simpatía. Todo es hoy exuberante por afán de originalidad y lozanía). (Estas reflexiones me vienen al admirar muy de veras el claustro del Seminario o Clerecía salmantina). *Necesito la cura del Escorial, la fría y clara proporción de Herrera, que suscite mis atavismos de montañés disciplinado, sobrio y clásico.*

Nos vamos a Béjar, en que no vemos nada notable.

Luego, el paisaje extremeño, de castañares y pinares entre sierras roquizas; piarías de cerdos, pastos, rebaños trashumantes, manchas moradas y doradas del cantueso y la retama primaverales...¹³⁶

X/ Las motivaciones de la disidencia

El extenso texto transcrito es muy significativo. Los años decisivos de 1914 a 1920 han variado profundamente la actitud del discípulo frente al maestro. Se contienen allí los elementos que nos permitirían señalar las motivaciones del distanciamiento, de la interrupción del diálogo.

En primer lugar, "las teorías bolchevistas" que defiende con ardor Pedro Henríquez Ureña y de las que parecen hacerse eco los otros excursionistas y aun el mismo Unamuno, anarquista por momentos, individualista irreductible casi siempre, a quien Riva-Agüero encuentra "de concejal socialista". Tras el triunfo de la revolución rusa, Lenin quiere convertirla en revolución universal. Riva-Agüero ha rechazado el socialismo desde 1907; su autoritarismo adoptará una dirección *reaccionaria*, como el mismo la llama, que se irá acentuando al ritmo del avance de los socialismos; y en la década del 30 no ocultará su simpatía por el fascismo italiano y luego el falangismo español. En segundo lugar las distintas posiciones frente a la primera guerra mundial y sus bandos nacionales e ideológicos. Unamuno trabajó activamente a favor de los aliados, a pesar de sus reticencias anti francesas. Riva-Agüero, como hemos visto, se manifiesta en cierta medida germanófilo. En tercer lugar, y se-

guramente esto era lo esencial para él, Riva-Agüero se va aproximando ya en 1920 a un catolicismo integrista, aunque la pública retracción de sus errores sólo se produce en 1932. En este texto de la primavera europea de 1920 defiende "el catolicismo litúrgico y sentimental"; lo considera indispensable para una profunda captación de lo mejor del arte español. No sintoniza con las nuevas corrientes del catolicismo europeo; anclará en un catolicismo tradicionalista, muy distante del socialcristianismo del que también parece disentir Unamuno en *La agonía del cristianismo*. En ambos la ideología de Charles Maurras ha producido contrarias resonancias¹³⁷.

¿Hay, además de éstas que podríamos llamar diferencias doctrinarias, alguna otra explicación psicológica o personal para la interrupción de una amistad hecha de sincera simpatía por un lado y de fervorosa admiración por el otro? No lo sabemos.

En una carta de mayo de 1920, es decir casi inmediata a la visita a Salamanca, Alfonso Reyes le anuncia a Unamuno:

"Henríquez, Riva-Agüero y Valle-Arizpe, le saludan conmigo y vagamente — proyectan (proyectarnos) nuevas excursiones para el otoño"¹³⁸.

No tenemos noticias de que ese proyecto se realizara o de que participara Riva-Agüero en una nueva excursión a Salamanca. Pocos días antes, en una breve esquela fechada el 15 de mayo, Unamuno dice a Reyes: "A Valle Arizpe, Riva-Agüero y a Henríquez, si siguen ahí, mi más afectuoso saludo"

El último testimonio de esta correspondencia es de 1924. Se trata de una postal desde Oxford, fechada el 22 de octubre de 1924, con breves palabras: "Nuestros afectuosos recuerdos de Oxford". La firman Francisco García Calderón y José de la Riva-Agüero, y se la dirigen a Unamuno, ya en el destierro en París, al Hotel Novelty, en el N° 2 de la rue La perouse. La caligrafía de la postal es de García Calderón¹⁴⁰.

Los García Calderón de cerca, y Víctor Andrés Belaunde, de lejos, comienzan

a sustituir a Riva-Agüero en la admiración por Unamuno.

En efecto, desde 1914 en que el gobierno español insinúa una posición germanófila ante la guerra mundial, y luego por las tristes alternativas de la guerra de Marruecos y el evidente debilitamiento del sistema político de la restauración, Unamuno inicia una larga etapa de creciente beligerancia política. Denuncia en el Ateneo de Madrid que Alfonso XIII se ampara en la fuerza militar para evitar las responsabilidades de la infausta política africana que ha concluido en el desastre de Annual. Pero luego el Conde de Romanones lo lleva a una entrevista con el rey que la opinión pública interpreta mal. En 1924, a poco de instaurada la dictadura de Primo de Rivera y luego de publicarse en Argentina una carta suya llena de violentas expresiones contra el régimen, sin previo proceso ni declaración de causa, es confinado en la isla de Fuerteventura. Rechaza una amnistía que considera deshonrosa y fuga de la isla con ayuda de Henri Dumay, director del periódico francés *Le Quotidien* y al parecer de varios intelectuales hispanoamericanos, entre ellos Ventura García Calderón. Vive un año trágico, incapaz de asimilar la experiencia que le brinda la gran ciudad, cuando París era la fiesta de que habla Flemingway. En su pequeño hotel de la rae La perouse se reencuentra con su Cervantes y su Quevedo y descubre la soledad de Proust. Pero sólo sueña con su patria. Y cuando algún hispanoamericano quiere compartir con él las bellezas y los tesoros de París, él Clama por las sierras de Gredos, y abomina de la ciudad sin montañas, sin desierto, sin mar...

En esos años de panfletario tremebundo, de enemigo implacable de la dictadura, contra la cual publica verdaderos libelos, debió acentuarse el distanciamiento con Riva-Agüero y el acercamiento a Francisco y a Ventura García Calderón, que lo acompañaron el año del destierro en París, como el bolivariano Arguedas, el ecuatoriano Zaldumbide, el mexicano Alfonso Reyes. A este

último había confiado Unamuno su sonada entrevista con el rey Alfonso XIII en abril de 1922¹⁴¹. Por entonces Riva-Agüero presencia en Roma los orígenes del fascismo y ve con simpatía las concomitancias de la dictadura de Primo de Rivera con ese régimen.

Ventura García Calderón en su artículo *Don Miguel de Unamuno en la intimidad*, dice, explicando que París y el rector de Salamanca nunca se entenderían: "... Muchos años ha de vivir para gloria de su gente, este viejo faccioso que pertenece a la estirpe de los grandes empecinados: Tolstoi, Walt Whitman, Víctor Hugo; por mucho tiempo veremos su perfil de trajinante formidable, que sube a pie de la Retonda a la Estrella, seguido de jóvenes españoles. Sin gabán ni paraguas, se va, en el torbellino de la tarde, maldiciendo y vociferando, mientras la mano apuntada a la primera estrella denuncia la tristeza de haber perdido, a través de los siglos, la lanza de la Mancha y la pica de Flandes"¹⁴¹.

En esos mismos años Víctor Andrés Belaunde, también en el destierro, dicta unas conferencias filosóficas en La Habana. Un joven intelectual cubano que lo escucha, reconoce en su filosofía del temple o del *talante*, la influencia unamuniana¹⁴².

Hay después de las breves palabras a cuyo pie pone Riva-Agüero su firma, un largo y diría definitivo silencio en su diálogo con Unamuno. No es aventurado proponer la hipótesis de que fue precisamente el cristianismo abierto y el talante luterano de éste, su apertura a posiciones y militancias políticas socialistas, lo que alejó a Riva-Agüero del confidente y maestro admirado en una hora crucial de su vida. El escrutinio de las citas en la obra publicada de Riva-Agüero permitiría confirmar la hipótesis¹⁴³. A la postre, ambos han significado —uno en el ámbito de la cultura hispánica, el otro en el circunscrito de su patria o acaso de la América española— valores claramente distintos. En tal sentido resulta obligado el paralelo de Riva-Agüero con la otra figura española cuyo magisterio reconoció en la estación ger-

minal de su juventud intelectual y con cuya significación y mensaje se identificaría fervorosamente hasta el fin de su vida: Marcelino Menéndez Pelayo.

Porque fue y quiso ser a partir de 1930 el Menéndez Pelayo del Perú tenía que dejar definitivamente atrás la admiración por Unamuno, que representaba la duda y que en 1957 llegaría a ser incluido en el *Índice del Santo Oficio*. En 1907, cuando Unamuno y Riva-Agüero dialogaban sobre temas religiosos y el joven escritor limeño parecía seguir el derrotero que le señalaba el maestro de Salamanca, la Iglesia condenaba el movimiento modernista. Desde 1932 Riva-Agüero sería el más celoso intelectual católico peruano en la defensa y acatamiento del nuevo *Syllabus* de Pío X. En su inmedita posteridad Unamuno sería llamado formalmente heterodoxo por *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*. Cuando en el célebre discurso de 1932 trace Riva-Agüero su "proceso mental" en lo que llamó pública profesión de fe y retractación de errores, se referirá a los principales autores en que se nutrió su incipiente heterodoxia agnóstica y anticristiana pero nunca materialista ni atea: Nietzsche y Schopenhauer. Declara que no cae en la tentación panteísta, prestigiada por Spinoza, Goethe y su predilecto Taine. Acepta un momento la solución teísta, pero comprende la insuficiencia del deísmo de Voltaire y Rousseau: "Y como el Protestantismo, arbitrario, contradictorio, deleznable y ya casi por entero desplomado, no podía ser refugio decente para mi angustia metafísica y religiosa, tuve que convenir en la verdad del dilema formulado por Augusto Comte: 'O el positivismo ateo o el catolicismo romano; es absurdo cualquier término medio'. Al segundo llegó al fin Riva-Agüero "no sin reticencias instintivas y convulsiones del orgullo contra el impulso de la Grecia" que hizo acallar "las argucias exegéticas que yo había aprendido en la lectura de Renán y los modernistas" y deponer dificultades y objeciones contra "las sombras formidables que velan los misterios"¹⁴⁴.

En esa prolija enumeración de influencias contrarias a su fe católica tradicional, Unamuno no aparece; acaso está implícito entre los "modernistas" aludidos junto a Renán. Este definitivo silencio ilustra sin duda el ardoroso afán de liquidar de esa etapa ideológicamente superada hasta el recuerdo de los afectos humanos a ella vinculados.

Riva-Agüero había acompañado a Unamuno en su admiración por Goethe, por Leopardi y por Carducci y aun en su irresistible rechazo por Víctor Hugo; pero DAnnunzio, en cambio, constituye una significativa disidencia. Unamuno llama en estas cartas al esteticista DAnnunzio "desdichado" y "monstruo espiritual". Pero en esos años de su juventud *Las vírgenes de las rocas* y los *Laudi* eran la lectura predilecta de Riva-Agüero. En esas obras del discutido héroe de Eiume se nutrió su precoz ideología reaccionaria. Al dedicar en 1938 dos entusiastas discursos a la obra del escritor recientemente fallecido, formula reservas morales a su mórbido decadentismo, pero exalta su nacionalismo patriótico proveniente de la "doctrina aristocrática de Nietzsche, tan apropiada al temperamento danunziano; la que podríamos calificar de neofeudal, por jerárquica, antiplebeya y belicista y heroica; la que al fin ha triunfado con el fascismo"¹⁴⁵.

La trayectoria política de Riva-Agüero traza una órbita muy precisa. Va del liberalismo individualista, democrático, conservador y burgués de su juventud, que coincide con la etapa de mayor descreimiento de la fe familiar y tradicional peruana, a un aristocratismo reaccionario e intransigente. Rechaza entonces todas las formas políticas heredadas de la revolución francesa y se refugia en la nostalgia de la cosmovisión del barroco, en los años finales de su catolicismo ultramontano e integrista. Entre uno y otro extremo hay una temprana, constante y creciente impugnación de todos los socialismos y colectivismos, un saludo no muy entusiasta a las formulaciones más moderadas de la doctrina social de la Iglesia y un momento de ilusión por el fascismo italiano y, mayor

aún, por el falangismo español. Están aquí, pues, todos los elementos ideológicos que explican su definitivo distanciamiento del agónico vasco genial.

XI/ Unamuno en el Perú

La influencia de Unamuno en el Perú se inicia con las generaciones modernistas y postmodernistas: los prólogos a la obra narrativa de Clemente Palma y a la poética de Chocano; la resonancia que luego dará a la de López Albújar. Se intensifica, como hemos visto, con la generación *arielista* o del novecientos, cuyas figuras principales lo consideran su maestro. Pero esa influencia no se agosta en la década de 1920 a 1930, que marca el alejamiento de Riva-Agüero del maestro de Salamanca. Por el contrario, se diría que la obra unamuniana, aureolada por el destierro y la beligerancia política, va cobrando en nuestras letras más amplia vigencia. Es fácil seguir ese proceso en las dos revistas más significativas de aquel decenio: *Mercurio Peruano* y *Amauta*.

En el *Mercurio Peruano* delatan resonancias unamunescas los ensayos de Edwin Elmore (1890-1925), animador de los *martes de la protervia* como llamaba Belaunde a la tertulia de los redactores y colaboradores de la revista. Integrante de la promoción de *juniors* de la generación del novecientos, Elmore es una personalidad interesante en quien se cruzan las corrientes espirituales e ideológicas de los años posteriores a la gran guerra y la revolución rusa. Estaba abierto por su estirpe a la cultura anglosajona y era al mismo tiempo un fervoroso de la causa de la integración de los pueblos iberoamericanos. Admiraba las instituciones democráticas pero reconocía que ellas no se habían trasplantado sabiamente a nuestra América. Luchaba por integrar la libertad y la justicia. Frente a los dogmatismos reaccionarios y revolucionarios postulaba un temple de equilibrio y de síntesis. Con motivo del centenario de Ayacucho concretó sus inquietudes iberoamericanistas en la idea de un Congreso libre de intelectuales que actualizara el

ideal bolivariano y la prédica idealista de Rodó. Unamuno, de quien había aprendido que "la creencia y la esperanza son creadoras invencibles", como escribió Mariano Ibérico a su muerte prematura, fue de los que mejor lo comprendieron. A él le dedicó Elmore en el *Mercurio* hasta dos ensayos: *Sobre la figuración de Unamuno en la inquietud política e intelectual de nuestros días*, y *Unamuno en Yanquilandia*¹⁴⁶.

Elmore, que repetía el término *americanidad* tomado de Unamuno y contraponiéndolo a *americanismo*, daba a su proyecto de diálogo organizado de los intelectuales iberoamericanos un claro tono de rechazo del imperialismo norteamericano y del capitalismo, pero con una sincera convicción pluralista; quería promover "un estado superior de conciencia que nos daría la convicción de nuestro único destino". Su liberalismo inconforme y su preocupación auténtica por la justicia social lo orientaban hacia el personalismo comunitario. Ese cristianismo inquieto, unamuniano, acercaba a Elmore a hombres como el norteamericano John A. Mackay, colaborador del *Mercurio*, dirigente de la Y.M.C.A.¹⁴⁷

Edwin Elmore tiene una intensa actividad periodística. Sus ensayos, de estilo vigoroso, aparecen con frecuencia bajo los seudónimos de *Silvestre Vasombrió* o *Alónso Quijano*. Sus principales libros son *El esfuerzo civilizador y otros ensayos* (Lima 1922) y *El nuevo Ayacucho* (Lima, 1924). Su fervorosa idealidad, un tanto imprecisa, la pone al servicio de un nuevo iberoamericanismo que por los años del centenario de Ayacucho reconoce el magisterio de José Vasconcelos, a quien los estudiantes peruanos han proclamado "maestro de la juventud". Chocano, defensor de las llamadas "dictaduras organizadoras", cree como Lugones que ha llegado para América Latina (otra vez) "la hora de la espada". Con evidente apoyo oficial quiere provocar una polémica con su lejano adversario: hace publicar en *La Crónica*, dirigida por Clemente Palma, un artículo que contra él mismo ha escrito Vasconcelos,

sólo para darse el gusto de responderlo. Los jóvenes universitarios peruanos salen en defensa de Vasconcelos; entre ellos Edwin Elmore, John Mackay, J. C. Mariátegui, Luis Alberto Sánchez. Con el pretexto del enfrentamiento a Chocano se está expresando el antileguísmo de los jóvenes. Elmore deja en la redacción de *La Crónica* una respuesta a Chocano que éste conoce anticipadamente e impide su publicación. Por carta y telefónicamente provoca a su adversario y cuando ambos se encuentran en la redacción de *El Comercio*, Chocano repele con un balazo la agresión física de Elmore¹⁴³. A raíz de su trágica muerte el *Mercurio Peruano* le dedica un número especial con una antología de sus escritos. Colaboran en esa edición Alberto Ureta, Mariano Ibérico, José Carlos Mariátegui, Manuel Beltroy, César Antonio Ugarte, José León Bueno, el cubano Juan Marinello Vidaurreta y el argentino Antonio Sargana¹⁴⁹. En el número siguiente de la revista se asocian al homenaje Víctor Andrés Belaunde —a quien Chocano ha llamado el "jefe" del grupo de sus adversarios en la insultante carta que le dirige a Ehnore el mismodía de la tragedia¹⁵⁰— y su hermano Rafael¹⁵¹. Sánchez considera que el asesinato de Elmore produce una escisión política en las dos generaciones literarias vigentes, entre leguístas y antileguístas. Chocano encabezó a los primeros¹⁵². Pero, además, puede decirse que en ese lustro de 1920 a 1925 aparecen unidos y en busca de una ideología solidaria sectores intelectuales que en la segunda mitad de esa década optaron por rumbos distintos. En esa generación Elmore representaba, con fervor, entusiasmo y generosidad, un iberoamericanismo que se nutría en Rodó y en Unamuno¹⁵³.

Más acusada es la presencia de Unamuno en *Amauta*. El primer número trae dos testimonios de ella. Uno es el artículo de César Falcón sobre *Marañón Asúa y la monarquía espartóla*¹⁵⁴.

El segundo testimonio, especialmente interesante, es el comentario de José Carlos Maritátegui sobre *L'agonie du Christianisme*.

Mariátegui destaca el poder recreador que tiene Unamuno con el idioma; asocia la *agonía* unamuniana con el "morir de no morir" de Santa Teresa y del poeta surrealista Paul Eluard. Afirma que hay en él una clara anticipación a las profecías de Spengler. Pero Unamuno había escrito en ese libro, paradójal por excelencia: "... Las doctrinas personales de Karl Marx, el judío saduceo que creía que las cosas hacen a los hombres, han producido cosas. Entre otras, la actual revolución rusa..." Mariátegui replica: "la vehemencia polémica lleva aquí a Unamuno a una aserción arbitraria y excesiva. No; no es cierto que Karl Marx creyera que las cosas hacen a los hombres, Unamuno conoce mal el marxismo. La verdadera imagen de Marx no es la del monótono materialista que nos presentan generalmente sus discípulos. A Marx hace falta estudiarlo en Marx mismo. Sus exégesis son generalmente falaces. Son exégesis de la letra, no del espíritu... Marx no está presente, en espíritu, en todos sus supuestos discípulos y herederos. Los que lo han continuado no son los pedantes profesores tedescos, exégetas ortodoxos de la teoría de la plusvalía, incapaces de agregar nada a la doctrina, dedicados sólo a limitarla, a estereotiparla; han sido más bien los revolucionarios, tachados de herejía, como George Sorel —otro agonizante diría Unamuno— que han osado enriquecer y desarrollar las consecuencias de la idea marxista. El 'materialismo histórico' es menos materialista de lo que comúnmente se piensa. ..." Revelador testimonio de la posición de Mariátegui a fines de 1926. Si Unamuno estudia más hondamente a Marx, dice su exégeta peruano, encontrará en el descubridor del materialismo histórico no un judío saduceo, sino más bien, como en Dovstoevsky, un cristiano, un alma agónica, un espíritu polémico... La concepción de la vida como lucha, concluye Mariátegui, contiene más espíritu revolucionario que muchas toneladas de literatura sedicentemente socialista y eso "nos hará siempre amar al maestro de Salamanca"¹⁵⁵.

El número siguiente de *Amauta* trae

la *Marcha Unamuno*¹⁵⁶ de Juan Parra del Riego:

... ¡Miguel de Unamuno! ¡Miguel de Unamuno!

Y corre la negra columna civil.

Pasan los obreros y los estudiantes

¡a la plaza, amigo, al grito viril!

Pasan las alegres mujeres hermosas...

¡Fuego, amor, azote!

Como fue Unamuno peleando en la luz

y nuestro querido señor don Quijote

y nuestro fantástico padre Jesús.

En el número 3 de la revista Mariátegui rinde homenaje a su amigo Edwin Elmore y reproduce su ensayo *La batalla de nuestra generación*, tomado del libro *El nuevo Ayacucho*. En esa página Elmore se dirige con noble convicción a los jóvenes iberoamericanos, demandándoles que sean dignos de su época y de su deber histórico. Junto a las citas de Rodó y Romain Rolland aparece, desde luego, la de Unamuno¹⁵⁷.

La respuesta de don Miguel no se hace esperar. Desde Hendaya, escribe a Mariátegui en enero de 1927 una carta que aparece en la primera página del n.º 5 de *Amauta*. Agradece el comentario a su libro, el poema de Parra del Riego y el artículo de Falcón. Respecto a la interpretación de Marx, reconoce que hay en él un profeta más que un profesor. "Mi buen amigo, le dice, no es cosa de que nos pongamos a discutir. Acabaríamos por que ambos tenemos verdad, que es mucho mejor que tener razón..."¹³⁸

En enero y marzo de 1928, vuelve Unamuno con dos artículos contra la dictadura de su patria: *Mi pleito personal*¹⁵⁹ y *Cuatro años de dictadura*¹⁶⁰. En octubre de 1928, *Amauta* reproduce una encuesta que bajo el título de *¿Existe una literatura proletaria?* ha publicado el hebdomadario *Monde*, dirigido por Henri Barbusse. Las dos preguntas de la encuesta invitan a una determinada respuesta sobre el arte y la literatura como reflejos de las grandes corrientes que determinan la evolución económica y social y como expresivas de las aspiraciones de la clase obrera. Contestan, entre otros,

André Bretón, Jean Cocteau, Waldo Frank y Unamuno. Desde luego la respuesta de Unamuno es categórica: El arte es reflejo, antes que nada, "de los eternos deseos del alma individual"; "el obrero se enamora como aquel a quien se llama burgués; como él tiene hijos, como él sufre cuando una persona querida se le muere, como él teme o desea la muerte, como él se preocupa del fin de la vida, como él se estremece **ante** el misterio trágico del destino..."; una auténtica obra de arte emociona a un proletario aunque sea de un burgués y enseña a unos y otros a ser hombres: "y ser hombres es vivir en función del destino final de la humanidad"¹⁶¹. En número posterior de *Amauta* aparece un poema de Correa Calderón titulado *Palabra a Miguel de Unamuno*¹⁶².

En junio de 1929 publica *Amauta* la *Carta de Unamuno a los estudiantes españoles*. Su ataque a Primo de Rivera es más virulento que los anteriores; lanza acusaciones contra quienes pretenden despojarlo de su cátedra de Salamanca¹⁶³. En fin, en el n.º 25 a mediados de 1929, se publica la *Carta de Unamuno a César Falcón*^m, dirigida más bien a Valle Inclán, Gómez de la Serna, Blanco Fombona, Carlos Pereyra y demás organizadores del homenaje a César Falcón en Madrid, con motivo de su libro *El pueblo sin Dios*. Arremete otra vez contra la dictadura y denuncia su "obsena agonía".

Pero la presencia de Unamuno en las letras peruanas no es exclusiva ni principalmente política y si se quiere más trascendente de lo que podría colegirse de sus colaboraciones en *Amauta* en los días en que parece desesperar del retorno a la patria.

En 1930, año de la edición española de *La agonía del cristianismo*, en seis posterior a la versión francesa, Víctor Andrés Belaunde, todavía en el destierro, pronuncia en La Habana una conferencia sobre *La actualidad de Pascal*. Concluye que el conflicto futuro se dará en el hombre entre la inquietud fáustica de afirmación de la vida y el espiritualismo. Y añade: "El espíritu del hombre vacila entre estas dos orientaciones. Unamuno

encarna esta dolorosa oscilación; y *es por ello el espíritu más humano de los tiempos modernos*. Gravitan sobre él la gran herencia espiritual del medioevo continuada por la mística española, y la influencia nórdica, el vitalismo sutilizado de Ibsen y de Kierkegaard, Carlyle y Nietzsche. En su sentimiento trágico de la vida vibra aquella sed de eternidad y de infinito que lo hace un Pascal moderno; pero al mismo tiempo su afirmación de la personalidad, su reiterado egocentrismo, lo unen a la corriente fáustica. En él se dan de igual modo la congoja del misterio y la contemplación gozosa de las perspectivas abiertas e indefinidas. A ratos su inquietud es agoniosa, como la de Pascal, a ratos aparece el diletante del ritmo y de la lucha universales. Sin la savia del espritualismo ético cristiano sería un continuador de Nietzsche y un amigo de Kyserling; si, dominando la seducción viálista, lograra vencer en él la nota esencialmente espiritual, sería el gran místico de los tiempos modernos, o tal vez el último padre de la Iglesia. ¿Alcanzará don Miguel su noche de certeza, de alegría y de lágrimas?"¹⁶⁵. Todavía en sus libros posteriores *El Cristo de la fe y los Cristos literarios*, *Bolívar e Inquietud*, *serenidad*, *plenitud*, acusará Belaunde la influencia del temple filosófico y humano de don Miguel¹⁶⁶.

Largo es el itinerario de Unamuno en el Perú. La segunda república y la guerra civil española confieren a su influencia una mayor notoriedad, que se hizo patente luego de la segunda guerra mundial, cuando alcanza mayor auge entre nosotros la corriente existencialista. Se vio entonces que Unamuno era el primer filósofo existencial español; lector y traductor de Kierkegaard —padre de los existencialistas— a comienzos del siglo; el primero que había llevado a sus novelas y dramas una rica y angustiada metafísica de la persona, una tensa dialéctica del ser y del hacer, en la cual aparece, antes que en Sartre, la idea del *proyecto* y la dramática superposición en la conciencia de los varios *yos*: el que somos, el que creemos o queremos ser, y el que nos dan los demás^w.

La influencia del pensamiento filosófico de Unamuno había sido notable no sólo en Belaunde sino también en uno de nuestros más originales pensadores, Mariano Ibérico, quien, siguiendo a Pascal y a Unamuno, reivindica el valor del sentimiento y descalifica el puro pensamiento abstracto como forma exclusiva de desentrañamiento de los grandes problemas filosóficos¹⁶⁵. En Mariátegui, ya hemos visto, aunque fuera para defender el humanismo de Marx de las interpretaciones del gran vasco, su presencia es asimismo visible¹⁶⁹. Y la impronta del icieoclasta insobornable que es Unamuno aparece también con frecuencia en la prosa de Juan Ríos y puede rastrearse hasta nuestros días.

En ese clima se producen en 1960 los ensayos de Jorge Guillermo Llosa¹⁷⁰ y, sobre todo, los libros medulares de Armando Zubizarreta^m, descubridor de inéditos del maestro de Salamanca, entre ellos del *diario* de la crisis religiosa de 1897, convertido hoy en uno de los mejores conocedores de toda la obra y significación cultural de Unamuno.

XII/ Recapitulación

La exégesis de estas cartas podría alcanzar a muchos otros temas de la realidad política y cultural peruana. En todo caso ellas proyectan nuevas luces sobre una etapa decisiva en la vida de Riva-Agüero: la crisis espiritual que marca el lento pero seguro camino de retorno desde el positivismo, racionalismo y agnosticismo de las aulas universitarias de comienzos de siglo a la ortodoxia católica de su ambiente familiar y escolar y a sus concepciones más tradicionalistas e integristas. No es ese por cierto, el mismo proceso seguido por las otras figuras importantes de su generación.

Hombre de un dogmatismo sin matices, enterizo y radical por temperamento, de una pugnacidad rara en el medio peruano, se explica que evolucionara de uno a otro extremo sin importarle la impopularidad o la soledad. Estas cartas, en fin, aún en su tono íntimo y confidencial, anuncian

los acentos, ahora un poco olvidados, de una prosa marcial, redonda y vibrante, cuyos énfasis definitivos conjugan la opulencia barroca y el *pathos* romántico con la clásica concisión lapidaria.

Pero una verdadera hermenéutica debe intentar esclarecer las significaciones últimas, los *supuestos*, y el mensaje actual del texto comentado. En tal sentido estas páginas podrían prolongarse. Aquí las dejamos, sin embargo, hasta el momento de integrarlas en un estudio de la generación peruana del novecientos.

La lectura de este epistolario permite proponer la hipótesis de una definitiva influencia de Unamuno en Riva-Agüero, de 1905 hasta 1920, en que el segundo encuentro personal en Salamanca parece iniciar el proceso de alejamiento, de pérdida del encanto intelectual y humano que nutrió su fervorosa admiración por el maestro de Salamanca.

En esa etapa, luego de su crisis religiosa de 1897, Unamuno deja definitivamente el positivismo, el racionalismo y el materialismo finisecular y su breve estación de socialista marxista para regresar a la vivencia cristiana profunda, paulina y kierkegaardiana, pero de temple luterano. Vive por entonces momentos de parcial ilusión en el movimiento modernista católico y protestante como rechazo de toda ortodoxia y del rutinario catolicismo español de su tiempo, como posibilidad de una "fe sin dogmas". Y en su libro principal, que Riva-Agüero afirma haber leído en las entregas de *La España Moderna*, culmina su religiosidad de la congoja, de la desesperación. Queda sin desarrollo la posibilidad de un Unamuno humanista católico, esbozado en un capítulo de su obra principal, en algunas páginas de *En tomo al casticismo* y, sobre todo, en el poema *El Cristo de Velázquez*. Sin desarrollo, porque luego el libro más resonante, *La agonía del Cristianismo* (1924) será el más alejado de esa posibilidad.

Riva-Agüero es un racionalista y un agnóstico en 1905 y 1906. Su posición en ese

momento resume todas las tendencias anticristianas y anticatólicas de las postrimerías del siglo XIX; es un librepensador que no quiere descender al sectarismo anticlerical. Unamuno lo ayuda a redescubrir la religión como dimensión esencial del hombre. Pero en cuanto comienza a evolucionar hacia un teísmo, busca las pruebas racionales para consolidar su fe. Unamuno intenta llevarlo hacia su propia religiosidad, más vital que racional. Riva-Agüero busca un orden, unos dogmas; sigue el consejo de Unamuno: busca en la historia un camino para el reencuentro con su fe y la adhesión a la Iglesia. El proceso de retorno fue al parecer lento. En cualquier caso no era un Unamuno en constante contienda civil —liberal, individualista, socialista, anarquista, luterano y católico— el que mejor podía servirle de guía. En la década de su permanencia en Europa (1919-1930) buscará otros maestros. Pero entre 1905 y 1913, en momentos de general indiferencia religiosa entre intelectuales, sus cartas proclaman la voluntad de fundar su visión del mundo en una vivencia religiosa.

Desde la perspectiva que nos brindan los años presentes la actitud vital e intelectual de Unamuno se nos aparece más actual que la de Riva-Agüero. Hay en la evolución de las ideas el ritmo de un misterioso *ricorsi* que conduce el olvido. Pero sus cartas de hace más de medio siglo iluminan un capítulo de las letras y de la historia de las ideas en el Perú contemporáneo, a las que con la pátina del tiempo se irán añadiendo nuevos contenidos de conciencia. De ellas emergen ambos, cada uno en su propia dimensión y en constante y dramático contraste con su entorno, como solitarios formidables aureolados por la valentía intelectual y moral.

Estas cartas, y en general la relación de Unamuno con Riva-Agüero, delatan, en fin, la conciencia de la generación hispanoamericana del novecientos frente a lo peninsular; ilustran una etapa de maduración de nuestro nexos con la cultura española y una independencia que se percibe sobre

todo en la reflexión frente a las experiencias políticas y religiosas. La caracterización del *arielismo* como un mero *hispanismo* sin conciencia de lo propio y autónomo americano no refleja fielmente todo el pensamiento de

quienes en las dos primeras décadas de este siglo —todavía en el clima espiritual del movimiento modernista— comienzan a postular una unidad iberoamericana que más tarde recobrará vigencia.

1/ González, Prada y Riva-Agüero, hermanos enemigos, en "Ditiers", n° 30, Lima, marzo, 1977, pp. 16-17.

2/ En 1960 en la antología de Riva-Agüero titulada *Afirmación del Perú* publicamos de una de estas cartas (Cfr. t. II, Fragmentos de un Ideario, pp. 101-102) los párrafos más expresivos de sus inquietudes religiosas en 1907. Amplias glosas y transcripciones fragmentarias de estas cartas en: Julio César Cíañez, Unamuno y América, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964. En adelante citamos este libro abreviadamente: CH.U. y A.

3/ Por ejemplo Armanzo Zubizarreta en *Tras las huellas de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1960 (en adelante: Z.TfaU) y Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, Madrid, Siglo XXI, 1970 (en adelante: BA.J38).

4/ Cfr. el art. sobre el epistolario de Unamuno, de Manuel García Blanco, en el *Diccionario Literario de Bompiani*, T. IV, Barcelona. Montaner y Simón, 1959, pp. 648-650.

5/ *Epistolario de Ricardo Palma*, ed., estudio preliminar y notes de Raúl Porras, Lima, Ed. Cultura Antártica, 1949, 2 tt.

6/ Cfr. mi trabajo, Menéndez Felayo y Riva-Agüero. A propósito de su epistolario, en "Boletín del Instituto Riva-Agüero", n° 3, Lima 1956-1957, pp. 9-59, y Luis Alberto Sánchez, *Cómo conocí a Riva-Agüero*, en "Nueva Corónica" n° 1, Lima, 1936, pp. 9-32.

7/ El tema ha producido ya dos amplios estudios; el citado de J. C. Chávez (Cfr. nota 2) y el de Manuel García Blanco, *América y Un muño*, Madrid, Gredos, 1964, (en adelante: GBA. y U.).

8/ Entre ellos la *Historia de México* del P. Clavijero, el jesuita desterrado como nuestro paisano Viscardo.

9/ El tema del viaje a estas tierras es recurrente en las cartas. (Cfr. las que llevan los números 16, 17, 20, 21, 22 y 23).

10/ "Lo que saldrá de la comunicación literaria entre las repúblicas americanas y España es el español, del que es base el castellano" (carta a Rubén GBA.yU., pp. 26-27).

11/ Los comentarios críticos sobre la poesía de Chocano y el primer libro de F. García Calderón aparecen en la revista *La Lectura*, de Madrid, de diciembre de 1901 y junio de 1905, respectivamente. Considera los primeros ensayos de Gaxxia Calderón como uno de los frutos primigenios de la obra de Rodó; un eco vivo, "con resonancias propias", del Ariel del maestro uruguayo.

12/ Cfr. Ch.U. y A., cap. XXXIX, pp. (295)-305, y la advertencia preliminar de Luis Alberto Sánchez a las *Obras Completas de Chocano*, Madrid, Ed. Aguilar, p. 25. Chocano suprimió ese prólogo de las siguientes ediciones de Alma América.

13/ Apax-ee la carta de Unamuno a López Albújar en la segunda edición de *Cuentos Andinos*. Lima

1924; Augusto Tamayo Vargas, *Literatura Peruana*, Lima, Universidad de San Marcos, (1965), t. II, pp. 732 y ss.

14/ Precisamente el día anterior ha escrito a Menéndez Pelayo {Cfr. mi art. citado en la nota 6}.
15/ Carta N^o 1, de Riva-Agüero a Unamuno, Lima, 25-IX-1905, párrafo 1?

El subrayado es nuestro. Publicamos el borrador de esta primera carta, con los añadidos, supresiones y enmendaduras de puño y letra de Riva-Agüero, tal como se conserva en el Instituto Riva-Agüero; la carta enviada a Salamanca no se encuentra, al parecer, en el Archivo de la Casa-Museo de Unamuno en esa ciudad.

En adelante, para todas las referencias al epistolario empleamos las siguientes abreviaturas: c. = carta; U = Unamuno; RA = Riva-Agüero; S = Salamanca; L = Lima; párr. (s). = párrafo (s).

16/ c. n^o 2, U. a RA., S., 10-XI-1905, párr. 22, 4?, 5? y 9?. El subrayado es nuestro.

Unamuno envía su primera carta a Riva-Agüero por intermedio de don Ricardo Palma. En carta del 10-XI-1905 repite los elogios a la tesis y adelanta los principales temas del comentario que prepara sobre ella y que pensaba publicar en *La Esfera* y luego apareció en *La Lectura* (Cfr. Ricardo Palma, *Epistolario*, t. II, p. 399).

17/ c. n^o 3, RA. a U., L., 27-XII-1905, párr 5?. Propongo esa fecha para esta carta, a pesar de que la copia de que dispongo dice 7-XI-1905, porque es respuesta a la anterior de Unamuno del 10-XI-1905.

18/ c. n^o 4, U. a RA., S., 7-V-1906, párr. 22.

19/ c. n^o 5, RA. a U., L., 29-VI-1906, párr. 6?.

20/ c. n^o 6, U. a RA., S., 9-XI-1906, párr. 1?.

El ensayo titulado *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*. A propósito de un libro peruano, aparece en efecto en "La Lectura", de Madrid número 69 y 70 de octubre y noviembre de 1906, pp. 1-15; y 113-126; luego en un tomo de *Ensayos de Unamuno*, ed. de la Residencia de Estudiantes de Madrid, 1918, pp. 97-156; posteriormente forma el n^o 703 de la *Colección Austral de Espasa Calpe*, Buenos Aires, 1947, que tiene varias ediciones; se reedita en las *Obras Completas de Unamuno*, de Afrodisio Aguado, Madrid, 1958, T. III, *Ensayos I*, pp. 1065-1104, de la que se hacen asimismo muchas ediciones. En el Perú se publica por vez primera en el T. I de las *Obras Completas de Riva-Agüero*, Lima, 1962, pp. 345-384. El extenso comentario crítico de don Miguel está fechado en Salamanca en noviembre de 1905.

21/ c. n^o 7, RA. a U., L., 15-XII-1906, párr. 3?.

22/ *Obras Completas de Riva-Agüero*, t. I, Lima, 1962, pp. 357-362. En adelante cito estas *Obras Completas* con la abreviatura: RA.O.C.

23/ El tema del talante religioso de Unamuno lo estudian sagazmente, entre otros, Julián Marías en su *Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, España Calpe, 1943, Col. Austria n^o 991, cap. VII; José Luis L. Aranguren, en *Catolicismo y protestantismo como formas de existencias*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1952, III parte, cap. 1?; Armando Zubizarreta

en *Z.ThU* y Unamuno en su novela, Madrid, Taurus, 1960 (en adelante: Z.UN). y Charles Moeller, *Literatura del Siglo XX y Cristianismo*, Madrid, Grados, 1964, t. IV, 2^a parte, 5 caps.

Para comprender el diálogo entre Unamuno y Riva-Agüero, sobre todo en materia religiosa, es preciso tener constantemente presente la enorme distancia que los separa. Unamuno, irreductible a cualquier fácil encasillamiento, está escribiendo por esos años páginas fundamentales sobre estas cuestiones: *Mi religión y otros ensayos*, *Del sentimiento trágico de la vida*. AHÍ repite que su religión es "buscar la verdad en la vida, la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no ha de encontrarlas mientras viva" (*Verdad y vida*, Salamanca, febrero de 1908. Cfr. Miguel de Unamuno, *Ensayos*, Madrid, Ed. Aguilar, 7^a ed., Madrid, 1967, t. II pp. 377-384. En adelante: U.EE.). Riva-Agüero, por el contrario, insiste en que el peor estado de ánimo que cabe imaginarse es la contradicción consigo mismo (Cfr. c. n^o 10, RA. a U., L., 14-V-1907, 6^a párr.).

24/ RA.O.C., t. I, p. 364.

25/ *Ibid.*, p. 366.

26/ *Success among Nations*, Londres, 1904.

27/ Riva Agüero formula en 1905 algunas reservas a un supuesto vago idealismo rodoneano porque puede apartar a los países hispanoamericanos de la formación de una vigorosa burguesía que garantice la independencia de nuestros pueblos. Pero esas reservas pronto se disipan. Rodó leyó sin duda el ensayo de Unamuno y tal vez por intermedio de F. García Calderón solicitó el libro de Riva-Agüero, que éste le envió de inmediato con otros escritos suyos y una carta muy cordial. En su respuesta desde Montevideo, del 1^o de mayo de 1909, le dice Rodó: "... Celebro, sobre todo, la orientación seria y meditativa de su espíritu, siempre preocupado de altas ideas. Por ese rumbo haremos obra duradera y fecunda en América, reaccionando contra vanas frivolidades y afectaciones. La literatura americana ha de inspirarse en un ideal constructivo, de afirmación, de energía, de esperanza. De lo contrario no será más que expresión ineficaz de unos cuantos espíritus desorbitados. Me complace que el tiempo le aproxime a U, a mí, en ideas, desde que por primera vez me .eyó. Tanto más lógico me parece esto cuanto que si U. vuelve a leer las páginas de 'Ariel' ha de reconocer que allí no se predica un esteticismo aéreo y desvinculado de las realidades de la vida, sino que ia más íntima esencia de su prédica es un ideal de armónica y total expansión de las fuerzas que integran la personalidad y la sociedad humanas. Ningún concepto de la vida que se base en el desenvolvimiento de una energía, de una facultad, á expensas de las otras, es natural ni verdadero: tal creo que sea la idea-madre de mi 'Ariel'... El Industrialismo —U. ha llegado a reconocerlo— tiene la falsedad de sus límites, de sus negaciones. Es falso como todo lo exclusivo, como todo lo que importa una mutilación o de-

formación de la personalidad humana en beneficio de un órgano determinado. Tiene, además, los peligros y la fealdad que nacen de la inferioridad del género de energías que prefiere y consagra: energías tan indispensables y preciosas si se las considera dentro del conjunto orgánico de todas, como insuficientes y mezquinas si se las considera aisladas y teniendo en sí mismas su fin. Dentro de estas ideas hemos de marchar de acuerdo en lo fundamental, aunque persistan entre nosotros las diferencias de matices que siempre existen, y deben existir, entre lo que piensan dos personas, dos conciencias distintas..." (Archivo del Instituto Riva-Agüero, Lima).

Sobre la significación de Rodó en la generación del novecientos Cfr. Mario Benedetti, *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Bs As. Eudeba, 1966. 28/ *La Literatura Peruana*, Lima, 1965, t. III, p. 1145.

29/ Estudio preliminar a los Paisajes Peruanos de Riva-Agüero, RA.O.C., t. IX, p. XIV.

30/ En 1962, cuando preparé las notas para la 2ª ed. del *Carácter de la Literatura...* leí en el Archivo del Instituto Riva-Agüero el borrador de la carta a García Calderón que ahora, hasta el momento de entregar este trabajo para su publicación, no se reencuentra para la ordenación del epistolario. (Cfr. RA.O.C., t. I, pp. 56-57 y 345). Ella proporciona otros datos sobre la actitud de Riva-Agüero ante el ensayo crítico de Unamuno, que complementan los de su carta del 24 de diciembre de 1906, la nª 8 del conjunto que publicamos ahora.

31/ c. nª 9, U. a RA., S., 5-II-1907.

32/ Riva-Agüero no colaboró especialmente en el número extraordinario del *Mercurio Peruano*, en 1921, de homenaje a Javier Prado con motivo de su muerte. En 1936 Riva-Agüero apoyó la candidatura de Manuel Vicente Villarón frente a la de Jorge Prado. Y en 1939, en que fue candidato Manuel Prado, sus simpatías fueron para su contendor, José Quesada; aunque en el momento de las elecciones no se encontraba en el Perú.

33/ Sobre la crisis de 1897 cfr. *Z.ThU.*, pp. 11-151.

34/ *Ibidem.*

35/ Discurso en el Colegio de la Recoleta, del 24 de setiembre de 1932, aun no recogido en sus *Obras Completas*. Cfr. *Opúsculos*, t. I, Lima, 1937, pp. 373 - 378. Volveremos sobre este texto de 1932 en el que explica Riva-Agüero su "proceso mental".

36/ Sobre el tema el libro más amplio es el de Hugo García Salvatecci, *El pensamiento de González Prada*, Lima, Ed. Arica, (1973); anterior es el de Eugenio Chang-Rodríguez, *La Literatura política de González Prada*, Mariátegui y Haya de la Torre, México, Ed. Andrea, 1957; y más reciente el de Bruno Podestá, *Pensamiento político de González Prada*, Lima, INC, 1975.

Con la confesada ambición de "decir la palabra definitiva", Luis Alberto Sánchez, luego de su biografía de Don Manuel y de los numerosos ensayos que ha dedicado al tema, publica *Mito y realidad*

de González Prada, Lima, P.L. Villanueva Ed. 1976, y anuncia otro volumen ya concluido que llevará el título de *Nuestras vidas son los ríos... En Mito y realidad...* Sánchez hace algunas rectificaciones. La de la fecha del nacimiento de Prada, por ejemplo: 1844, como afirma Palma en un folleto polémico de 1912. Destaca los contrastes y paradojas en la vida y la obra de Prada. Podría decirse que a la luz de los nuevos estudios, este breve libro de Sánchez anuncia su nueva versión definitiva de González Prada.

37/ RA.O.C., t. I, pp. 351 y 359. El ensayo *Verdad y Vida* se recoge en U.E.E., t. II, pp. 377 - 384. El año 1905, en su ensayo *Los naturales y los espirituales* (U.E.E., t. I, pp. 637 - 656) Unamuno desarrolla un extenso diálogo de tono modernista.

38/ c. nª 5, RA. a U., L., 29-VI-1906, 2ª párr.

39/ c. nª 7, RA. a U., L., 15-XII-1906, párrs. 6ª a 9ª Las cuatro siguientes citas son de esta misma carta; en las notas remito directamente al párr.

40/ Párr. 10ª

El descarnado juicio de Riva-Agüero en 1906 tenía sus explicaciones. El pensamiento católico pasaba por una etapa de franca decadencia. Bartolomé Herrera no había tenido condignos continuadores, a excepción de Mons. Manuel Tovar (Cfr. el artículo de Jorge Basadre citado en la nota 153).

La disidencia religiosa que se produce en los jóvenes del 98 se debió, según el P. Oromí, no a la corrupción de las costumbres eclesiales, sino a la indigencia intelectual del catolicismo de esos años, al testimonio de una religión decadente, virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar" (Cfr. Laim Entralgo, *La generación del 98*. Col. Austral, Madrid, 6ª ed., 1967, p. 63). *Mutatis mutandis* ese era también el panorama peruano frente al cual afirman su escepticismo religioso o su claro anticlericalismo los jóvenes universitarios hasta bien avanzada la primera década del siglo XX.

41/ Párr. 13ª

En el programa radicu de Riva-Agüero en 1906 una de las principales reivindicaciones era el matrimonio civil. Un cuarto de siglo más tarde la promulgación de la ley del divorcio sería precisamente la causa de su renuncia a la jefatura del Gabinete en el gobierno del Gral. Benavides.

42/ Párr. 15ª Todo este fragmento de la carta con la exaltación de la personalidad de Calvino por su "incontrastable voluntad" y por "la unidad soberbia de su vida y de su obra" delata la proximidad ideológica de Riva-Agüero al momento modernista de Unamuno, pero al mismo tiempo la distancia de sus templos religiosos, hechos de angustia en uno, de certidumbre en el otro.

43/ *Ibidem*, parte final. Este fragmento es sin duda el más cercano de Riva-Agüero al modernismo, en su vertiente liberal protestante. Desde este punto emprendería su camino de retorno.

44/ Francisco García Calderón, *Le Pérou Contemporain*. Tomo la cita de la antología *En torno del*

Perú y América, Lima, Ed. Mejía Baca 1954, p. 122 y ss.

La correspondencia de Riva-Agüero con Francisco García Calderón es por entonces nutrida. Por la lectura de alguna de esas cartas he comprobado que Riva-Agüero solicita a su amigo que le envíe desde París las principales novedades, entre ellas los libros de Bergson que Unamuno le recomienda. 45/ c. n? 9, U. a RA., S., 5-II-1907, párr 2?. El subrayado es nuestro. Entre el racionalista y el místico cristiano el diálogo es imposible, le dice Unamuno a su radical y vehemente interlocutor. Pero casi de inmediato, en la carta siguiente, del mes de mayo, Riva-Agüero revela una nueva actitud, más profundamente religiosa, que permitirá la reanudación del diálogo.

El ensayo Verdad y Vida (Cfr. notas 23 y 37) de 1908, es seguramente el artículo que Unamuno promete en esta carta.

46/ Manuel González Prada, Anarquía, Santiago de Chile, 1936, p. 24.

Los textos que Sánchez reúne en este volumen pertenecen al período 1904-1909. La datación de los textos reunidos en los nueve volúmenes de prosa de González Prada hasta ahora publicados está en un apéndice del citado libro de García Salvatecci, pp. 287 - 290. Para un conocimiento más preciso del proceso mental de González Prada y para una edición definitiva de sus Obras Completas, haría falta una reordenación cronológica de todos sus escritos. No hay que olvidar que González Prada sólo publicó en vida dos libros de prosa, Páginas libres (1894) y Horas de lucha (1908) y tres de poesía; todo lo demás, recopilación de publicaciones periodísticas o inéditos, es de edición postuma.

47/ El subrayado es nuestro. Los tres anteriores de este párrafo aparecen en las cartas.

48/ c. n? 10, RA. U., L., 14-V-1907, párrafos 6?, 7? y 8?.

El artículo sobre Ibsen al que Riva-Agüero se refiere, es sin duda el titulado Ibsen y Kierkegaard, fechado en Salamanca, en marzo de 1907, que reproduce un periódico de Lima por abril o en la primera quincena de mayo. El artículo formará luego parte de Mi religión y otros ensayos (1907), (Cfr. U.EE., t. II, pp. 415-421).

El nombre de Kierkegaard pasó tal vez inadvertido a Riva-Agüero, pero Unamuno empezaba el ensayo de 1907 con estas reveladoras palabras: "El nombre de Ibsen suscita en mí desde luego el nombre, entre nosotros casi desconocido, del espíritu humano que más hondamente influyó en el suyo, el de Soren Kierkegaard, alma congijosa que acuñó con su sello ardiente a toda la juventud espiritual de la Dinamarca y la Noruega de mediados del siglo pasado. Fue el crítico de Ibsen, Brandes, quien me llevó a conocer a Kierkegaard, y si empecé a aprender el danés traduciendo antes que otra cosa el Brand ibseniano, han sido las obras de Kierkegaard, su padre espiritual, las que sobre todo me han hecho felicitar me de haberlo

aprendido" (p. 415).

49/ Carta de Unamuno a Alfonso Reyes, 2-VI-1917. (Cfr. GBJV.yU., p. 131).

50/ En la carta sólo aparece subrayada la palabra orientaciones.

51/ c. n? 11, RA. a U., Lm 10-VI-1907, párr. 1?. El subrayado aparece también en el original.

En el ensayo dedicado a Unamuno que forma parte de su libro La filosofía española actual, (Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1948, pp. 23-71), Julián Mariñas hace muy sagaces esclarecimientos sobre el sentido de los géneros literarios en la obra de aquel.

Unamuno, estimulará a Riva-Agüero para que aborde los géneros de creación como la poesía o la novela. La obra de Riva-Agüero alcanza vibración poética en un género también caro a Unamuno: la descripción del paisaje. Cfr. Paisajes Peruanos, (RA.O.C., t. IX, Lima, 1969), uno de los momentos más altos de la prosa literaria peruana en el siglo XX.

52/ c. n? 12, U. a RA., S., 26-VII-1907. La primera transcripción es del párr. 1?; ésta 2? de los párrs. 4? a 7?.

Auguste Sabatier (1839-1901), a quien cita García Calderón en Le Pérou Conteiaporaisi, pertenece al movimiento del protestantismo liberal paralelo al modernismo católico. Su filosofía de la religión, inspirada en el esfuerzo de volver a interiorizar el fenómeno de la fe tenía que serle simpática a Unamuno. Además del Esquisse, Sabatier es autor de Religión et Culture moderne (1897), Les Religions d'Autorite et la Religión de l'Esprit et La Doctrine de l'Expiation, ambas de 1903. La obra próxima a que Unamuno se refiere es, sin duda, Del sentimiento trágico de la vida, su libro capital. Con Nietzsche, Dilthey, Ibsen, Bergson, ha remontado el racionalismo científico; se afirman las raíces vitalistas e irracionales de su filosofía.

53/ c. n? 13, RA. a U., L., 7-XI-1907, párr. 4?. Probablemente estas son las páginas más confidenciales de un Riva-Agüero casi siempre celoso de su intimidad.

54/ c. n? 16, RA. a U., L., 6-XII-1909, párrs. 7?, 8? y 9?. Los subrayados son nuestros: Las últimas palabras parecen revelar el contagio del "querer creer" unamuniano.

55/ c. n? 17, U. a RA., S., 10-I-1910, párrs. 6?, 7? y 8?. El subrayado es nuestro.

56/ c. n? 18, RA. a U., L., 12-I-1911, párrs. 2? y 4?. El subrayado es nuestro. El tema de la muerte y del sentido heroico de la vida, aparece repetido en estas cartas y permite detectar los más remotos antecedentes —junto con su admiración por D'Annunzio— de su adhesión posterior al fascismo italiano. (Cfr. nota 72).

57/ c. n? 19, U. a RA., S., 6-III-1911, párr. 1?. El subrayado es nuestro.

58/ c. n? 20, RA. a U., L., 21-VIII-1911, párr. 3?.

59/ c. n? 22, RA. a U., M., 20-V-1914, párr. 3?.

60/ Del sentimiento trágico de la vida. U.EE., t. II, p. 826.

61/ Z.ThU., sobre todo el ensayo titulado *La inserción de Unamuno en el cristianismo: 1897*, pp. 111 y ss.

62/ BA.J98; Rafael Pérez de la Dehesa, *El primer Unamuno*, Madrid, Ciencia Nueva 1966; Elías Díaz, *Unamuno: pensamiento político*, Madrid, 1965, textos, y *Socialismo y marxismo en el primer Unamuno; intento frustrado*, en "Cuadernos para el Diálogo", Madrid, n.º 41, febrero de 1967.

63/ c. de U. a Pedro Múgica, del 22-V-1895, Cfr. BA.J98, p. 67.

64/ c. de U. a Clarín, del 31-V-1895, *Ibid.*, p. 68.
65/ Pedro Laín Entralgo, *La generación del 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1967, Col. Austral n.º 784, 6.ª ed., p. 231 y pp. 233 y ss.

66/ Z.UN, p. 32. Zubizarreta ha explicitado hasta sus últimas consecuencias y con formidable alarde erudito una intuición de Marías sobre el sentido de la novela en Unamuno (Genio y figura de don Miguel de Unamuno, v. supra notas 23 y 51), con el propósito especial de rectificar las interpretaciones de Sánchez Barbudo y Coraminas, producto de un conocimiento insuficiente de las crisis de Unamuno en 1897 y en 1924 - 1925.

67/ Francisco García Calderón, *Hombres e ideas de nuestro tiempo*, Valencia, 1907, p. 202. Es una concepción hecha de optimismo, de espíritu de tolerancia, de rechazo de todos los sectarismos, la que García Calderón considera característica de esa generación hispanoamericana.

68/ Estudio con más detalle el tema en mi ensayo *Belaunde y la aparición política de la generación del novecientos* (en prensa).

69/ c. n.º 7, RA. a U., 15-XII-1906, párr. 6.º.

A Riva-Agüero no parecen seducirle nunca las utopías socialistas contra las que se previene en su carta de 1906 muy claramente. Y en 1919, aprovecha la reseña crítica del libro del poeta uruguayo Julio Raúl Mendilaharsu, *La Cisterna*, para pronunciarse por extenso, cercana la revolución rusa, contra casi todas las tendencias diversas que bajo el rótulo de socialismo se acomodan (Cfr. RA.O.C., t. III, p. 141).

70/ *Ibid.*, párrs. 8.º y 9.º.

71/ c. n.º 14, RA. a U., L., 25-V-1908, párr. 3.º.

72/ c. n.º 16, RA. a U., L., 6-XII-1909, párr. 2.º. El subrayado es nuestro.

Vuelve Riva-Agüero sobre el sentido heroico y marcial de la vida, ingrediente importante en su posterior ideología política. (V. Supra nota 56). Francisco Ferrer (1859- 1909), destacado anarquista catalán, había fundado en 1901, con el apoyo de Anselmo Lorenzo, la Escuela Moderna, dedicada a impartir enseñanzas ácratas que superasen los viejos esquemas de propaganda por el hecho y que preparan los movimientos anarco-sindicalistas. Su ejecución en 1909, después del proceso de Montjuich, produjo enorme resonancia internacional. Con la "semana sangrienta" de Barcelona, desencadenada por las protestas ante el envío de tropas a Marruecos, el caso Ferrer configura la llamada "crisis de 1909", el fin del trienio conservador de Maura y el

inicio del trienio liberal de Canalejas, que en 1912 morirá a manos de otro anarquista. En todo caso, se presentan las grandes grietas del sistema de la restauración de Cánovas.

Paralelamente, el año 1909 es en el Perú el de la primera crisis de la "república aristocrática", provocada por el personalismo de Leguía y la persecución a los pierolistas después de la intentona de mayo. Precisamente un artículo en *El Comercio* reclamando la amnistía para los demócratas, convierte a Riva-Agüero en joven caudillo político, que sólo cuatro años más tarde después de su primer viaje a Europa, fundará su partido.

73/ c. n.º 17, U. a RA., S., 10-I-1910, párr. 2.º. El último subrayado es nuestro.

74/ c. n.º 17, U. a RA. a U., L., 12-I-1911.

Es la política internacional y la conducción de las cuestiones con Chile y con Ecuador, lo que está en la génesis del antileguísmo de Riva-Agüero y de quienes formarán el Partido Nacional Democrático.

75/ c. n.º 19, U. a RA., S., 7-III-1911, párrs. 5.º y 6.º.

76/ c. n.º 20, RA. a U., L., 21-VIII-1911, párr. 2.º.

77/ *Ibid.*, párr. 3.º.

Riva-Agüero publica en *El Comercio* de Lima, el 12 de setiembre de 1911, el artículo titulado *La amnistía y el gobierno*, inicio de una carrera política deliberadamente interrumpido por su viaje a Europa. Decía allí, refiriéndose a los desaciertos internacionales de Leguía y al frustrado golpe de mayo de 1909: "El más extremado conservadurismo, el autoritarismo más rígido y férreo, tienen que reconocer en determinados casos, so pena de incurrir en tremendo absurdo, la legitimidad de la insurrección, equivalente en lo social a la defensa propia del individuo. Recursos peligrosos y dolorosos, ocasionados a los grandes males, como todos los violentos y extremos, las revoluciones, de que tanto se ha abusado en América Latina, son sin embargo legítimas y necesarias en excepcionales momentos, si no se quiere entregar sin defensa los países al ciego arbitrio y al capricho despótico de sus gobernantes de ocasión... ¿Qué persona leal y honrada negará que la de 1909, si hubiera tenido buen éxito, habría aprovechado al Perú tanto o más que la de 1895?" (RA.O.C., t. XI, pp. 12-13). El artículo produjo desde luego la inmediata prisión de su autor, excarcelado por la enardecida demanda de la juventud universitaria que salió a las calles. Los disturbios produjeron un muerto, la renuncia de un ministro y un voto político en las Cámaras. Al poco tiempo los demócratas fueron puestos en libertad. Riva-Agüero no quiso capitalizar personalmente las jornadas de setiembre de 1911. (Cfr. Venturá García Calderón, *Nosotros*, París, Gamier Hnos., 1946; y mi trabajo en prensa *Belaunde y la aparición política de la generación del novecientos*).

78/ c. n.º 21, U. a RA., S., 25-IV-1912, párr. 5.º. Es la última carta de Unamuno; la correspondencia, interrumpido por ocho meses, se ha reanudado

por el episodio de Palma y Prada en la Biblioteca Nacional.

79/ c. de U. a Ricardo Palma, S., 10-IV-1904, Epistolario de Ricardo Palma, t. II, pp. 393 - 400.

80/ U.EE., t. II, p. 605.

81/ c. n° 1, párr. 1°. Y Unamuno envía a Riva-Agüero su primera respuesta epistolar por intermedio de don Ricardo (Cfr. notas 16 y 79).

82/ c. n° 17, U. a RA., S., 10-I-1910, párr. 9°.

83/ c. n° 20, RA. a U., L., 21-VIII-1911, párr. 1°.

84/ c. n° 21, U. a RA., S., 25-IV-1912, párr. 1°. El subrayado es nuestro.

Palma había adelantado en una carta de 1905 a Unamuno los motivos del distanciamiento: "González Prada (radical) y yo (liberal) vivimos alejados y sin cambiar saludo desde 1890. En un discurso lanzó esta frase de adulación para los jóvenes inquietos: 'Los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra'. Yo, que aun tenía nervios irritables y sangre fosfórica, pues peinaba 57 febreros, refuté su frase en un artículo al que don Manuel no quiso contestar, encomendando a la jauría de sus devotos alborotadores que se me arrojasen a la cara. Hoy González Prada se aproxima a los 60 diciembres y no sé si aun sostendrá su aforismo".

Palma incurre aquí en imprecisiones. Los primeros ataques de Prada, indirectos, son de 1886 y 1887 (Cfr. Podestá, *El pensamiento político...*, p. 40 y ss.). Sánchez cree que las raíces de la enemistad hay que buscarlas en la vinculación de Palma (y Piérola) con el régimen de Balta y la vinculación de González Prada con el de Echenique, de cuyo gobierno su padre fue vice Presidente; es dedique los orígenes del enfrentamiento no son literarios sino políticos (Cfr. Mito y realidad..., p. 21-30). El mismo Sánchez dirá que los actuales estudios de Prada, como el mexicano Leopoldo Zea, lo comprenden mejor que Unamuno, Riva-Agüero y el mismo Mariátegui (Cfr. *La Literatura Peruana*, t. III, p. 1067).

85/ Ibidem. También Podestá, apoyándose en el tardío testimonio de Adriana Vernuil de González Prada (*Mi Manuel*, Lima, 1947) sostiene que Prada y Unamuno se conocieron en España (*El pensamiento político...*, p. 48).

Este juicio de don Miguel sobre Prada, a raíz del sonado enfrentamiento con Palma, resume todas las motivaciones de una antipatía antes equilibrada por el reconocimiento del estilo y del valor moral del panfletista, y testimonia muy expresivamente su contumaz apasionamiento.

86/ RA.O.C., t. II, p. 360.

87/ Ibid., pp. 463 y 464. Tales juicios forman parte del artículo *Movimiento Intelectual de 1910*, que se publica en el "Bulletin de la Bibliothéque Americaine" (*Amerique Latine*), París, diciembre de 1911, pp. 72 - 79.

88/ Ibid., p. 488. La recensión de *Exóticas* apareció en la "Revista de América", París, n° 1, junio-agosto de 1912 y en "Balnearios", n° 94, Barranco, 28 de julio de 1912, p. 2. Todo el artículo es muy revelador del momento espiritual que vive Riva-

Agüero. Busca en el mundo clásico una moral de disciplina y de energía; reprocha a Prada que, desoyendo a Nietzsche, pretenda constituirse en adversario radical del cristianismo sin afirmar al mismo tiempo un ideal de fuerza externa, de afirmación de voluntad y de dominio y disciplina de sí propio, de una cierta forma de ascetismo. Reivindica los valores morales de la civilización grecoromana olvidados por Prada: los que encarnan Esquilo y Sócrates, el estoico Epicteto, los emperadores filósofos Marco Aurelio y Juliano. El camino de retorno de Riva-Agüero a su fe religiosa pasa, pues, no sólo por las exigencias racionales o el testimonio de la historia, sino también, y acaso sobre todo, por un ideal ético, por una concepción esencialmente moral de la vida.

89/ Ibid., p.490. Este texto marca el ápice de su admiración por Prada. Siempre mantendrá el reconocimiento de sus calidades literarias. En 1935, en un escrito precisamente sobre Palma, lo llama "libelista vehemente y brillante"; y en un discurso sobre la literatura peruana pronunciado en Madrid en diciembre de 1939 habla de "las baladas y rondes de acrisolada belleza del parnasiano Manuel González Prada, tan fulgurante y metálico en su prosa como halagüeño y acariciador en el zumo precioso de sus versos de Minúsculas" (RA.G.C., t. II, pp. 433 y 598).

90/ Ibid., p. 480. En la inexplicable pérdida de tensión moral y en la inclinación al epicureísmo pagano de Prada, aunque sólo sea estético y literario, percibe Riva-Agüero la misma afectación censurable, la misma coquetería con la inmoralidad que "afeó los últimos años de la digna y laboriosa existencia de Renán" (Ibid., p. 491).

91/ Víctor Andrés Belaunde, González Prada, escritor de combate, en "Mercurio Peruano", n° 2, Lima, agosto de 1918, p. 65.

El breve artículo de Germán Leguía y Martínez titulado *Reminiscencias* (pp. 57-61 del citado número del "Mercurio Peruano") trae interesantes datos sobre la tertulia de don Manuel con sus discípulos radicales en la casa de Carlos Rey de Castro, en la esquina de Villegas y Pilitricas, en que se reunía "una treintena selecta de almas nuevas", que acude a escuchar y beber de los labios del maestro "el evangelio de la regeneración social, la oración dominical de la abnegación y del deber y el santo credo de la retaliación y del patriotismo" (Ibid., p. 58).

92/ De las *Obras Completas de Riva-Agüero* se han publicado los volúmenes I a VII, el IX y el XI.

93/ V. supra nota 1. Loayza concluye su seductor paralelo con una nota de paradoja e ironía. Supone que por haberse indignado ante la explotación y la injusticia de la sociedad peruana de su tiempo González Prada puede resultar a la postre más cercano a la caridad que el católico Riva-Agüero. Olvida los fragrantés prejuicios raciales de Prada, contra negros y orientales sobre todo; y no toma en cuenta las formas concretas y eficaces, aunque

no públicas siempre, de caridad, beneficencia y paternalismo con que Riva-Agüero expresó su fervorosa religiosidad en la etapa final de su vida.

94/ *Meditaciones Peruanas*, 2ª ed., Lima, 1963, p. 167. Los Ensayos sobre la realidad nacional que forman la tercera parte de este libro, se escriben en 1917 y 1918, antes de la muerte de González Prada; ocupan las páginas 131 a 217 de la ed. que citamos y contienen la primera réplica orgánica a los planteamientos de González Prada. En verdad Belaunde plantea allí el acceso a una identidad cultural por el mejor conocimiento de nuestro proceso histórico y sostiene que el lema debe ser "unificación por adentramiento". Es el mismo criticismo de Unamuno y su generación; don Miguel habla del "chapuzamiento".

95/ *Ibid.*, pp. 148 y ss.

Un interesante enfoque nuevo sobre el estilo de Prada lo proporciona Alessandro Martinengo en su artículo González Prada como prosista ("Eco", t. IV, 6, Bogotá, abril de 1963, pp. 601-623). Destaca allí la procedencia de sus metáforas de la cosmología positivista y su mérito de sortear la tentación del fácil esquematismo de esa escuela y, a despecho de sus vacilaciones teóricas, conservar la fe en el poder clarificador de la palabra "y en el valor iluminante de la imagen poética". Siguiendo los puntos de vista de Martinengo, Estuardo Nuñez plantea en su reciente ensayo *El estilo y la crítica en González Prada* ("Acta Herediana", vol. 5, n- 1, Lima, setiembre de 1974, pp. 516 y ss.) entre otros temas, precisamente los aciertos y las imitaciones de la crítica de Riva-Agüero a la obra de Prada.

96/: c. ni 3, RA. a U., L., 27-XII-1905, párrs. 2? y 3?. Los subrayados son nuestros.

97/ c. n? 7, RA. a U., L., 15-XII, párr. 10?.

98/ c. n? 13, RA. a U., L., 7-XI-1907, párr. 5?. Riva-Agüero siempre concedió gran importancia al voluntariado universitario para las maniobras militares y la posterior movilización en 1907 y 1910; él presidió la asamblea estudiantil que decidió espontáneamente la movilización y el acuartelamiento para la instrucción militar y las maniobras que se iniciaron en octubre de 1907 "con el ansia de propagar alguna mayor vibración de patriotismo y marcialidad". En 1941 dirá recordando estas jornadas de las que fue protagonista: "No faltaron, como era de suponer, resistencias que tachaban nuestro juvenil impulso patriótico de novelaría y extravagancia... A pesar de tales síntomas de inconsciente pacifismo el sentimiento patrio vibraba entonces con notoria intensidad" (Afirmación del Perú, t. II, pp. 245-246). En esa misma oportunidad declara que si en algún momento le ha tocado intervenir en un momento culminante de nuestra historia ese ha sido el de 1910, frente a la agudización del conflicto con el Ecuador, y en 1911 cuando "con una prisión de pocas horas, obtuve una amnistía encaminada sobre todo en mis propósitos a impedir la peligrosa tensión con Chile, que en beneficio de la misma cuestión del norte importaba

suavizar" (*Ibid.*, p. 247).

99/ c. n? 2, U. a RA., S., 10-XI-1905, párr. 7?.

100/ c. n? 6, U. a RA., S., 9-XI-1906, párr. 5?. Ya Unamuno se había pronunciado con entusiasmo ante el libro primigenio de García Calderón, *De Litteris*: "nada de sonajas ni de cascabeles arlequinescos... sino algo que tiene carne sobre hueso". Los ensayos de García Calderón sobre Clarín, Menéndez Pelayo, Altamira, Núñez de Arce, Chocano, Spencer, constituyen un eco vivo del Ariel de Rodó, pero "con resonancias propias". La reseña apareció en 1905 en "La Lectura" de Madrid, año V, t. 2, pp. 197-198, y se recoge en el t. VIII de las *Obras Completas* de Unamuno, ed. de A. Aguado, Madrid, 1958.

101/ c. n? 13, RA. a U., L., 7-XI-1907, párr. 3?.

102/ c. n? 15 U. a R.A.S. 28-V-1908, párrs. 3? y 5?. El tema de la falta de imaginación española e hispanoamericana lo trata también en su crítica a Pueblo enfermo de Alcides Arguedas. (Cfr. La imaginación en Cochabamba, U.E.E. t. II, pp. 1061-1069).

103/ c. ni 13, RA. a U., L., 7-XI-1907, párr. 2.

104/ c. n? 15, párr. 2?.

105/ Víctor Andrés Belaunde, *Trayectoria y destino*. *Memorias Completas*, Lima, 1967, t. I, pp. 312-313.

106/ *Ibid.*, t. II, p. 502. Más adelante Belaunde citará con frecuencia a Unamuno en sus ensayos filosóficos sobre Spinoza, Pascal, San Agustín y el existencialismo cristiano (Cfr. *Inquietud, seriedad y plenitud*, Lima, 1951).

107/ c. n? 14, RA. a U., L., 25-V-1908, párr. 5?.

108/ c. n? 12, 6-XII-1909, párr. 7?.

109/ c. n? 5, párr. 4? y 5?.

110/ c. n? 9, párr. 7?. Don Luis Ulloa y Cisneros, que vivirá larga temporada en España y se dedicará a investigaciones eruditas sobre temas colombinos, era uno de los discípulos radicales de González Prada. Sánchez lo presenta como periodista de combate de tendencias libertarias y como poeta de temas eróticos, de la primera promoción modernista (*La Literatura Peruana*, t. III, p. 1133; t. IV, p. 1256).

111/ c. n? 10, párrs. 2? y 3?.

112/ c. n? 14, párr. 1?.

113/ c. n? 7, párr. 16?. Riva-Agüero escribió a Menéndez Pelayo en 1905 y 1911, enviándole, como a Unamuno, sus libros de crítica literaria e histórica y recibió sendas respuestas. Cuando publiqué mi trabajo sobre este breve epistolario (v. supra nota 6) no había sido ubicada la primera respuesta de D. Marcelino en el Archivo del Instituto RivaAgüero, fechada en Santander el 21 de enero de 1906. Ahora sí disponemos de ella y contiene afirmaciones que interesa confrontar con el juicio de don Miguel sobre el ilustre montañés. En esa primera carta D. Marcelino le dice a Riva-Agüero que su trabajo es "sólido y ameno, demuestra buen gusto, discernimiento crítico, cultura bien asimilada, y condiciones de estilo que no son frecuentes en la primera juventud". Y añade algo

muy significativo para el tema de la carta de Unamuno: "Claro es que no en todos los juicios literarios convenimos, ni mucho menos en ciertas apreciaciones generales sobre puntos más graves que los de amena literatura. Pero nunca me han molestado las opiniones contrarias a las mías cuando son sinceramente profesadas y expuestas con el tacto y mesura que usted pone siempre en sus palabras" (el subrayado es nuestro). En los tomos correspondientes al Epistolario de las Obras Completas de Riva-Agüero aparecerá íntegra esta breve carta.

114/ c. n.º 9, U. a RA., S., 5-II-1907, párr. 3º. Poco antes, en su artículo titulado Sobre la erudición y la crítica (diciembre de 1905), refiriéndose a sus varios fallidos intentos de obtener la cátedra universitaria dice que el Tribunal que al fin le concedió la de lengua griega estaba "presidido por mi maestro, don Marcelino Manéñez Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados" (Cfr. U.E.E., t. I, p. 725).

115/ c. n.º 16, párr. 4º.

116/ c. n.º 17, párr. 3º. Con motivo de la visita de D. Rafael Altamira pronunciaría Riva-Agüero un hermoso discurso aun no recogido en sus 00. CC.

117/ c. n.º 21, párr. 3º, (v. supra nota 110).

118/ c. n.º 2, párr. 1º; c. n.º 3, párr.; c. n.º 8. Vicuña Subercasseaux era hijo de don Benjamín Vicuña Mackenna, destacado historiador chileno que por razones políticas se acogió a la hospitalidad peruana. Publicó aquí en 1860 un valioso opusculo sobre La revolución de la Independencia del Perú con importantes noticias de las conspiraciones patriotas en la época de Abascal y Pezuela. Pero luego Vicuña Mackenna fue uno de los más enconados enemigos del Perú durante la guerra del Pacífico. Se comprende que en esos días de recrudecimiento del conflicto con Chile la requisitoria de Unamuno contra Vicuña Subercasseaux aumentara el prestigio del maestro de Salamanca en los medios intelectuales limeños.

119/ c. n.º 9, párr. 8º; c. n.º 10, párr. 1º; c. n.º 13, párr. 1º y 2º.

120/ c. n.º 15, párr. 1º.

121/ c. n.º 4, párr. 4º.

122/ c. n.º 16, párr. 6º; c. n.º 17, párr. 5º.

123/ c. n.º 19, párr. 4º.

124/ c. n.º 20, párr. 4º.

125/ Ibid., párr. 5º. Las dos tesis de tema jurídico fueron Fundamentos de los interdictos posesorios (Lima, 1911, 57 pp.) y Concepto del Derecho (Lima, 1912, 114 pp.). Refiriéndose a esos apúsculos jurídicos, cuya doctrina excreó, diría en 1941: "Yo seguía entonces el voluntarismo germano de Puchta, combinado con el historicismo de Savigny" (Cfr. Afirmación del Peni, t. II, p. 247). Aunque fue Decano del Colegio de Abogados de Lima, probablemente no ejerció nunca su carrera de abogado.

126/ c. n.º 21, párr. 4º.

127/ La explicación de este silencio estaría en que las cartas de Riva-Agüero a Unamuno en 1911 son

de enero, marzo y del 21 de agosto. Su campaña política empieza con el artículo escrito el 9 de setiembre y publicado el 12 en "El Comercio" de Lima, que continuará, luego de ser liberado, con el banquete y el discurso en la Exposición y se prolonga el 27 de diciembre cuando en el mismo periódico publica otro artículo bajo el epígrafe de El Presidente en la Universidad de San Marcos, acaso más severo que el que provocó su prisión.

A la carta de agosto del 11 Unamuno contesta en abril del 12, para expresar su adhesión a Palma, despojando de la dirección de la Biblioteca Nacional. Riva-Agüero ya no escribirá a Salamanca sino desde Madrid, en mayo de 1914, anunciando su visita. Las gallardas jornadas de fines de 1911 han quedado atrás, pero serán el antecedente de la fundación del Partido Nacional Democrático en 1915 (V. supra nota 72).

128/ c. n.º 20, párr. 4º.

129/ Los extensos títulos de esas dos comunicaciones son: Descripción del Perú y de Lima a príncipos del Siglo XVII, compuesta por un judío portugués y dirigida a los Estados de Holanda; y Diego Mexía de Fernagil, poeta sevillano del siglo XVI avecinado en el Perú y la segunda parte de su "Parnaso Antartico" (Cfr. RA.OC, t. VI, pp. 73-118 y t. II pp. 107-163).

130/ c. n.º 22, pp. 1º. El subrayado es nuestro.

131/ Ibid., párr. 3º.

132/ Carta de Unamuno a Pedro Corominas del 15-XII-1899 (Cfr. Z.Th.U., p. 173). Suponemos que en este primer encuentro de 1914, seguramente de varios días, en Salamanca, debió consolidar la amistad epistolar de casi diez años; pero no hemos visto la libreta con las notas de viaje de Riva-Agüero, correspondiente a este año.

133/ c. n.º 23, párr. 1º y 2º.

134/ Luis Alberto Sánchez, Amauta: su proyección y sus circunstancias, en "Expreso" Lima 9 de noviembre de 1976, p. 11. En sus escritos de los últimos años Sánchez ha ido variando su valoración del novecientos desde la requisitoria de Balance y liquidación del novecientos (Santiago de Chile, Ercilla, 1914) reeditada con el nuevo título de ¿Tuvimos maestros en América Latina? (Buenos Aires, Raigal, 1956).

135/ c. de RA. a Sánchez, Roma, 28 de Junio de 1929 (Cfr. L. A. Sánchez, Cómo conocí a Riva-Agüero en "Nueva Corónica", órgano del Dpto. de Historia de la Universidad de San Marcos, r.º 1, Lima, 1963, pp. 9-32). Las cinco cartas que Sánchez publica son de las pocas que se conocen del largo periodo del destierro europeo de Riva-Agüero. Formula en ellas algunas reflexiones sobre la integración de los países latinoamericanos y España, tema que venía de Rodó y al que dio cierto tono dramático el desarrollo del imperalismo norteamericano al sur del Río Grande. Sánchez destaca en su artículo los puntos de contacto del nacionalismo histórico de Riva-Agüero con el latinoamericano de Haya de la Torre y formula conjeturas sobre el distinto rumbo que habría

tomado la política peruana de haberse producido —como él lo intentó— un entendimiento entre ambos personajes. La verdad es que por entonces el marxismo revisionista de Haya y el filofascismo de Riva-Agüero difícilmente hubieran podido conciliarse. En 1925 Haya de la Torre atacaba virulentamente a la generación del novecientos y su revista "Mercurio Peruano" (Cfr. Por la emancipación de América Latina, Obras Completas de Haya de la Torre, Lima, 1977, t. I, pp. 94-100).

136/ Diario de don José correspondiente al año 1920. Archivo del Instituto Riva-Agüero. Los subrayados son nuestros.

137/ En el cap. VII de La agonía del cristianismo, titulado Sobre el supuesto catolicismo social, destaca paradójicamente la agonía que supone el intento de conciliar o de disociar los conceptos y las realidades de civilización y cristianismo, para Unamuno, que luego arremeterá contra el socialismo, el catolicismo social es un invento jesuítico. A pesar de sus reiteradas protestas de simpatía y comprensión de Ignacio de Loyola, los ataques a los jesuitas se repiten constantemente por esos años; a ellos los considera responsables de la promulgación del dogma de la infabilidad papal en el Concilio Vaticano.

En verdad las tres grandes figuras del novecientos peruano —Riva-Agüero, García Calderón y Belaunde— definen en la década del 20 y por una intensa experiencia europea en largos años de exilio, su definitiva significación ideológica en el panorama peruano del siglo XX. García Calderón será el último gran humanista demoliberal hispanoamericano, testigo lúcido, elegante y escéptico de la experiencia europea entre las dos grandes guerras; Belaunde, el introductor de las corrientes renovadoras del social cristianismo y el precursor de la democracia cristiana en nuestra patria; Riva-Agüero la encarnación del reaccionarismo político. El libro de García Calderón Europa inquieta (Madrid, Mundo Latino, 1926) ilustra esta etapa de su trayectoria ideológica, sobre todo por los capítulos dedicados a Charles Maurras, Sorel, Le Bon, Bertrand Russel, Gandhi, Mussolini y el fascismo. Ese libro marca elocuentemente sus claras diferencias con el proceso que sigue Riva-Agüero.

138/ c. de Alfonso Reyes a U., Madrid. 20-V-1920. en GBA.yU., p. 138.

139/ Ibid., p. 137.

140/ c. n? 24.

141/ Ch.U. y A., p. 433 y ss. Reyes ha contado el episodio en Mis relaciones con Unamuno, "Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno", Salamanca, vol. VI.

142/ Trayectoria y destino, t. II. pp. 744.

143/ En efecto, en los nueve volúmenes de sus Obras Completas hasta ahora publicados las referencias a Unamuno son escasas y aparecen sólo en escritos anteriores a su segundo viaje a Europa.

144/ Discurso en el Colegio de la Recoleta, 24 de setiembre de 1932, publicado en los diarios de Lima y luego en Por la Verdad, la Tradición y la Patria,

(Opúsculos), t. I, Lima, 1937, pp. 376 y 377.

145/ RA.O.C., t. III, p. 348.

146/ "Mercurio Peruano" n? 47, Lima mayo de 1922, pp. 827-834; y n? 58, abril de 1923, pp. 591-593. En el primero comenta un artículo de Salvador de Madariaga en que califica a Unamuno de primera figura literaria de España. En el segundo, la traducción inglesa Del sentimiento trágico... con prólogo del mismo Madariaga y versión de John Gould Fletcher. Elmore se complace en el juicio de Fletcher: Unamuno es el más grande de los pensadores espiritualistas modernos. Antes ha dicho que representa en América la continuación del vitalismo espiritualista de Bergson.

147/ La influencia de John Mackay en el Perú, sobre todo en la década del 20, merecería un estudio. Mackay fue aquí el jefe de la Iglesia presbiteriana escocesa, director del Colegio Anglo Peruano (hoy San Andrés) y fundador de la Y.M.C.A. (Young Men's Christian Association). Elmore estuvo vinculado a Mackay, quien aparece como destacado redactor del "Mercurio Peruano" desde enero de 1919 y como tal figura hasta 1925; era de los que asistían a los campamentos de la Y.M.C.A. También Haya de la Torre, profesor del Anglo Peruano, recibe esa influencia. Mackay era en cierta medida unamuniano y así lo revela su libro The other Spanish Christ (London, Student Christian Movement Press, 1932). Basadre dedica algunas referencias a Mackay en la Historia de la República, 5? ed., t. IX; y recientemente también César Gutiérrez en un artículo sobre El Colegio San Andrés, en "Expreso", Lima, 12 de junio de 1977, p. 17.

148/ El hermano de la víctima, Teodoro Elmore Letts, publicó un breve folleto con Algunos documentos relacionados con el asesinato de Edwin Elmore, Lima, Sanmartí y Cia. Impresores, (1925), 23 pp. y Chocano por su parte El libro del proceso, Lima, 1931. Sánchez se refiere a estos hechos en varias páginas de La Literatura Peruana, tt. IV y V y en Aladino. Vida y obra de José Santos Chocano, México, 1960.

149/ "Mercurio Peruano", n? 89 - 90. Lima, noviembre-diciembre de 1925. La nómina de los colaboradores es por sí sola muy significativa: Mackay y León Bueno representaban dos vertientes cristianas distintas; más tarde León Bueno fundaría la A. S. J. (Asociación Cristiana de la Juventud) para contrarrestar los efectos proselitistas de la protestante Y.M.C.A.; Mariátegui en un sentido homenaje expresa sus matices diferenciales frente a Elmore; Marinello, con quien éste había hecho amistad, y que acaba de morir, será luego figura destacada del partido comunista cubano. Aunque no aparezca en este homenaje, Sánchez, más tarde aprista, estaba solidarizado con la actitud de Elmore.

150/ Algunos documentos relacionados..., p. 13.

151/ "Mercurio Peruano", n? 91, Lima, enero de 1926, pp. 1-2.

152/ En la hoja "La Hoguera" que Chocano dirigía desde la prisión y en la cual colaboraron

Aguirre Morales, Humberto del Aguila, José Chioino y otros escritores.

153/ Jorge Basadre en su reciente ensayo titulado **Para la historia de las ideas en el Perú: Un esquema histórico sobre el catolicismo ultramontano, liberal y social y el democratismo cristiano** (cfr. "Scientia et Praxis", n° 11, Lima, noviembre de 1976, pp. 53 - 65) ofrece datos y apreciaciones interesantes sobre el tema que aquí tratamos, ampliatorios de los que presenta en su **Historia de la República del Perú**. Este último esquema resulta sin embargo en exceso panorámico y sucinto por lo que se refiere al pensamiento político del catolicismo peruano en las últimas décadas.

En efecto, entre los planteamientos socialcristianos de Víctor Andrés Belaunde en 1930 y la **Teología de la liberación** de 1971, habría que añadir muchos otros nombres de personas, instituciones y publicaciones. Así por ejemplo, además de la A.S.J., el **Centro de la Juventud Católica** del P. Manuel Abreu S.J., los centros Fides, de Lima, y **Labor**, del Callao, la **Asociación de Escritores y Artistas Católicos**, también promovida por V.A. Belaunde; lo que significó el I Congreso Eucarístico Nacional de 1935 en la articulación de nuevos cuadros de dirigentes católicos seglares y el establecimiento de la Acción Católica con sus ramas especializadas, sobre todo la **UNEC** (para los universitarios) y el posterior **Movimiento Familiar Cristiano**; el hito importante del I Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos, celebrado en Lima a fines de 1939 y vinculado al movimiento de **Pax Romana**; la obra de hombres como César Arróspide de la Flor, José Dammert Bellido, Gerardo Alarco, Enrique Cipriani, los hermanos Alaya, los hermanos Pareja Paz Soldán y tantos otros, varios de los cuales se hacen sacerdotes y algunos llegan al episcopado; la Universidad Católica a la que llega la reactualización del tomismo con hombres como Mons. Lituma y Alberto Wagner de Reyna y la **notoria** influencia de Jacques Maritain en Mario Alzamora Valdez y otros destacados profesores; grupos políticos que surgen en esos mismos claustros como la **Legión Peruana**, que lideró Raúl Perrero y **Nueva Guardia** de tendencia distinta o el propio grupo tradicionalista cuya **figura** más destacada sería Pedro Benvenuto Murrieta, a los cuales trata de unificar precisamente Riva-Agüero, sin éxito, en los años finales de su vida; el ejemplo cívico y el magisterio de José Luis Bustamante y Rivero; los movimientos de reflexión y militancia política de inspiración cristiana que confluyen, desde Arequipa y Lima sobre todo, en la formación del Partido Demócrata Cristiano; la significación de hombres como Héctor Cornejo Chávez, Luis Bedoya Reyes, Mario Polar, Javier de Belaunde, en esa conducción política; y luego los movimientos proféticos pre y postconciliares, etc. Sin referirnos, por cierto, a las diversas instituciones y obras católicas que no han **tenido** un propósito corporativo que pudiera significar la afirmación de una determinada ideología política. El artículo de Basadre ilustra, en cambio, con

más pormenores, sobre el ambiente intelectual católico de fines del siglo pasado y comienzos del presente, ayuno de personalidades que pudieran atraer el entusiasmo de la juventud, absorta entonces en la brillante y efectista retórica de Prada. No puede negarse que resultaron totalmente insuficientes las Páginas razonables (1895) con que el padre F.B. González quiso contestar **las Pajinas libres** de Prada (1894). Aunque sería interesante investigar en otras publicaciones ultramontanas como **El hogar cristiano** (1908-1913) de Rodrigo Nicolás Herrera.

154/ "Amauta", n° 1, Lima, setiembre de 1926, pp. 28 y 29.

155/ *Ibid.*, pp. 33 - 34. Este **texto** ilustra muy elocuentemente sobre el "marxismo abierto" de Mariátegui.

156/ *Ibid.*, n° 2, Lima, octubre de 1926, p. 16.

157/ *Ibid.*, n° 3, noviembre de 1926, p. 5.

158/ *Ibid.*, n° 5, enero de 1927, pp. 1 y 2.

159/ *Ibid.*, n° 11, enero de 1928, pp. 22 - 24.

160/ *Ibid.*, n° 13, marzo de 1928, pp. 16-18.

161/ *Ibid.*, n° 18, octubre de 1928, pp. 7-8.

162/ *Ibid.*, n° 22, abril de 1929, p. 32.

163/ *Ibid.*, n° 24, junio de 1929, pp. 79 - 80.

164/ *Ibid.*, n° 25, julio-agosto de 1929, pp. 91-92.

165/ La actualidad de Pascal, "Mercurio Peruano", n° 141-143, Lima, mayo-julio de 1930, p. 294.

166/ En **El Cristo de la fe y los Cristos literarios** (Lima, 1935), Belaunde recuerda a Unamuno precisamente cuando estudia las negaciones de Lutero y los modernistas.

En **Bolívar and the political thought of the Hispanic American Revolution** (Baltimore, 1938; Madrid, 1959), siguiendo a Unamuno destaca el quijotismo de Bolívar, las raíces hispánicas de su genio. En **Inquietud, serenidad, plenitud** (Lima, 1951) hace reflexiones sobre la "filosofía de la inquietud" desde Heráclito a **Unamuno**; los orígenes pascalianos de la agonía de don Miguel; y la "congoja" de Unamuno y "la religación" de Zubiri como formas hispánicas del existencialismo cristiano.

167/ Miguel de Unamuno, **Tres novelas ejemplares y un prólogo**, Bs. As., Espasa Calpe, Colección Austral n° 70, 1- ed., 1939. La más conocida de esas tres breves novelas, **Nada** menos que **todo un hombre** está fechada en Salamanca en 1916.

168/ Mariano Ibérico, **La unidad dividida**, Lima, 1932.

169/ El interesante comentario a **La agonía del cristianismo** se recoge más tarde, como hemos dicho, en **Defensa del marxismo** (Lima, Biblioteca Amauta, 1959), pero hay otros textos en Amauta y en otros libros de Mariátegui reveladores de esa presencia.

170/ **Unamuno, Ortega y Zubiri, tres vertientes del alma española**, ensayo recogido en el libro **Figuras y motivos de filosofía** contemporánea, Lima, 1960.

171/ Los ya citados **Tras las huellas de Unamuno y Unamuno en su nivola**, ambos de Madrid, Ed. Taurus, 1960.

EPISTOLARIO UNAMUNO-RIVA-AGÜERO

i

[Borrador de la primera carta de Riva-Agüero a Unamuno

.Archivo del Instituto Riva-Agüero, Lima.]

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Lima, 25 de septiembre de 1905

Señor:

Por medio [tachado] (Me tomo la liber) Me atrevo a enviar a Vd. un folleto, que es el primer ensayo de un estudiante, porque sé con cuanto interés sigue Vd. el movimiento (intelectual) de la juventud hispano-americana, hasta en sus menores manifestaciones. No merece en verdad una tesis universitaria como la mía, el alto honor de la presentación ante Vd.; pero he accedido, aunque no sin alguna vacilación, al bondadoso ofrecimiento que de remitirla a Vd. me (ha hecho) hace (un) mi ilustre amigo el señor Ricardo Palma, (por una un motivo) en vista de una circunstancia especial, que me parece disculpa suficiente para mi audacia. Dos autores peninsulares han sido (los inspirad) los que han inspirado (mis) las páginas que va Vd. a leer: Menéndez Pelayo la parte propiamente histórica, y Vd. (el rodo) el primer capítulo y (las conclusiones) todas las conclusiones. Al ofrecerle (mi modesto) este modesto trabajo, cumplo, pues, con una deuda de gratitud. En el bosque-/quejo que hago del carácter español, sigo paso a paso el plan, las ideas y las reflexiones de Vd. en su libro *En torno al casticismo*.

Yo no sé si las consecuencias que de mi estudio deduzco, y que expreso al fin de él, (son o no exager) parecerán o no exactas en España. Puede que tal vez se halle en ellas cierta exageración muy juvenil. (En todo caso, conviene advertir que) Aquí en el Perú, (luchamos (los jóvenes) contra iguales obstáculos y miserias q) existen las mismas miserias y los mismos obstáculos que en la madre Patria; y no creo equivocarme cuando afirmo que a veces se dibujan en nuestro horizonte amenazas tremendas (y des) y signos desconsoladores. En todo caso, confío en que mis palabras, aun (en) con su rustiquez y franqueza nativas, no han de herir los oídos del valeroso pensador que se ha convertido (y no hay asomo de lisonja en decirlo, porque es verdad evidente) en el [tachado ilegible] indiscutido campeón español de la libertad intelectual y de la regeneración moral de la raza; en jefe de aquella generosa juventud que tan denodadamente combate la cobardía y la mentira.

(Recoja) Acepte Vd. venerado maestro, las expresiones de la (s) más viva simpatía y la más ardiente admiración, (de) que le profesa

José de la Riva Agüero.

2

[En papel timbrado:] El Rector de la Universidad de Salamanca. Particular.

10 XI 1905

Sr. D. José de la Riva Agüero

Mi estimado señor y amigo (que por tal quiero tenerle después de leída su tesis); le felicito por ella y le doy las gracias por hármela enviado. Y no es mera fórmula esta expresión de gratitud, sino una verdad, pues con su folleto me da pie para un artículo que he de publicar en *La Lectura* y en que apoyándome en las preciosísimas y tan atinadas consideraciones que usted hace sobre la lit. peruana y las lits. hispanoamericanas en gral., he de remacharlas, corroborarlas y añadir, por mi cuenta y riesgo otras cosas. Su tesis me es muy útil y me llega que no puede más en sazón. Precisamente excitado por las enormidades de un libro (*La ciudad de las ciudades*) del joven chileno Vicuña Subercasaux, libro al que dedicaré, en *La Lectura* una larga y severísima nota, se me han remejido en el poso mental mil cosas que me quedan por decir acerca del carácter gral. de la lit. hispano-americana, de su originalidad, de su afrancesamiento (ahí se afrancesan, sí, pero a la española; como nos afrancesamos aquí) y todo ello ha cuajado leyendo su tesis. A su tesis, pues, dedicaré un largo estudio, que será a la vez ocasión de decir yo muchas cosas. He aquí porque le doy las gracias.

Estoy de acuerdo con casi todo de lo que usted dice; en el fondo con todo.

Además su ensayo me dará ocasión para hablar de nuestro querido y venerado Don Ricardo, y de González Prada, de quien deseaba decir algo. El que no me convence es Cisneros. He leído los fragmentos de *Aurora Amor* y me suenan a ampuloso y huero.

Y ahora sólo me queda repetirle mi felicitación y expresarle mi voto de que Dios le dé salud y ánimo para seguir trabajando.

Muy bien, joven, muy bien. Levanta el ánimo encontrarse entre tanta ñoñez decadentista con la obra de un espíritu sereno, culto, valiente y jugoso.

Ahora espero ver producción de literatura directa (poesía, novela, etc.) de usted.

Supongo conocerá usted al Sr. García Calderón. Salúdele en mi nombre. Es también un espíritu de los que por ahí hacen falta.

Sólo me queda decirle que aquí, en esta vieja Salamanca, tiene desde ahora un lector y un amigo en su afmo.

Miguel de Unamuno.

Si le agradezco las frases de aprecio que en su carta me dirige es porque por su tesis he visto que es usted de los espíritus honrados, sinceros y valientes que yo anhelo

y busco. He sentido leyéndole nuestra hermandad. Cosas dice usted que no sólo las hubiese yo dicho, si no hasta con las mismas palabras y en el mismo tono.

Al final de mi nota sobre el desdichado libro del Sr. Vicuña Subercaseaux hago mención del de usted y anuncio que he de dedicarle un estudio detenidamente.

[Todas las cartas de Unamuno a Riva-Agüero se encuentran en el Archivo del Instituto Riva-Agüero, en Lima; y las de Riva-Agüero a Unamuno, a excepción de la primera, en el Archivo de la Casa Museo de Unamuno, en la Universidad de Salamanca].

3

[timbrado:]

José de la Riva Agüero

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Lima, 7 de Noviembre de 1906 *.

Señor:

Agradezco a Vd. viva y profundamente su halagadora carta, que tanto me honra. Las alentadoras palabras que en ella me dirige, la aprobación que me manifiesta y la promesa del artículo en *La Lectura*, son para mí motivos de gratitud superiores a cuanto podría encarecer.

La producción directa que espera Vd. de mí, no la verá Vd. pronto: probablemente nunca cultivaré el arte puro: para la novela y la poesía no tengo aptitudes. Mis aficiones me llevan a la crítica y a la historia. Estas aficiones mías son comunes a todo un grupo de jóvenes universitarios, entre los cuales se cuenta García Calderón, que Vd. menciona en su carta y que es mi más íntimo amigo. Por desgracia, ahora está enfermo de algún cuidado: su continua producción, excesiva para la edad que tiene, le ha causado una fuerte neurastenia, que lo obliga a interrumpir sus trabajos. Dentro de pocos días se embarcará para Francia. Confío en que volverá curado.

Creemos muchos de los de la nueva generación que en el Perú es urgente necesidad la cultura histórica. A formármela querría yo dedicar los momentos que la Universidad me deja libres. Aunque los estudios jurídicos me parecerán muy áridos, sigo la carrera de abogado, convencido de que aquí es preparación indispensable para muchas cosas.

Todavía no ha llegado a Lima el número de *La Lectura* en que cita Vd. mi ensayo y habla Vd. del libro de Vicuña Subercaseaux. Acabo de leer este libro, y me ha escandalizado. Nada conocía yo del joven Vicuña, pero, cediendo al prestigio de su apellido, me imaginaba que al lado de los defectos, tendría algunas cualidades de su ilustre padre. Mi desengaño ha sido grande. En *La ciudad de las ciudades*, además de la insignificancia e

insipidez del conjunto, encuentro innumerables errores históricos; y Vicuña Subercaseaux, por ser hijo de don Benjamín Vicuña, estaba, a lo menos, estrictamente obligado a saber historia.

Espero con ansiedad el artículo que sobre mi tesis me promete Vd.

Agradeciéndole de nuevo esta distinción, me suscribo
su admirador y amigo

J. de la Riva Agüero

* [Por error aparece el año 1906, en vez de 1905. Es probable que en toda la fecha haya ~Tor en el original o en la copia y que la fecha verdadera sea 7 de diciembre (tiempo mínimo indispensable para el viaje de la carta a la que da respuesta), o, mejor aún: 17 ó 27 de diciembre.]

4

7 V 1906

Sr. D. José de la Riva- Agüero

Mi estimado señor y amigo:

Me parece tener entendido que no hace mucho se le ha muerto su señor padre, persona, me dicen, estimadísima ahí. Le doy mi pésame.

Cinco o seis meses ya hace que está en poder del Director de "La Lectura", mi trabajo sobre su tesis y no sé cuando querrán publicármelo. Buscan, sin duda, ocasión de poder darlo todo de una vez, pues es muy largo. Más del doble del varapalo que he propinado a Vicuña Subercaseaux. Y es largo porque su tesis de usted me ha sugerido mil ideas y la he tomado de hilo conductor y ocasión para ir entretejiendo, a modo de comentarios a su preciosa labor, mis propias ideas.

Esta forma de comentarios se me presta mucho. Así es como he dado mi obra más propia la "Vida de D. Quijote y Sancho" que va, aunque muy poco a poco, haciendo su camino.

Yo espero que le tentará a usted la idea de escribir una Historia de esa su patria, libro en que puede poner ciencia y poesía. Creo un objetivo digno de usted. La historia es la epopeya moderna y el que acierta a escribir la de su patria hace uno de los más grandes poemas. Vea la de Michelet en Francia o la de Green [sic] en Inglaterra. Aquí no la tenemos. Anímese a ello.

Sabe cuán su afmo. amigo es

Miguel de Unamuno

5

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Lima, 29 de Junio de 1906

Señor y amigo:

Afortunadamente es falsa la noticia que sobre la muerte de mi padre le han dado a Vd. Mi padre vive y sólo tiene cincuenta años I

de edad. Me explico la equivocación. Tal vez ha llegado a oídos de Vd., más o menos vagamente, hace ya algunos meses, que había muerto un señor don Andrés de la Riva Agüero. Era tío abuelo mío, y falleció, no en América, sino en la vieja ciudad de Gante, porque una rama de mi familia reside en Bélgica y yo tengo en mi sangre algunas gotas de flamenco y valón.

No me extraña que la "Vida de D. Quijote y Sancho" haga su camino poco a poco. Requiere, para ser debidamente saboreada, atención, reposo y el arte de saber leer entre líneas. Tiene que abrirse paso lentamente; y más vale que sea así, para que la aprecien en su recto sentido y para que produzca una impresión muy duradera, porque de libros de esa clase está muy necesitada, no sólo España, sino toda nuestra raza. Aunque en esta mi patria la cuestión religiosa no presenta la gravedad que en España y el catolicismo no tiene tantas raíces, muchas de las cosas que Vd. dice sobre el formalismo religioso y el utilitarismo que mata todo sentimiento, son aplicables por entero al Perú. Fuera de que las numerosas consideraciones morales, tan sutiles y penetrantes y tan llenas de unción, discutibles algunas pero todas sugestivas en el más alto grado, preñadas de sentido, tiene un interés general, superior a las necesidades particulares y transitorias de una región o de un pueblo. Los tradicionalistas inteligentes, capaces de comprender el alcance de lo que Vd. dice, no podrán perdonar los sangrientos párrafos que tratan de la cueva de Montesinos y del retablo de maese Pedro. Después de estos pasajes, los que más me atraen son el del encimamiento de D. Quijote, por la hermandad que Vd. establece entre el espíritu bachilleresco castellano y los malos aspectos del espíritu catalán y por la retractación del antiquitismo, y todos los capítulos del fin por lo del heroico ideal español que es necesario mantener hoy con más vigor que nunca. ¿Qué dicen en España de todo eso?

Bajando a los detalles de ejecución, y por más que Vd., con mucha razón, atienda más a la autoridad de la lengua viva en boca del pueblo que a las reliquias consignadas en los libros clásicos, no sé si recordará Vd. que el verbo *cogolmar* puede aducir en su apoyo a tan puro y correcto hablista como Fr. Luis de León, el cual en una de sus poesías (creo que en las originales, y no en las traducciones) emplea *coholmar* en vez de *colmar*. Con la aspiración de la *h*, usada en el siglo XVI, da exactamente el *cogolmar* de Vd. Es probable que Fray Luis recogiera el vocablo en los mismos campos de Salamanca.

¿Qué hermoso debe ser vivir en Salamanca y enseñar en esa secular Universidad! Yo no he salido nunca de Lima; y aquí los recuerdos apenas remontan a tres siglos y medio, y además la vida moderna está transfor-

mando con toda rapidez mi querida ciudad, hace poco de fisonomía aún tan colonial y característica, en uno de los más incoloros y prosaicos lugares del mundo. Amo entrañablemente los recuerdos históricos. Soy muy moderno en eso de no sentir el arte sino a través de la arqueología. Con facilidad hubiera podido convertirme en uno de esos que "respetan las venerandas tradiciones de nuestros mayores como cualquier otra antigualla" aun cuando (y confío en ser creído) no a causa de lo que Vd. dice a continuación. Pero me creo ya libre por esa parte del peligro que la fascinación de lo antiguo ejerce.

¿Se conservan intactos en Salamanca el local de la antigua universidad, el patio de las Escuelas, los colegios mayores, etc., etc., la Casa de las Conchas? Forma Vd. un artístico contraste, al anhelar y trabajar por el porvenir en una tierra donde me imagino que todo debe hablar del pasado.

Espero con ansiedad el artículo que tanto tarda en publicar *La Lectura*.

Soy de Vd. admirador y amigo

J. de la Riva Agüero

P. D. A mi amigo García Calderón lo tiene Vd. en Francia, completamente restablecido de una dolencia nerviosa que lo obligó a suspender todo trabajo y a viajar. Vale.

6

9 XI 1906

Sr. D. J. de la Riva Agüero

Mi estimado señor y amigo:

Cuando reciba ésta habrá leído ya el largo estudio que he dedicado a su libro, publicado en los números de octubre y noviembre de "La Lectura". Creo que si le sugiere algunas observaciones debe publicarlas y así yo podré, a mi vez, comentar sus comentarios. Es mejor que hacerlo en carta. Es tal el número de ellas que recibo de esa América —que tanto ansío visitar— que apenas puedo contestarlas y las contesto indirectamente en mis escritos públicos. Y así colaboran conmigo todos mis corresponsales. Y es que la labor del publicista no es individual, sino colectiva, social.

Me alegro que no hubiese sido su padre el fallecido, y que usted lo goce muchos años. El mío murió teniendo yo seis años.

Gracias por sus palabras sobre mi *Vida de D. Quijote*.

Se conservan aquí, sí, el antiguo local de la Universidad, el patio de Escuelas, la Casa de las Conchas y otras hermosuras de arte. Esto es un encanto.

Anteayer tuve carta de García Calderón de París. Me escribe con relativa frecuencia y me ha prometido venir acá.

Lo primero que voy a publicar es un tomo de versos.

Afectuosísimos recuerdos al excelente

D. Ricardo y a su hijo Clemente. Usted sabe que es su amigo

Miguel de Unamuno

7

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Lima, 15 de Diciembre de 1906

Maestro y amigo:

Perdone que no le haya escrito inmediatamente después de haber recibido y leído el estudio que ha publicado Vd. sobre mi tesis en *La Lectura*. Muchas gracias le debo. Vd. dispensará la demora cuando conozca la causa. He tenido en mi familia una desgracia. ¿Se acuerda que en su última carta me decía Vd. que había sabido la muerte de mi padre? Yo le contesté que mi padre vivía, que gozaba de cabed salud, que no era viejo y que sin duda lo confundiría Vd. con un tío abuelo mío, residente en Bélgica. Pues mi padre murió repentinamente al poco tiempo de contestar yo a Vd. esa carta.

Las preocupaciones consiguientes a la desaparición inesperada del jefe de la familia me han embargado en todos estos meses, desde Septiembre hasta acá. Cuando principiaba a sentirme algo aliviado de las molestias y trabajos, cayó sobre mí el peso agobiador de la preparación de los exámenes anuales, que aquí se rinden en Diciembre. Los pobres alumnos tenemos que aprender de memoria los códigos, y retener con particularidades y detalles una gran cantidad de reglamentos. Felizmente he logrado salir ya, con buen éxito en las notas y sin más quebrando en la salud que la natural fatiga, de esa preparación digna de mandarines chinos. Tres años me faltan todavía de Universidad. Estoy libre hasta Abril. Y ahora, menos inquieto de espíritu, veo acabar por fin este año de 1906, que me ha parecido eterno y que ha sido para mí el peor de los que llevo de vida; y puedo permitirme la satisfacción de escribir a Vd., agradeciéndole el largo artículo con que ha honrado mi folleto.

Mucho me han enorgullecido y muchísimo me han estimulado sus elogios, sobre todo por venir de Vd., que no acostumbra digardarlos. Casi todas las rectificaciones que Vd. hace son las mismas que yo haría si tuviera que escribir de nuevo sobre los mismos asuntos. Sólo en una cuestión no me convenzo: en la política religiosa.

Creo que en mi tesis es muy visible la distinción entre la propaganda anticatólica en la prensa, en los libros y en la cátedra, la propaganda individual, en suma; y el anticlericalismo como programa de gobierno. Acepto y aplaudo lo primero, y rechazo lo segundo.

La religión católica es una *mecanización* de la religiosidad. En ella predominan las formalidades y las ceremonias sobre el sentimiento, la letra sobre el espíritu. Suprime la

libertad intelectual en las más graves cuestiones morales y filosóficas; y por correlación necesaria, es inseparable auxiliar del despotismo político. Por todas estas razones me es antipática; y la considero nociva, principalmente en los países ibéricos, que es donde alcanza sus últimas consecuencias. Por eso celebro y admiro a los que piensan y hablan como Vd. Pero no basta acaso para la propaganda anticatólica la acción privada? ¿Será menester que el Estado intervenga en la lucha, infringiendo positivo ataque a la libertad, puesto que tal es el inevitable efecto del anticlericalismo en el gobierno?

Quizá me observe Vd., con Quinet, que jamás se ha dado el caso de que una religión desapareza sólo por el empuje de la razón y del convencimiento; y que la misma religión cristiana tuvo que emplear la violencia para destruir el paganismo. Pues si eso es así, si el catolicismo no ha de concluir su larga agonía sino a manos de la persecución oficial, prefiero que no sucumba. Era peligro gravísimo cuando era mayoría. Hoy en casi todas partes está en vísperas de ser una débil minoría que por sí sola nada podrá. La persecución más o menos embozada e hipócrita, como se acostumbra, viene a constituir, es cierto, justa restorsión de las tiranías y abusos cometidos por los católicos en sus tiempos de predominio. No la deploro por ellos, puesto que no soy católico y que bien merecida tienen su suerte; pero la deploro por la libertad, que es esencialmente el respeto a los débiles. Ante todo y a toda costa, hay que salvar en los hombres los sentimientos de libertad y dignidad; y la gran amenaza para esos sentimientos no es ahora el caduco catolicismo, que piedra a piedra se derrumba, sino el socialismo colectivista, que trata de convertir la sociedad en la más fiel imagen del infierno: en un enorme convento de frailes sin vocación.

Y en el presente equilibrio de los partidos, el gobernante anticlerical desempeña, consciente e inconscientemente el ingrato papel de amigo y fautor del socialismo y allanador de los caminos de su funesto advenimiento. Aun la mera separación de la Iglesia y el Estado, inatacable en teoría, de tan admirables resultados, en los países de tradición protestante, como los EE.UU., presenta en nuestros países católicos muy serios inconvenientes. O bien se emplean los procedimientos que en estos días está usando Francia, y entonces caemos en la persecución pura y simple, con todas sus irritantes y desmoralizadoras consecuencias; o bien se ejecuta con perfecta honradez, con las consideraciones debidas a una institución secular y augusta como la Iglesia Romana, y en ese caso, en vez de dañarla, la favorecemos prodigiosamente y le concedemos el mayor beneficio imaginable, porque, dejando intactas las libertades

eclesiásticas, renuncia el poder civil a todos los eficaces y legítimos medios de vigilancia que tiene adquiridos, y queda, según decía no sé que estadista italiano, (creo que el conde Cavour) *desarmado ante una iglesia armada*.

Ignoro cuáles serán las apreciaciones de Vd. sobre lo que pasa en Francia. Es probable que yerre yo en las mías, porque a tanta distancia y sólo con las noticias de los periódicos es difícil formarse idea exacta. La impresión de conjunto que de aquellas noticias me queda, es desagradabilísima. Hacen los radicales lo equivalente en este siglo a lo que hizo Luis XIV con los hugonotes. En España es otra cosa. Me parece que España es, con Bélgica, uno de los pocos países en el que el catolicismo es todavía un enemigo formidable, al cual hay que combatir. Si yo fuera español, sería anticlerical mucho más militante y fervoroso de lo que soy. Vds. tienen con la iglesia católica cuentas atrasadas. El catolicismo ha sido agente de daños y desventuras para toda nuestra raza; y en España, a lo menos visto desde aquí, parece que continúa siéndolo. He oído que los frailes fueron la principal causa de la insurrección de Filipinas. En estos días leo en los diarios que el clero se encara con el gobierno, que la aristocracia intriga, que un ministerio cae y que el partido liberal está a un paso del fraccionamiento. Cuando todo eso sucede, hay razón sobrada para alarmarse; y, aun cuando yo no conozco los detalles de la ley de asociaciones, encuentro muy atinada su tendencia general. Sin embargo, si continúa el debate en el sesgo que lleva, traerá consigo el descrédito de la monarquía y el prestigio del partido republicano y supongo que estarán Vds. suficientemente curados de republicanismo después del desdichado ensayo del 72.

A todo lo anterior dirá Vd. lo que en la *Vida de D. Quijote y Sancho: difícil es hablar a los Sanchos, pero más difícil aún es hablar a bachilleres*; y yo cierto que ya soy bachiller en Letras y estoy para bachillermarme en Ciencias Políticas y Jurisprudencia. Y a más de Bachiller soy algo Sancho en lo de tender siempre a la teoría de los *baciyelmos*, como dice Vd. en la misma obra, que estoy releendo. En ella veo que Vd. no se arredra ante la posibilidad (de seguro muy remota), de una guerra civil. Pero ¿qué ganaría España con un nuevo período de pronunciamientos como los que por fortuna van ya destruyéndose hasta de estas repúblicas americanas? ¿Cuál será su suerte si vuelve la guerra civil y la halla con ese maldito fermento de regionalismo, que pronto se trocaría en separatismo y anexionismo; y cuando aún tiene para la codicia de las grandes potencias presas tan apetecibles como las Canarias y las Baleares? ¿Por qué desesperar tan pronto de la empresa de descatalogizar a España únicamente con la palabra y con la pluma?

En todo caso, el Perú no es España; y si no estoy lejos de creer que allá puede ser útil y conveniente una enérgica campaña antirreligiosa, en el caso de que acierte a no exceder de ciertos límites, sostengo que en el Perú sería dañosísima y me felicito con regocijo patriótico de que las tentativas de González Prada hayan fracasado y de que sus exhortaciones se hayan perdido en el vacío. Los peruanos tenemos el estricto deber de organizar —si no para nosotros, para nuestros hijos o nietos— *la revancha*, la reivindicación armada contra Chile; o, cuando menos, el desquite moral, la completa restauración del poderío de nuestra patria. Para tan absorbente tarea, sería grande embarazo la lucha religiosa. Por felicidad no la tenemos. ¿Por qué, pues, habríamos de crearla puerilmente? Sería obra artificial y aun ridícula. No hay cosa más funesta para un pueblo que distraer y malgastar las fuerzas contra enemigos imaginarios; y aquí el catolicismo, como elemento político y como institución social, puede decirse que no existe. Lucharíamos contra una sombra. El poder de los antiguos conventos concluyó con la Independencia; y hoy están vendiendo todos sus bienes. Los jesuitas carecen de personalidad legal en la república; se les tolera; pero a la primera señal de manejos sospechosos, se les aplicaría una ley vigente y saldrían expulsados. Casi no hay joven universitario que sea católico. ¿Porqué nos hemos de enseñar cruelmente con un cadáver?

En la Sierra los curas abusan; pero no porque sean curas, sino porque son funcionarios, y toda clase superior, colectivamente considerada, por la propia naturaleza humana, ha de sucumbir a la tentación del abuso donde no hay resistencia de parte de los súbditos y donde se goza de verdadera impunidad. Para corregirlos en la medida de lo posible, importa que el poder civil no se malquiste con los Obispos. Importa, sobre todo, que no se separen las dos potestades, porque con el régimen de la separación, se haría casi imposible la vigilancia y se perdería la facultad de elegir a los obispos y curas, que debidamente ejercida, es medio de prevenir bastantes males.

Verdad que para llegar a la paz de Westfalia hay que pasar por la dieta de Worms, pero la libertad de conciencia está suficientemente garantizada en el Perú con la tradicional interpretación que se da del artículo cuarto de la Carta. Lo único que resta por conquistar en ese terreno, es, a mi juicio, el matrimonio civil; y, tal vez, tomar, si el caso se presenta con mayor urgencia, que ahora, alguna precaución acerca de la enseñanza de las congregaciones.

Entre la dieta de Worms y la paz de Westfalia está la asoladora guerra de Treinta años que devastó la Alemania del Norte y por

más de un siglo la anuló política y socialmente. ¡Libre Dios a mi raza y a mi pueblo de padecidas calamidades! Sucede a menudo que el anticlericalismo, en vez de levantar y dignificar las almas y de evitar la enervación espiritual, degrada y corrompe. Profana con ruines pasiones los principios más santos. Engendra inevitablemente la más asquerosa hipocresía. ¡Cuánta inmundicia se cobija en las guerras de religión, bajo la capa del catolicismo o de la libertad de conciencia! Los intereses políticos toman como máscara las creencias; los partidarios del principio de autoridad se ven compelidos a aliarse, por muy incrédulos que sean, con el grupo católico, y esa irremediable coalición es en alto grado inmoral en sus efectos. La gente elegante y frívola, por reacción contra el radicalismo, adopta la religión católica como señal de distinción y de buen tono, de ese menguado buen tono que con tanta razón lo subleva a Vd.

Pruebas evidentes de que la lucha religiosa en el campo político no cura sino que agrava la depresión moral son el Ecuador, Colombia y Venezuela. En el mismo Chile, donde el catolicismo está mucho más arraigado que en el Perú, qué provecho produce la división doctrinaria, la cual, dicho sea de paso, no impide allí, ni en ninguna otra parte, las más inverosímiles coaliciones. Me cuentan que en Santiago los jóvenes para pescar muchachas con ricas dotes, suelen fingir ardiente catolicismo. ¿No prefiere Vd. a ese repugnante espectáculo el de nuestra honrada indiferencia?

En cuanto a las palabras de Juárez sobre el protestantismo en América, yo no sé cuál será el carácter del indio mexicano, y tal vez, puesto que Juárez lo dijo, sea hacedero protestantizarlo; pero sí conozco a muchísimos indios y mestizos peruanos (*cholos*), y ie declaro a Vd. que en ellos sería de todo punto irrealizable la empresa. Su conversión nunca pasaría de una farsa, como en bastantes casos lo ha sido y lo es su catolicismo, a pesar de los tres siglos que lleva de establecido. No soy de ios que repiten la vulgar especie de que las *instituciones de un pueblo han de ser el residuo de su índole y costumbres*. Con tal máxima, no habría progreso legal, acelerado por el Estado; y eu consecuencia, todo progreso sería lentísimo. Las instituciones sirven precisamente para modificar el carácter, para estimularlo y corregirlo; y de allí que puedan ser un tanto mejores y un tanto diversas de las que espontáneamente deberían ser el fruto de la nación que rigen. Pero si la desproporción es inmensa, el fracaso será seguro; y de ello pululan ejemplos. Enseñar al indio materialista, sumiso, sin voluntad ni personalidad, casi idólatra, gregario por inmemorial herencia, la religión espiritual o individualista por excelencia, el cristianismo purificado de todo vestigio de paganismo, es ten-

tar una obra imposible. Y en lo tocante a la Costa, a la raza criolla, educada o semieducada, no abrigo tampoco la menor confianza en la realidad y seriedad de la propaganda que en ella hacen algunas sociedades bíblicas. Admiro el gran movimiento histórico de la Reforma; y uno de mis héroes favoritos es el insigne ¿alvino, que me fascina por su incontrastable voluntad y por la unidad soberbia de su vida y de su obra. La raíz de las desventuras de nuestra España fue que no cundiera en ella el protestantismo. Pero hace tiempo que Guizot dijo que el terreno perdido por el catolicismo no lo ganaría ya el protestantismo, sino el libre pensamiento; y la profecía se lia cumplido excepto, según dicen, en Austria, por excepcionales razones políticas que confirman la regla, en vez de invalidarla. Rarisimo será el que en esta época abandone el catolicismo y se detenga en el inestable término medio de la religión protestante. El impulso es irresistible, y fuerza a ir hasta el completo racionalismo. Vd. mismo reconoce la intolerable estrechez y la insostenible posición de la gran porción de las iglesias reformadas que continúa defendiendo la divida inspiración literal de las Escrituras. Y el protestantismo liberal que llega a rechazar todo dogma ¿qué viene a ser en substancia sino el librepensamiento? ¿Y no implica poca franqueza, anfibología censurable que sigan llamándose cristianos los que en nada se diferencian de nosotros los librepensadores? Anhelo fervientemente una renovación moral; pero en manera alguna deseo una reforma religiosa, porque *religión* implica *dogma*, y en la actualidad una escuela que imponga preceptos dogmáticos, por vagos y equívocos que se imaginen, está destinada a fugaz y obscura vida. Las religiones antiguas subsisten merced a la fuerza de la tradición; y con ese apoyo no podría contar la nueva.

El escritor a quien Vd. alude en el capítulo V de su estudio, es sin duda Menéndez Pelayo. No tengo de él referencias personales: sólo lo conozco por sus libros, que admiro. ¿Cree Vd. que sea cobarde el polemista de la *Ciencia española*, el hombre que ha escrito la *Historia de los Heterodoxos*? Yo hasta lo encuentro valiente y católico de muy buena fe.

En el párrafo XI dice Vd. grandes, saludables y excelentes verdades. Me hace Vd. la justicia de reconocer que el espíritu de mis palabras no es el de los *prácticos* al uso.

Yo también me he convencido, y muy de veras, de *cuán peligroso es amonestar a que sean prácticos a hombres que propenden el más grosero materialismo*; y si mis nuevas ocupaciones me permiten concluir para el año que viene el folleto que estoy preparando, ea él verá Vd. las atenuaciones y rectificaciones que hago a lo que tienen de excesivas, ambiguas y fácilmente equívocas ciertas concia-

siones del que Vd. ha analizado.

Perdone Vd. esta enfadosa y larguísima carta. Corta resulta para todo lo que deseaba decirle. No podía dejar de explicar mis ideas, con la mayor claridad que alcanzo y con la mayor franqueza, a quien, como Vd., ha tenido la bondad de prestarles tan preferente atención.

Mande Vd. siempre en su agradecido amigo y admirador q.l.b.l.m.

J. de la Riva Agüero

3

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Lima, 24 de Diciembre de 1906

Maestro y amigo:

Recibí su carta de 9 de Noviembre cuando acababa de enviar a Vd. una mía, en la cual le expongo las observaciones que se me ocurren sobre el único punto en que de Vd. disiento; y cuando me preparaba a escribir de nuevo a Vd. para explicarle por qué aquí no se ha reproducido y seguramente no se reproducirá el estudio de Vd. sobre mi tesis.

En la última parte de ese estudio califica Vd. muy mercedadamente al general Prado. Ahora bien, todos en el Perú, yo inclusive (con arrepentimiento y confusión lo declaro), nos hemos hecho cómplices en tolerar a su familia. Los hijos -del general, uno de los cuales acaba de ser ministro, con el prestigio de sus riquezas (que son muchas para este paupérrimo país) y con la afabilidad que han adoptado para hacerse perdonar su triste historia, ejercen enorme influjo en esta débil sociedad. Infinito cuesta a mi sentimiento patriótico contar a Vd. tales vergüenzas, pero no tengo otro remedio para que comprenda Vd. lo que pasa. Muy difícil me habría sido conseguir que un periódico publicara el artículo de Vd. sin suprimir esa justa apreciación sobre el famoso mandatario desertor del año 1879. Y aun en el improbable caso de que algún periódico hubiera querido publicarlo, me habría encontrado en la obligación de impedirlo. Voy a decirle porqué.

No es que yo tema mucho enemistarme con los Prado, ni que les deba el menor servicio. Por felicidad, tengo posición holgada y muy independiente; y cada día veo con claridad mayor que si alguna vez entro en política, he de militar, por razones de honradez y conciencia, en grupo opuesto a aquel en que figuren los Prado. Pero (le hablo a Vd. como un católico devoto a su confesor), Javier, el que ha sido ministro, ha sido también mi maestro en la Universidad el año antepasado, y me colmó de toda clase de distinciones y halagos; sus hermanos menores, que son mis contemporáneos y mis compañeros de Universidad, han sido amigos míos desde la infancia; en la reciente muerte de mi pa-

dre, todos los de esa familia han tenido conmigo exquisitas amabilidades. Cuando Sáenz Peña, el héroe de Arica, estuvo aquí, hace poco, en su triunfal viaje, Javier Prado, como Ministro de Relaciones Exteriores que era entonces, le dio un baile en su casa, al cual yo asistí. En mi misma tesis, en el estudio sobre Segura, puede Vd. haber visto que me proporcionó dos piezas inéditas que sólo él posee en su magnífica biblioteca; y si no me prestó mayores facilidades para mi trabajo, fue porque encontré la manera de esquivar políticamente las que me ofrecía, deseoso, siempre yo de no estrechar mis relaciones con él. Sin embargo, me acuso con remordimiento y con firme propósito de enmienda, de que en 1904, cuando fue nombrado plenipotenciario en la Argentina y encargado de una misión secreta con Chile, y creímos los jóvenes que iba a arreglar honrosamente la cuestión de Tacna, contribuí a organizar una fiesta de la juventud en su honor, y, olvidando de la historia y de lo que yo debía a mi misión y a la patria, le pronuncié un discurso elogioso.

He adoptado eficaces medidas para no reincidir en tan feo pecado. Pero entretanto, ¿no cree Vd. que obraría yo muy mal si contribuyera a infamar (merecida y por eso más dolorosamente) a una persona a quien debo agradecimiento, no ciertamente por beneficios, que de nadie necesito, sino por las amabilidades con que me ha abrumado? No era menos hijo de su padre de lo que hoy es, cuando yo, con ofuscación de muchacho, cegado por la admiración que como a maestro muy inteligente le profesábamos todos sus discípulos, le pronuncié públicamente un discurso. No era menos hijo de su padre de lo que hoy es, cuando acepté invitaciones para fiestas en su casa; cuando acepté que me llevara al *Ate-neo*, cuyo presidente es; cuando acepté, hace seis meses, su mediación en un grave conflicto universitario entre los profesores y los alumnos. Ayer mismo tuve que hablar con él, porque, en calidad de abogado de dos colitigantes míos, me llamó cariñosamente para proponerme transacciones.

Si el artículo se reimprime aquí, todos creerán que yo me he empeñado en ello; y como hace pocos días he tenido un ligero disgusto con otro Prado, Mariano, hijo mayor del general, por intereses de poca monta, mi conducta parecería ruin venganza contra el indecoroso manejo que ha observado conmigo el tal Prado, que en esa circunstancia mostró muy a las claras de quien viene. Tanto más censurable sería mi proceder cuanto que en estos días la memoria de la infamia del general, que en los últimos años se había borrado o atenuado, ha, recrudescido singularmente. Mariano ha sido injuriado por los obreros en huelga de una empresa que dirige, los cuales le han recordado a gritos los hechos de su padre. Javier ha caído del ministerio, en-

teramente desprestigiado, entre la indiferencia y el vacío de sus propios amigos. A la hora en que esto escribo, corren pasquines contra los dos hermanos, y en ellos se les echa en cara el bochornoso origen de su fortuna. ¿No se diría de mí que, amigo en sus tiempos de prosperidad no vacilaba en atacarlos y herirlos tan terriblemente apenas se anunciaba la desgracia?

Por delicadeza, pues, no había que pensar en la reproducción íntegra, aun cuando se hubiera logrado que algún periódico se prestara a hacerla. Don Ricardo Palma y su hijo Clemente me propusieron publicar el artículo en la revista *Prisma* o en el *Ateneo*, borrando la palabra *Prado*, que, según ellos, no alteraba el sentido, me he negado resueltamente a consentirlo. Si sería una indignidad de mi parte hacer algo contra los Prado en estas condiciones, sería una indignidad mucho mayor que permitiera suprimir palabras tan ciertas y justicieras como las de Vd. Eso equivaldría a tomarse extrañas libertades con los escritos de Vd., y a desmentir tácitamente lo que Vd. afirma, cuando no sólo es la verdad pura, sino que las cosas revistieron mayor gravedad de lo que podría deducirse de las expresiones de Vd. El general Mariano Ignacio Prado no fue únicamente gobernante rapaz (que eso en nuestra historia, a partir del año 1840, no es caso raro) sino totalmente inepto, y, lo que es más, desertor del mando supremo en los angustiosos momentos de una tremenda y desgraciada guerra nacional.

Sería una verdadera bajeza borrar ese nombre. ¿Qué hubiera pensado Vd.? Nos hubiera usted tornado por un pueblo abyecto; y tal juicio sería muy errado e injusto, porque en la rehabilitación de los Prado, sobre todo en la de Javier, tanto o más que el servilismo ha entrado la bondad e indulgencia del carácter peruano, siempre pronto a perdonar, ajeno a largos rencores y a la idea de que los hijos deben pagar los crímenes de los padres; y en los jóvenes ha entrado exclusivamente la creencia de que la presunta habilidad y honradez del afamado catedrático podía en el terreno de la política y la diplomacia, reparar en algo los daños causados por el general.

Vd. es aquí muy popular en el círculo de personas ilustradas, desde el artículo contra el chileno Vicuña. El estudio sobre mi tesis ha sido leído, a más de los que reciben *La Lectura*, que son pocos, por otros muchos que han pedido prestados los números en que aparece, atraídos precisamente por el vago rumor que en toda Lima corre de lo que Vd. dice de Prado. Por varios días fue la conversación de los corrillos de opositoristas. Si se publica sin ese nombre, todos lo echarán de ver enseguida, porque es lo que en él han de buscar de preferencia; y dirán de mí que soy un mozo envanecido con los elogios, y que a trueque de propalarlos y de no

reñir a la vez con una familia pudiente, no vacilo en falsear el pensamiento de Vd. y en ocultar así una condenación tan merecida y hecha por tan autorizada voz. No era posible término medio: o se reimprimía el artículo sin suprimir ni una sílaba, o no se reimprimía. He optado por lo último, que me parece io más natural y digno.

Don Ricardo Palma, con la confusión de ideas propias de su edad, se ha enfadado conmigo, y atribuye mi conducta a falta de carácter. Creo que la falta de carácter y la deplorable debilidad hubieran consistido en publicar el artículo suprimiendo el nombre de Prado, como él se disponía a hacerlo. Me agrada don Ricardo que Vd. se ha de ofender y que no volverá a escribir sobre jóvenes americanos; cosas que yo no puedo suponer de quien, como Vd., es tipo de rectitud y pureza moral.

Clemente, en cambio, después de algunas vacilaciones, se ha dejado convencer por mis argumentos. Pero me parece que ambos andan muy temerosos de disgustar a Vd. con este motivo. Para quitarles la congoja, he prometido escribir a Vd. como lo hago, con esta ingenuidad y minuciosidad, como se habla a un director espiritual, que por tal anhilaría yo tenerlo; y suplicarle, como le suplico, que si alguna culpa hay en lo acontecido, caiga sobre mí que lo he hecho todo, y de ninguna manera sobre Clemente Palma, que al cabo de muchas indecisiones, se ha rendido a mis razones y ruegos, y menos sobre don Ricardo, que se ha afanado todo lo humanamente posible porque el artículo) apareciera en los periódicos, con la supresión consabida.

Mande Vd. siempre en su agradecido amigo y servidor q.l.b.l.m.

J. de la Riva Agüero

9

5 II 1907

Sr. D. José de la Riva Agüero

Mi estimado amigo: Tengo a la vista las dos tuyas de 15 y 24 diciembre. En primer lugar siento haber sido fatídico agorero inconciente de la muerte de su padre (q.e.p.d.). Dé por dichas las expresiones todas de rigor.

Guardo con interés su primera carta y habré de comentarla en algún trabajo. En ciertos puntos, como el religioso, no es fácil que nos pongamos de acuerdo siendo usted un racionalista y queriendo yo ser un cristiano y hasta un místico. Mis dos ensayos "Sobre la europeización" —publicados ya en el número de diciembre de la *España Moderna*— y "*Más sobre la europeización*", que se publicará en ella le dirán bastante mi pensamiento íntimo.

De Menéndez Pelayo nada quiero decirle ¿a qué? Pero créame que es un hombre que no cree ni en Dios ni en el diablo, un perfecto volteriano y que su espanolismo agresivo

vo y a *outrance* nos ha hecho mucho daño. Yo creo su labor en conjunto funesta. Le falta calor y entusiasmo, todo lo ve literariamente y las ideas no son para él sino curiosidades más o menos estéticas. La juventud, en general, no le quiere ni él se hace querer. Cierito es que tratado resulta irresistible por no tolerar la más mínima contradicción. Y basta de esto.

Voy a su segunda carta.

Tratándose como se trata en ella de cosas internas yo debo respetar lo que ustedes hagan y no meterme en ello. A mí me parece que si un periódico o revista cualquiera reprodujese ahí mi estudio íntegro y sin supresión alguna usted, en rigor, ni tenía que ver con ello ni tenía porqué impedirlo, ni nadie tenía porqué suponer que usted se había empeñado en ello. Usted me dio ocasión para él pero su interesante memoria ha sido el hilo que me ha permitido enhebrar reflexiones de carácter general.

En mi vida pensé que aquella lijera alusión a Prado pudiera alcanzar ahí ese eco, como nunca supuse que mi recorrido a Vicuña Subercaseaux provocara lo que provocó —en cierto círculo de personas— en Chile. Lo que me prueba una vez más que el supremo interés intelectual, el interés por las doctrinas y las tendencias espirituales, está rebajado por las pasiones que despiertan las personalidades. Siempre he creído que uno de los males de la América Latina es el personalismo, el relieve hipertrófico que alcanzan las personalidades, abstracción hecha de su contenido ideal. De esto he de escribir tomando pie precisamente de lo de Vicuña y lo de Prado.

A propósito. ¿Hay alguna historia del Perú regular siquiera? Mi amigo D. Luis Ulloa, peruano a quien conocí y traté aquí me dijo que todas eran poco recomendables. ¿Es así? ¿Cuál es la mejor o siquiera la menos mala?

Otra cosa ¿tendrá la bondad de enviarme *La Quena*, de Juana Gorriti que no encuentro aquí? Excusado decirle que estoy a la recíproca.

Salude a D. Ricardo y a su hijo Clemente y dígales que les escribiré así que halle un rato. Porque mi correspondencia crece y crecen mis incumbencias y quehaceres sin que el tiempo redunde.

Sabe cvián de veras es su amigo
Miguel de Unamuno

10

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Lima, 14 de mayo de 1907

Querido maestro:

He demorado la contestación de su carta con el objeto de remitirle *La Quena* de doña Juana Gorriti. Pero la he buscado mucho, y sólo pude conseguir un ejemplar en tan de-

plorable estado que me pareció inservible. Continúo buscándola, y espero encontrarla al fin. En cuanto la tenga, se la enviaré.

Luis Ulloa decía bien al responder a Vd. que valen poco las historias del Perú. Prescindiendo de compendios insignificantes, como los de Sahuaraura, Mesa y otros, contamos con tres obras de alguna importancia: el *Diccionario histórico-biográfico* del general Mendiburu, la *Historia del Perú Independiente* de Mariano Paz Soldán y la *Historia del Perú* de Lorente. Además una historia de los primeros años de la República ha aparecido en estos últimos tiempos. Su autor es un loco literario, que se llama Nemesio Vargas. No merece que se haga mención de ella.

El diccionario de Mendiburu es muy erudito, y desde este punto de vista muy apreciable; pero indigesto y nulo en ideas y estilo. Cosa semejante sucede con el libro de Paz Soldán, tan bien documentado como desprovisto de talento. El de Lorente (español), no carece de cierto agrado literario, pero adolece lamentablemente de ligereza y superficialidad. Sus adornos son pueriles; y su criterio, un vulgar catolicismo liberal, el de los antiguos *progresistas* que no rompían con la ortodoxia. Con esto lo digo todo.—Un italiano, Caivano, ha publicado en tres tomos la historia de la guerra del Pacífico. La traducción castellana que conozco, es pésima. En conjunto el desempeño de la obra me parece chabacano, y las apreciaciones sobre política interior del Perú pecan de injustas, pero la anima un amor tan generoso por la noble causa de los vencidos, que hay que olvidar sus defectos de forma. En muchos puntos restablece la verdad, alterada por los historiadores chilenos.

Aviseme Vd. si estas obras pueden interesarle; e inmediatamente se las mandaré.

Supongo que Vd. recibirá la *Revista Histórica del Perú*. Allí estoy escribiendo unos largos artículos sobre el cronista Garcilaso, que compondrán la primera parte de mi próxima tesis.

Acabo da leer uní artículo de Vd. sobre Ibsen, que ha reproducido un periódico de Lima. ¿Cuánta verdad en lo que dice acerca de la castidad y de la soledad! Una vida casta, concentrada en el estudio o en la acción serena y a largo plazo, lejos de la garrulería y de las vanidades cotidianas, es mi constante aspiración. Pero *la carne es flaca*; y también el espíritu desfallece, se rinde a la fatiga y se deja tentar por el bullicio del mundo. No sin terror pienso que ha habido muchos, como Benjamín Constant, que vivieron en perdurable divorcio de su propio ideal y en contradicción consigo mismos. Es el peor estado de ánimo que cabe imaginar. Felizmente soy joven, no he hecho nada irreparable ni degradante, y no me creo desprovisto de voluntad. A veces me digo que más valdría no tener este ideal rígido que me mortifi-

fica y me aflige, y me hace considerar cualquier cosa como una deshonrosa caída. Pero ya no puedo ahogarlo.

Alrededor de mí no encuentro hombres que me inspire la confianza que me inspira Vd.; confianza singular en que entran dos factores: el *prestigio* y la *distancia*. Vd. no me conoce sino por mis ideas. Vd. por vocación es un director de almas. ¿Qué me aconseja para ser siempre digno de mí, y para realizar constantemente mi ideal de severidad espiritual y de estoicismo? ¿Me faltarán quizá un principio religioso?

La hablo de cosas íntimas porque sus libros me producen la impresión de que es Vd. uno de aquellos pocos a quienes no parecerá ridículo lo que ahora hago: pedir consejo en una época quizá decisiva de la vida, a un maestro lejano, tanto más imparcial cuanto más distante. ¿Qué se debe entender por disciplina espiritual? ¿Qué método prescribirá Vd. a un joven intelectualmente disipado, que desea concentrar sus fuerzas en el estudio y que se siente solicitado por estímulos de placer físico, de goces mundanos, de ambición política; por toda especie de concupiscencias? ¿He colocado tal vez mi aspiración moral en lugar tan alto, que mis escasas fuerzas tienen que salir derrotadas y deprimidas? A lo que más le temo es a la depresión, a que esta rutina de la vida, a que este clima enervante, me dobleguen y me conviertan en uno de tantos vencidos y resignados, infieles a su ideal, que arrastran una vida triste y trunca.

Su discípulo y amigo

José de la Riva Agüero

11

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Lima, 10 de Junio de 1907

Querido maestro:

Muchísimas gracias por su libro de versos. Son muy originales y encuentro algunas composiciones muy hermosas. Después de leerlos, ya no le pediré a Vd. *orientaciones*, rumbos concretos. Como bellamente dice Vd., hay que remontarse como las palomas que primero se elevan y después se orientan. Pero ahí está precisamente la dificultad. ¿Cómo elevarse? ¿*hacia qué?* ¿cómo permanecer, sobre todo, en las alturas venciendo los desfallecimientos?

He cumplido con entregar el otro ejemplar a don Ricardo. Su hijo Clemente piensa escribir algo sobre las poesías de Vd. en la revista *Prisma* que dirige.

He cumplido igualmente con encargar en los periódicos que anuncien la aparición del volumen; y con ésta le remito un número de *El Comercio* en que se publica un artículo sobre él. Hay varios renglones suprimidos por error de imprenta, y por eso un período care-

ce de sentido.

La Prensa, que es el otro diario importante de la ciudad, publicará en breve una nota;

Lo saluda muy afectuosamente su discípulo y amigo

J. de la Riva Agüero

12

26 VII 07

Sr. D. José de la Riva Agüero:

En efecto, mi querido amigo, en mi poesía "Orientación" se contiene buena parte de lo que había de responder a su carta del 14 de mayo. La situación espiritual de usted, perfectamente definida cuando me dice que está "intelectualmente disipado" es la misma de tantos otros jóvenes de por acá, víctimas de la educación católica. Pues aun en aquellos que sus padres no fueron católicos celosos, el ámbito les penetra. Los jóvenes de países católicos cuando pierden la fe heredada —si alguna vez la tuvieron— suele ser para ir a dar en un desolado agnosticismo, cuyo fruto inmediato es el *düettantismo* o el *literatismo*. La honda peste de la literatura hispano-americana— y aun de la española— es su falta de ideal íntimo, su *hórrido* esteticismo. La deletérea influencia francesa lo ha corroborado y luego monstruos espirituales como ese desdichado D'Annunzio. Es una literatura con poca nobleza y menos castidad. Le faltan las hondas inquietudes, le falta el soplo religioso. En cambio en los países protestantes hasta el ateo tiene sentido religioso que da unidad y seriedad a su vida.

¡Unidad! He aquí todo. Nuestro esfuerzo debe tender a dar unidad a nuestra vida, a unificar nuestras aspiraciones, a no disiparlas. Propóngase usted una obra de largo aliento y patriótica, una obra a que consagre usted su vida.

Por todo lo que sé de esos países estimo que son ellos los más peligrosos para un joven que se siente con fuerzas para acometer una labor espiritual. La ambición política y la sirena femenina —no pocas veces combinadas, pues es ésta la que empuja a aquélla— le apartan de su camino. ¿Por qué no intenta usted salir de ahí durante algún tiempo? Con todos los peligros del inevitable viaje a Europa (o a Norte América) yo creo que a usted le vendría muy bien. Y hasta me atrevo a asegurar que es usted uno de los jóvenes americanos a que más aprovecharía una estancia en esta pobre, mal conocida y calumniada España, en la que aún pueden retemplarse ciertos caracteres.

Y llegando más al fondo de su problema creo que sí, que le falta a usted un ideal religioso. Conoce la *Esquisse d'une philosophie de la religion d'après la psychologie et l'histoire* de Auguste S' batier? Como guía —y

en gran parte guía bibliográfico— es excelente.

A mi juicio el gran mal de la América Española es su pobreza en religiosidad, pobreza que no es menor en las regiones más fanatizadas como parte del Ecuador y de Colombia. Aquí cierto tradicionalismo sentimental tapa la llaga, impidiendo que se encone, pero existe el mismo mal.

Yo de mí sé decirle que mi preocupación religiosa y mi lucha a brazo partido con el misterio, aun a falta de fe alguna positiva, me sirve de resorte de vida. Hay quien me llama un escéptico fanático y acaso tenga razón. Todo menos declarar insoluble el enigma. Busco el consuelo en la lucha. La famosa frase de Lessing es mi lema. No vale la pena obtener la victoria; lo que da vida es luchar.

Todo esto lo expondré en una de mis próximas obras.

Gracias por lo que me dice de mis *Poesías* y el número de "El Comercio" que me envía. Espero lo demás, y espero a ver si parece *La Quena* *.

Salude a D. Ricardo y a su hijo.

Le estrecha efusivamente la mano su amigo

Miguel de Unamuno

* [Riva-Agüero escribe al dorso de esta carta:] "Encargado a un diplomático (19 mayo), mcargado a un señor Ravignani, bibliotecano de Letras". [Se refiere seguramente al historiador argentino Emilio Ravignani],

13

Señor don Miguel de Unamuno

Salamanca

lima, 7 de Noviembre de 1907

Querido maestro:

Por fin apareció *La Quena*, y se la envío. Trabajo me ha costado dar con ella. No le escribía, porque me daba vergüenza no cumplir su encargo.

Las ediciones antiguas de las obras de la Gorriti son raras en Lima. Yo, hace dos años, para mi folleto, tuve que leerlas en la Biblioteca. Me ofrecieron hace muchos meses un ejemplar viejo; pero estaba tan maltratado que no me atreví a mandárselo. Por medio de un amigo (que es ardiente admirador de Vd. y a quien Vd. pudo conocer porque estuvo en España como secretario de la misión para la cuestión de límites con Bolivia; se llama Víctor Andrés Belaúnde, y va a publicar un estudio sobre las poesías de Vd.), la encargué a Buenos Aires. Pero nuestro ministro que fue quien se apersonó espontáneamente para el desempeño de la comisión, fue removido; y el reemplazo le quitó el tiempo o el humor para guardar su compromiso. Felizmente, *La Nación* acaba de reeditar los

dos tomos de *Sueños y Realidades*; y me los han remitido. En ellos está comprendida *La Quena*. Deseo que le sirva a Vd. Lo que es a mí, no me gusta. Me parece tonta, dulzona, afectadísima, anticuada y mal escrita. Será tal vez porque vivo en el calumniado medio en que se desarrollan esas novelas pseudohistóricas; pero las encuentro falsísimas, folletinescas y disparatadas.

¿Ha leído Vd. ya el nuevo libro de García Calderón? Está en francés. Es muy superior a todo lo que de él conocíamos hasta ahora.

Mil gracias por su hermosa carta, que recibí a principios de Septiembre. Yo escribí la mía en un momento de tristeza y cansancio. Necesitaba confiar mis íntimas vacilaciones a alguien. Y a quien mejor que a Vd., amigo intelectual, cuya imparcialidad y cuya serenidad tienen que ser completas puesto que no nos conocemos personalmente y miles de leguas nos separan? Vd. habrá recibido seguramente infinidad de confidencias de jóvenes discípulos tentados por la disipación o el desaliento. Y sin embargo, después de escrita mi carta, temí haber caído en la importunidad o en la ridiculez. Dispénsese. Es Vd. muy bondadoso al aconsejarme como me aconseja. Sin duda en su juventud ha tenido Vd. también esas horas de desaliento.

Mañana siento plaza de recluta. Voy a recibir por dos meses la instrucción militar que corresponde a los universitarios (que aquí pertenecemos a la primera reserva). Voy a este corto servicio militar con verdadero entusiasmo. Aunque no deja de tener algunas penalidades, sobre todo en la semana de maniobras, me atrae precisamente por lo que sus fatigas físicas contrastan con la vida ordinaria que aquí llevamos.

No olvide a su discípulo y amigo

J. de la Riva Agüero

14

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Lima, 25 de Mayo de 1908

Muy querido maestro:

He leído con vivísimo interés sus *Recuerdos de niñez y mocedad*. Es tan interesante conocer el pasado y las confidencias de los autores predilectos. Lo que he saboreado más ha sido la descripción del colegio en las primeras páginas, y las del país vasco y sus aspectos en las últimas. Yo tengo entre mis lejanos antepasados algunos vizcaínos. Mi familia paterna, establecida aquí casi a fines del siglo XVIII, es originaria de Santander, de la región de Trasmiera en la Montaña, y mi familia materna es de Logroño y la Rioja; pero entre mis bisabuelos hay apellidos vascos, como Baquijano de Beascoa, que es de las

cercanías de Durango, Román de Aulestia, que es de San Juan de Murelaga. El día en que vaya a España, no dejaré de visitar prolijamente las provincias vascongadas.

He demorado en contestarle para poderle acompañar el suelto del periódico *El Comercio*, en que se da cuenta de la aparición de su libro; y preferí que tardara algo en aparecer este suelto, porque la atención pública en las últimas semanas estaba aquí absorbida por una descabellada revolución que tuvimos, y que asombró mucho, por lo mismo que ya nos vamos desacomostumbrando de ellas. Por fortuna parece que será la última —a lo menos por bastante tiempo—, y es de felicitarse grandemente de que así sea y que haya sido sofocada en tan pocos días, porque ha sido la más inmotivada y estúpida de las infinitas que hemos tenido.

¿Es cierto, como aquí dicen los periódicos, que ustedes allá, por el proyecto de ley sobre el terrorismo, pueden ser abocados a una revolución, semejante a los antiguos *pronunciamientos*? Me resisto a creerlo. ¿Qué opinión tiene Vd. de Maura? Ha sido un desengaño? Recuerdo que en un capítulo de la *Vida de D. Quijote y Sancho* dice Vd. algo que a él alude.

D. Ricardo Palma le agradece a Vd. mucho el ejemplar. Supongo que le ha de escribir. Su hijo publica sobre la obra de Vd. un artículo en la revista *Varietades*.

Dentro de pocos días saldrá otro en un periódico que es también de mucha circulación. El de *El Comercio* lo ha escrito un joven universitario, amigo mío, Oscar Miró Quesada, hijo del director de ese diario. Es un apasionado de los libros de Vd. Como él hay aquí bastantes; y a menudo se reproducen en la prensa los artículos de Vd. El último que he leído es el titulado *Razón y vida*, que me gustó extraordinariamente.

Con muy vivos agradecimientos, lo saluda afectuosamente, hasta muy pronto, su discípulo y amigo

J. de la Riva Agüero

15
28 V 08

Sr. D. José de la Riva Agüero

A ver, mi querido amigo, si me dejan un rato en paz para que le escriba menos que querría. Recibí las obras de la Gorriti y, en efecto, concuerdo con usted y no sé como han podido recomendármelas. Son deplorables. Yo recordaba haber leído hace tiempo una especie de recuerdos de ella que me dejaron buena impresión. Pero ahora he visto que esa señora merece que se la olvide. Es de lo más necio de lo romántico, donde hubo tanto bueno.

No conozco a Víctor Andrés Belaúnde de quien me habla. Tomo nota de él. Me interesa conocer jóvenes.

Aún no he acabado *Le Perou* contemporain de García Calderón, por haber tenido que interrumpir su lectura. Pienso dedicarle un ensayo, pues lo merece. Lo peor que a mi juicio tiene es no el estar escrito en francés precisamente, sino el estar escrito *para* franceses y su marcado carácter de obra de propaganda. Su aparato doctrinal sociológico es demasiado exclusivamente francés.

Pero está bien, y le creo, en efecto, superior a todo lo demás que ha hecho.

Pienso rebatir algunas de sus doctrinas como la referente a la imaginación peruana, pues me parece —sin que yo pueda afirmar que ahí no haya imaginación— que llama así a lo mismo que llaman los andaluces, pueblo de gran facundia, pero el de menos imaginación de España. No creo en la imaginación meridional. Nada menos imaginativo que el árabe, v.gr. Coleridge tiene una preciosa disertación sobre la diferencia entre imaginación y fantasía. En gral. los poetas frondosos, de mucho epíteto, de mucho arroyuelo, de muchas flores y muchos pájaros y brillante fraseología son poco imaginativos. Usted me entiende. Zorrilla no tenía una gran imaginación. En cambio Carducci la tenía fuerte, y muy fuerte Browning.

Le vendrá bien a García Calderón su estancia en Londres.

Habría recibido mis "Recuerdos de niñez y de mocedad" —ensayo de psicología infantil.

Adiós

Es muy su amigo

Miguel de Unamuno

16

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Lima, 6 de Diciembre de 1909

Maestro y amigo:

No le he escrito desde hace meses, porque temo importunarle y quitarle su tan ocupado y precioso tiempo.

¡Cuántas cosas han ocurrido en España y en el Perú desde nuestras últimas cartas del año pasado! No sé cómo pensará Vd.; pero mi impresión de conjunto sobre la resultante general de lo sucedido allá, es buena; y no comparto yo por cierto la vocinglera compasión socialista por la suerte de Ferrer. La encuentro muy merecida, a juzgar por lo que sé. La cobardía contemporánea da excesivo valor a la vida humana, que nada vale por sí sino por aquello a que se aplica.

Aquí nosotros hemos atravesado y seguimos atravesando una crisis muy dolorosa, con peligros, complicaciones y bochornos internacionales. Nuestra situación recuerda la de Prusia el año 1850. ¡Quiera Dios que tengamos una rehabilitación semejante!

Acaba de pasar por Lima don Rafael Altamira, dejando un reguero de simpatías y admiración. He hablado largo con él; y a menudo el nombre de Vd. entraba y salía en nuestras conversaciones.

Yo he concluido mis estudios universitarios, y estoy dando los toques finales a un libro de crítica histórica, que dentro de algunos meses leerá Vd.

¿Qué escrito tiene Vd. en preparación ahora? ¿Se ha decidido Vd. al viaje a Buenos Aires el año entrante? En tal caso, cuento con que no dejará de venir a este Perú donde cuenta Vd. con tan sinceros y ardientes admiradores, y en donde hay quienes le profesan la más entrañable simpatía intelectual. Vd. que no se lleva de pompas mundanas ni de espectáculos faustos, podrá visitar sin disgusto esta humilde tierra, en que, a falta de cosas de apariencia, encontrará Vd. verdadero españolismo, y grande y afectuoso respeto por el nombre y los libros de Vd.

Me preocupa hoy seriamente el problema religioso, después de mis años de positivismo y paganismo universitarios. Hay temporadas en que me persuado de que la hipótesis teísta es la más racional de todas. Pero dos consideraciones perturban y deshacen mis inclinaciones semicristianas. El criterio histórico, antileológico, sobre la personalidad de Jesús, que hace tan difícil aceptar aun la más laxa y comprensiva fórmula de su divinidad; y el temor de que cierta tendencia conservadora, que mis estudios históricos me van formando insensible e involuntariamente, se insinúe velada y callada en la conciencia, y sea parte en esta transformación de mis sentimientos. Y sería para mí muy triste y desalentador que en negocio tan principal como el religioso, y de tan solemne y trágica trascendencia, intervinieran hábitos mentales de investigación erudita y preferencias de régimen social.

Todos éstos, que no llamo escrúpulos, porque no me parecen nimios ni infundados, no dejan de acongojarme por debajo de mi atareada frivolidad de diletantismo histórico. Vd., que ha atravesado por crisis mucho más graves y altas, ¿qué me aconseja para salir de esta desagradabilísima situación de ánimo?

No pretendo la paz, que no es de esta vida; pero siquiera deseo tener una dirección y un partido en el combate moral del mundo; y no partido impuesto por circunstancias exteriores, o razones, accidentales y secundarias, sino escogido por convicción profunda. ¿Qué dicha tan grande debe ser el creer, y estar en posesión, no de la verdad, que es imposible, pero al menos de su camino!

No olvide Vd. a su discípulo y amigo

J. de la Riva Agüero

17

10 í 10

Sr. D. J. de la Riva-Agüero

No sabe usted bien, mi querido amigo, cuanto me ha complacido saber de usted. Yo, en efecto, cada vez más atareado, con más gente que me escribe y menos tiempo para corresponderles.

De lo que aquí ha pasado? En uno de los próximos números de *La Nación* de Buenos Aires —acaso se haya publicado ya— doy mi parecer sobre la vocinglería y la campaña de inepticias y calumnias contra España por la ejecución de Ferrer, que era una nulidad pernicioso y cuyas escuelas, pedagógicamente desastrosas, eran un peligro contra la seguridad del Estado. Todo eso de la inquisición española es mentira. Apenas habrá hoy país alguno en que se goce de más libertad —a las veces excesiva— que en España. Durante el gobierno *clerical*(!!!) y *reaccionario* de Maura, hemos podido seguir los catedráticos diciendo lo que queríamos y a nadie se le ha perseguido por no ser católico. Lo que hay es que el anarquismo internacionalista tomó a España por campo de operaciones. Yo no puedo con los anarquistas y lo que más me repugna de ellos es su simplicidad mental, su fanatismo ciego y su superstición científica. Cuanto más ignorantes son —y lo suelen ser mucho— más hablan de ciencia. No comprendo que engañen a nadie los sofismas de un Kropotkine v.gr. y luego todos dicen siempre lo mismo y del mismo modo. No hay literatura más pobre y más monótona que la anarquista.

El viaje de Altamira por América nos ha desquitado de la mala impresión que han podido dejar otros aventureros que sólo han ido a buscar dinero con pretexto de hacer cultura. Altamira es un hombre serio, reflexivo y de veras culto. Su viaje, como el de Menéndez Pidal, es algo de que debemos enorgullecemos en España.

Este año me publican tres libros con ensayos y artículos de los que ya he dado al público en revistas y diarios. Sigo trabajando en mi *Tratado del Amor de Dios*, preparo un nuevo tomo de poesías, pero sobre todo me he dado al teatro. Tengo esperando estreno dos dramas y una pieza cómica en teatros de Madrid, otra pieza terminada y otra, con otro tercer drama, en telar. Total seis obras teatrales. Y medito algunas más.

Me preocupa mi viaje a América, pero quiero hacerlo en tiempo normal, sin centenarios ni banquetes ni comisiones, sencillamente, y correrla toda. Quisiera hacerlo al modo que Altamira lo ha hecho. Pero soy un hombre de numerosa familia —de un día a otro espero mi octavo hijo— y esto trae complicaciones.

Lo que me dice de sus preocupaciones religiosas me recuerda mis 25 años. Tam-

bién yo pasé por un período de positivismo, mejor aún de fenomenismo. Salí de ello por impulsos de sentimiento. El matrimonio fue decisivo. Y hoy de nada leo más que de religión, y me refugio en la doctrina de la incertidumbre. Todo el problema es si el mundo tiene o no finalidad; todo se reduce a la primacía de la conciencia.

Los estudios históricos le darán a usted una fe, confío en ello. Siquiera la fe en la historia. La historia es teleológica. En ella se pone uno en contacto con lo individual y concreto. Las ciencias pueden llevar a perdernos en lo genérico, lo conceptual. La finalidad culmina en el individuo.

¿Conoce usted las obras de Augusto Sabatier? ¿Y las de Bergson? Su último libro, *L'evolution creatrice*, es maravilloso.

¿Qué hace el veterano D. Ricardo? Sáludele, así como a su hijo D. Clemente.

Adiós, buen año, y a ver si nos vemos pronto, allí o aquí.

Con toda efusión le estrecha la mano

Miguel de Unamuno

18

Lima, 12 de Enero de 1911
Sr. D. Miguel de Unamuno
Querido maestro y amigo:

No le he escrito en todo el año último, temeroso de quitarle tiempo inútilmente, para no decirle nada interesante, pues nada nuevo me ocurre (aunque sí a mi país, tan alterado y desdichado); y además porque deseaba al escribirle acompañar mi carta como hoy lo hago, con el libro de crítica histórica que me ha servido para optar el doctorado de Letras. La redacción de esta tesis, cuyo tema la ha hecho necesariamente prolija y larga, me ha ocupado mucho más tiempo de lo que al principio pensé; y mi libro ha concluido de imprimirse y se ha publicado hace sólo un mes.

En sus últimas cartas me aconsejaba Vd., para mis inquietudes y desorientaciones de ánimo, empeñarme en una tarea histórica de interés nacional y patriótico; y me decía Vd. que esperaba que al cabo la Historia me daría una fe y una convicción en la finalidad del hombre. Algo de eso, aunque todavía no todo lo que yo querría, puede Vd. ver en el *Epílogo* de mi tesis.

A consecuencia de mi doctorado, me han nombrado catedrático adjunto de Historia del Perú en esta universidad, lo que quizá me obligue a aplazar por dos años mi proyecto de viaje a Europa.

Bastante tiempo hace que no llegan acá obras nuevas de Vd. La última que conozco y he leído, ha sido el tomo *Mi religión*. Como sé cuánta es la admirable fecundidad de Vd. y estoy enterado de que ha escrito Vd. un nuevo estudio sobre "Los místicos espa-

ñoles", otro sobre "El amor de Dios", un segundo tomo de poesías y varios dramas, cuya representación me anunciaba Vd. a principios del año pasado, deseo saber si se han publicado ya todos estos trabajos. Los periódicos han dado cuenta de una conferencia de Vd. sobre el concepto español de la divinidad. No hay que decir si el tema es seductor y sugerente. Supongo que será sobre el concepto *español* neto y no sobre el *ibérico* en general, porque me parece que el portugués debe de ser muy distinto, suave, blando y misericordioso, sin culto al dolor ni a la muerte. Esto último bien podría probarlo la revolución reciente de Lisboa, con sus cuarenta y tantos muertos efectivos, después de los diez mil que dijeron en los primeros momentos.

Mi pobre patria ha pasado un año pésimo, de desorganización interna y bochornos diplomáticos. Me consuelo recordando que hasta Prusia tuvo su Olmütz.

Desde este lejano rincón, le envía el más cariñoso saludo

J. de la Riva Agüero

19

6 III 11

Sr. D. J. de la Riva Agüero

Quería, mi buen amigo, no haberle escrito a usted hasta haber acabado la lectura de su tesis sobre "La historia en el Perú" pero he tenido que suspender ya por dos veces su lectura. Insisto en que usted tiene ahí una labor hondamente espiritual que cumplir y es la de escribir la historia de su patria, una historia que sea a la vez una sociología y una psicología —mejor que aquello— y no ya de su pueblo solo sino a través de él de todos. Si yo fuese más joven y no me hubiese metido ya en tan diversas empresas me dedicaría a escribir una historia de España. No hay filosofía ni poema como ese. Necesita más penetración filosófica que un tratado sobre el libre albedrío o la casualidad y más imaginación que para hacer una novela. No olvide que son muchos los que creen que el más grande espíritu de la antigüedad greco-romana fue Tácito. Y aquí, en la Península, no se ha escrito obra de arte superior a la "Historia de Portugal" de Oliveira Martins. La historia, además, es sedante y es consoladora. La fe que se pierde estudiando filosofía abstracta se recobra estudiando historia. Dios se revela en la historia, no en la naturaleza. Una revolución tiene una finalidad que desconocen los que la promueven; la marcha de un cometa no nos revela finalidad alguna. Dios, que es la Conciencia del Universo, sólo en conciencias y en obras de ellas se revela. Y la historia al justificar en parte hasta los prejuicios, nos hace amar a nuestros hermanos todos; es la gran escuela de fraternidad y de amor.

Día 7

Ese tomo de *Mi religión* como el que acaba de aparecer *Por tierras de Portugal* son colecciones de ensayos y artículos publicados en revistas y diarios, sobre todo en "La Nación" de Buenos Aires. Todos esos mis escritos breves y voladeros me los ha comprado la empresa editorial de la "Biblioteca Renacimiento" para irlos dando en tomos. Mi estudio sobre los místicos españoles era para una antología de ellos hecha en Inglaterra. Hace más de un año que lo escribí y cobré y hoy es el día en que no sé si se ha publicado siquiera. Tengo en la imprenta el original de un "Rosario de sonetos líricos" (130 y pico) que edito por mi cuenta y riesgo de que recibirá usted un ejemplar y voy a empezar a publicar en *La España Moderna*, en forma de ensayos conexonados, los capítulos de mi "Tratado del Amor de Dios" variándole el título en el de "El sentimiento trágico de la vida" y alterando la arquitectura del libro. Llevo años en él y deseaba salir de una vez de esa pesadilla.

Fuera de esto colaboro en algunas revistas, pero mi pral. colaboración es la de "La Nación" de Buenos Aires. Y leo acaso más rué nunca he leído.

Mi estado de salud empieza a resentirse. Me ronda una afección cardíaca, que aún no es grave pero me produce a temporadas una gran excitación. Usted sabe que toco cardiópata acaba en neurópata. Y luego me exacerban las cosas que veo.

También España anda desorganizada. La impudencia liberalesca es vergonzosa, cuando se sepa todo lo que se hizo por extraviar la opinión cuando lo de Ferrer —aquel .dco tonto y malvado, fusilado no por anti-ca: j'ico sino por anarquista; aquel monomaniaco re delirio de grandezas— y el cúmulo de em: ustes y de mentiras que se propalaron, las rentes se asombrarán. Toda la campaña pro Ferrer ha sido una vergüenza de calumnias y de disparates. En ella se han creído obligados a tomar parte no ptochos sabios (!!) *euroreos* (!!) cuya distintiva es no enterarse y que jarán más o menos eminentes en química, matemáticas, histología o asiriología pero que ,penas saben si Cuenca es o no puerto ni qué constitución rige en España. Y les ayudan no pocos españoles que ponen sus viles pasiones políticas por encima del patriotismo, como ese desdichado Lerroux que fue antaño ante un tribunal francés —cuando el atentado contra nuestro rey en París— a mentir descaradamente diciendo 'naber visto lo que nunca vió.

Para los que somos españoles y liberales todo esto nos apena. El partido liberal es una bacanal vergonzosísima y desgraciadamente apenas hay más político honrado y serio que Maura, cuyo supuesto clericalismo es una leyenda. Empéñanse en hacer de España campo de experimentación del anarquismo

internacionalista. Y yo, amigo, cuánto más español me siento, siéntome menos europeo. Nada hay más insoportable que la petulancia europea, sobre todo la francesa.

Con todo ello comprenderá que esté amargado.

A Dios -por ahora. No tardarán en visitarle mis sonetos.

Le saluda con todo afecto su amigo

Miguel de Unamuno

20

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Lima, 21 de Agosto de 1911

Muy distinguido amigo:

Me causó gran placer la venida de su *Rosario de sonetos*, tanto por lo que son y los sentimientos que su lectura producen como por significar un afectuoso recuerdo de Vd.—Cumplí con los dos encargos que me apuntaba en la portada de su libro: entregué el otro ejemplar a D. Ricardo Palma (quien lo agradeció mucho y ya debe haber escrito a Vd.), e hice anunciar la aparición de los sonetos en los dos periódicos más importantes de Lima: El Comercio y La Prensa. Van con esta carta los sueltos que salieron en dichos periódicos.

Simpatizo profundamente con las opiniones que sobre política española me exponía Vd. en su carta de Marzo. No obstante, de entonces acá, me parece, (aunque veo las cosas de tan lejos y sin medios seguros de información) que Canalejas se va portando en lo interno y lo externo mucho mejor de lo que se esperaba. ¡Ojalá consiga reconstituir un verdadero y decente partido liberal, indispensable para el equilibrio político! Supongo que los mismos conservadores lo desearán. En especial me parece que la política con Marruecos ha sido a la vez prudente y firme. Para cuantos conservamos cariño por la metrópoli y deseamos que conserve intacta su independencia tanto política como moral y espiritual, era una pesadilla la posibilidad de su subordinación a Francia, si esta lograba estrecharla tanto por el Norte como por el Sur si se realizaban sus planes de absorción total de Marruecos. La vigorosa acción española en estos últimos meses aleja ese temor. Con tal que Alemania, aun después de haber arrebatado a la cobardía francesa los territorios del Congo, no le dé carta blanca en Marruecos, e intervenga de nuevo allí, aunque enbozadamente, que es lo que deseo y supongo, nuestra raza se habrá salvado. No puedo negar que cada día se me hace más antipática Francia, por los daños que la imitación de su política y sus ideas predominantes engendran en el Perú. ¡Quién pudiera *desafrancesar* el alma de mis paisanos, con todo lo que el desairan-

cesamiento significa hoy!

Mi pobre patria sigue en su situación crítica, muy agitada, pero va evitando las decisivas catástrofes. No sé si la casualidad, la Providencia o la misma mediocridad de los que nos gobiernan y de los que dirigen los países vecinos, hacen que orillemos los abismos mortales, sin caer en ellos, aunque no sin angustias y vértigos. Pero desde 1908 no se pasan seis meses sin algún conflicto diplomático o político de extrema gravedad. En cuatro años hemos tenido cuatro revoluciones, aunque fracasadas, y lo que es más, cuatro o cinco amenazas de guerra externa; nosotros, los más pacíficos y tranquilos de todo el Continente. Quiera el Cielo que siquiera de tantos amagos saquemos preocupaciones más altas que las que hasta ahora han informado nuestra vida nacional.

Me ha preocupado muy de veras lo que me dijo Vd. del mal estado de su salud. No es lisonja; pero si se viera Vd. obligado a interrumpir o reducir su tarea, sería una positiva desgracia para toda la raza española, tan necesitada de vigoroso alimento espiritual.—Deseo con ansia conocer su ensayo sobre *El sentimiento trágico de la vida*, y he dado orden de que me suscriban a *La España Moderna* sólo por leerlo.

Yo sigo trabajando. El estudio de la historia me ha llevado al de los fenómenos jurídicos, sobre los que preparo un folleto. Estoy por ahora dedicado al Derecho, pero solamente a la teoría, porque el ejercicio de la abogacía me infunde invencible repulsión.—He tenido que postergar hasta fines del año entrante, por ocupaciones privadas, mi proyectado viaje a Europa. No lo podré realizar seguramente hasta Octubre o Noviembre de 1912, en que espero la dicha de conocer España y poderle estrechar a Vd. con toda efusión la mano.

No olvide, entretanto, al que se enorgullece en llamarse su discípulo y amigo

J. de la Riva Agüero

21

25 IV 12

Sr. D. José de la Riva Agüero

Después de su carta, querido amigo, del 21 de agosto en que me daba la noticia de haber recibido mi *Rosario de sonetos* incluyéndome dos recortes de diarios sobre ellos, por todo lo cual le doy las gracias, he recibido carta de D. Ricardo en que éste me cuenta lo que se ha hecho con él y me envía diarios en que se narra el homenaje que le rindieron ustedes. Bien, muy bien! Por ellos he visto que está ahí Sassone a quien conozco mucho no personalmente sino por referencias de jóvenes amigos y discípulos míos que le han tratado.

Lo sucedido con D. Ricardo y su hijo Clemente denota un modo de ser de gobierno realmente lamentable. Al veterano escritor —el más conocido y leído aquí de todos los hispanoamericanos de hoy— he de escribirle pronto pues quiero también con este motivo rendirle mi homenaje. Al Sr. González Prada le conozco por sus obras y por referencias de un amigo mío que convivió con él algún tiempo en Madrid pero no personalmente como supone D. Ricardo. Aunque no dejo de apreciar cierto nervio de expresión en sus primeros escritos su sistemático anti-españolismo por afrancesamiento y su sistemático anticatolicismo (anti-cristianismo más bien) por científicismo positivista me son pocos simpáticos. A España no la conoce bien y la juzga peor y por antojos y prejuicios sectarios. Lo que encuentro horrible son sus poesías, que parecen juegos solitarios de cartas con todo género de combinaciones apriorísticas pero con una sequedad de sentimiento que corre parejas con la avidez de su imaginación.

En un diario de esa he visto mía cosa de Luis Ulloa que supongo será uno a quien conocí y traté aquí donde permaneció unos días con su mujer (una francesa) y de quien no he vuelto a saber nada directamente. Hace tiempo me dijeron que estaba preso. Era hombre de muy buen trato, culto y laborioso.

No sabe usted bien cuanto me alegra la noticia de que viene a España el año próximo. Yo no sé cuándo saldré de ella por algún tiempo para visitar esas tierras.

De nuestras cosas públicas nada quiero decirle. Cada vez me refugio más en lo eterno y mis preocupaciones religiosas me apartan más de las políticas.

Ya sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

22

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca,

Madrid, 20 de Mayo de 1914

Maestro y amigo:

No sé si recordará Vd. a un joven que en 1905 le envió su primer escrito, que era un folleto para el grado académico de bachillerato, sobre la literatura de su país en el siglo XIX. Tuvo Vd. la bondad de escribir un largo y elogioso artículo crítico sobre aquel ensayo. Con esta ocasión, entre ese principiante que era yo, y el afamado escritor que era ya entonces Vd., se entabló correspondencia epistolar. Espaciada y al cabo extinguida ésta, por mi temor de robarle tiempo y parecer importuno, no se ha debilitado en mí el gratísimo recuerdo a sus finezas; y si después de mi tesis doctoral de 1910 sobre historiadores peruanos, no le he enviado otros escritos míos ha sido porque el carácter jurídico de algunos y la pequeñez e insignificancia de

todos los restantes, que no he reunido en volumen, no los hacían dignos de venir hasta Vd.

Pero desde que me encuentro en Europa, que hace poco más de nueve meses, ha sido mi más vivo deseo ir a conocer a Vd. y presentarle mi homenaje de muy honda simpatía. He llegado al fin a España en Abril. Tuve que ir inmediatamente a Sevilla, para representar a mi país en el Congreso Histórico del 4º centenario del descubrimiento del Pacífico; y ahora, después de recorrer Andalucía, me dispongo al placer de ir a estrecharle la mano en la histórica Salamanca.

En el curso de la próxima semana, libre de otras atenciones que hasta aquí me han retenido, me daré el gusto de presentar a Vd. personalmente la expresión de mi admiración afectuosa, que es ya antigua y que ha ido siempre en aumento por la lectura de sus escritos y muy en especial por la del *Sentimiento trágico de la vida*, que llegó a mis manos, en números de la *España Moderna*, muy poco antes de salir del Perú.

Quiera Vd. de antemano aceptar esas expresiones de su amigo y admirador ferviente
J. de la Riva Agüero

Dirección, Madrid, Calle del Tutor, 24

23

Madrid. Palace Hotel
Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca
Madrid, 5 de Setiembre de 1914
Muy distinguido amigo:

Llegué anoche de Francia con mi familia huyendo de la guerra; y por los periódicos me enteré en el tren de la extraña e irritante destitución de Vd. y de su altiva carta. Yo, que hace tan poco he visto y palpado lo que Vd.

es y significa en la Universidad de Salamanca y que en los agradabilísimos días que allí pasé pude apreciar el impulso de organización, disciplina y despertar mental que de Vd. irradiaba en aquella institución, me pregunto atónito, qué ceguedad o que fatal ingratitud puede llevar a un ministro de Instrucción español a dar tal pago a quien hoy personifica con más títulos y genialidad que nadie el pensar y el sentir genuinos de nuestra raza en la cultura moderna?

Por honra de España confío en que no ha de tardar la reparación cumplida de tanta injusticia. No se dan cuenta aquí de que las campañas de Vd. en *La Nación* de Buenos Aires cuando el célebre proceso Ferrer y la alharaca internacional consiguiente, fueron la más eficaz defensa de la madre patria y de su partido conservador muy en especial ante toda la América del Sur?

Me voy al Perú en el primer vapor que salga de Cádiz. No sé cuando podré regresar a Europa. De cerca o de lejos, es su amigo cariñoso y su admirador entusiasta

José de la Riva Agüero

Lima, calle de Valladolid, 297

24

[Tarjeta Postal]

Sr. D.
Miguel de Unamuno
Hotel Novelty
2,r. Laperouse
PARIS
22 de Octubre
1924
Nuestros afectuosos recuerdos de Oxford.
F. García Calderón
J. de la Riva-Agüero